



SIENKIEWICZ

EN BUSCA
DE
FELICIDAD

VIDA
RUSTICA

PG7158

.S4

I58



1020025890



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EN BUSCA DE FELICIDAD (POR EL PAN)

VIDA RÚSTICA

Núm. Clas. N
Núm. Autor 257220
Núm. Adq. 34975
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó CG
Catalogo _____

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

Quo Vadis? (60 millar.)
Mas allá del misterio (Sin dogma.)
Luchar en vano (La Vinda.)—En la costa azul.
¡Sigámosle!—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor
—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso.
Hania.—El Juicio de Júpiter.
A Sangre y Fuego.
El Diluvio.
Pan Miguel Volodlovski.
Liliana.—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El
Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem.
Los Cruzados.
En busca de felicidad (Por el pan.)—Vida rústica.
La Familia Polaniecki.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

EN BUSCA DE FELICIDAD

(POR EL PAN)

TRADUCCIÓN

de

AUGUSTO RIERA



100448

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

BARCELONA

Casa Editorial Maucci. -- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres

MAUCCI HERMANOS

Cuyo, 1070

México

MAUCCI HERMANOS

1.º del Relox, 1

1901

34975

891.85
S

P07158
S+
I58



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



EN BUSCA DE FELICIDAD

(POR EL PAN)

I

En el mar.—La tempestad

El vapor alemán *Blücher* hacía el viaje entre Hamburgo y New York y navegaba sobre la superficie inmensa del Océano.

Iban ya cuatro días de viaje; sólo hacía dos que se perdieron de vista las verdes costas de Irlanda y ahora marchaba el buque en alta mar. Desde la cubierta del buque hasta donde podía alcanzar la mirada, no se advertía sino

una superficie verde gris, surcada por profundas arrugas dotadas de movimiento, y que á lo lejos tomaba un tinte cada vez más obscuro hasta confundirse con el cielo. Aquí y allá las crestas de las ondas se coronaban de espuma, mientras ligeras nubes blancas aparecían en el horizonte, reflejándose en las aguas á las que daban tonos de madreperla. Del fondo gris del mar surgía majestuosa la obscura masa de la nave, cuya proa, enderezada hacia poniente, tan pronto se alzaba sobre las olas como se inclinaba hacia las profundidades líquidas, cuyo abismo parecía querer tragarla.

Ya balanceándose blandamente, ya combatido con fuerza por las olas, el vapor continuaba su marcha rompiendo victoriosamente las moles de agua que iban á su encuentro, y dejaba detrás de él una estela ancha y tortuosa que bailaba y se retorció en el mar parecida á una serpiente monstruosa. Sobre popa revoloteaban numerosas gaviotas.

El viento era favorable y por ello el vapor marchaba á media máquina y con todas las velas desplegadas. El tiempo, casi sereno, tendía á mejorar, y de cuando en cuando, entre las nubes aparecían manchas de azul obscuro que cambiaban á cada instante de dimensiones y de contornos. Desde que el *Blücher* dejara el puerto de Hamburgo, el tiempo había sido, sino borrascoso inconstante, y ahora el viento, que continuaba soplando en dirección favorable, cesaba de cuando en cuando lo cual hacía que cayeran con gran estrépito las velas, que volvían á hincharse al cabo de un momento.

Los marineros, vestidos con trajes de algodón muy estrechos, tiraban de una cuerda atada en lo alto del palo mayor y sus: johl... johl... johl... lentos y rítmicos contestaban á los silbidos de mando y acompañaban el jadear de la máquina, de la cual se escapaban, por la ancha chime-

nea, densas nubes de humo, ó ligeros círculos de vapor.

Los pasajeros, aprovechando aquel buen tiempo, habían subido á cubierta. A popa se veían los abrigo y sombreros de los que viajaban en primera clase, mientras en la proa se agrupaban todos los emigrantes que realizaban su viaje durmiendo en el entrepuente. Algunos estaban sentados sobre los bancos, fumando en su pipa corta, otros estaban tendidos en el suelo; la mayoría, apoyados sobre la borda miraban á lo lejos. Había mujeres con niños en brazos, y que llevaban colgados de la cintura los platos y vasos de hojadelata, y jóvenes que paseaban con precaución para resistir los balances del buque, y cantaban «Cuál es la patria del alemán», quizá pensando que no verían más su patria; pero tal pensamiento no turbaba su serenidad.

Un tanto apartados del grupo principal de los emigrantes, había dos cuyos rostros revelaban á las claras su tristeza.

Era un anciano y una jovencita.

A primera vista se adivinaba que eran dos aldeanos polacos que se habían separado de los demás porque no entendían una palabra de alemán.

El viejo se llamaba Lorenzo Toporek y la joven, que era su hija, Maryska. Emigraban á América, y por primera vez aquel día se habían atrevido á subir sobre cubierta. En sus rostros macilentos se retrataban á un tiempo el miedo y el asombro. Con ojos angustiosos miraban á sus compañeros de viaje, á los marineros y las enormes olas que salpicaban de espuma el puente. Lorenzo estaba asido con una mano á la barandilla y con la otra, por miedo á que el aire se lo llevara, aguantaba su sombrero cuadrangular. La joven estaba al lado de su padre y cada vez que el buque cabeceaba, se agarraba á él, reprimiendo un grito de pavor que subía á sus labios.

El viejo fué quien primero rompió el silencio.

—¡Marys!

—¿Qué quieres, padre?

—¿Ves?

—Ya lo creo.

—¿Y no te asombras?

—Sí, mucho, mucho,—contestó Marys.

Pero antes que el asombro era el terror lo que dominaba á los aldeanos. Por fortuna el mar estaba menos agitado, el viento soplaba con menos fuerza, y el sol apareció entre nubes. Cuando vieron á su «amado sol», regocijóse su alma pensando que hasta en aquella inmensidad el sol era igual al que alumbraba Lipince, su aldea.

Todo cuanto había á su alrededor, hombres y cosas, les era extraño, así es que aquella esfera ignea y radiante les pareció un amigo fiel, un protector.

Entre tanto mar y brisa se habían calmado. Pendían las velas inertes á lo largo de los palos y en el puente resonó la voz de mando del capitán y los marineros se apresuraron á cargar las velas. La vista de aquellos hombres, que durante la maniobra, parecían como suspendidos entre cielo y agua, llenó de mudo terror á los aldeanos.

—Nuestros jóvenes no se atreverían á esto,—dijo el anciano.

—Si estos alemanes lo pueden hacer,—respondió la joven,—también lo haría Jasko.

—¿Qué Jasko?... ¿Jasko Sobek?

—¡No! Quiere decir Jasko Smolak, aquel que doma caballos.

—Es un mozo fuerte y activo; pero no debes pensar en él. No es para tí ni tú para él. Tú variarás mucho, y él será siempre lo que ahora es, un desbravador.

—También tiene una tienda.

—¡Valiente tienda!... Y además, está en Lipince.

Maryscka no contestó; pero pensó:

—Lo que debe suceder, sucede siempre...

Y lanzó un gran suspiro.

Las velas estaban cargadas y el agua, removida con violencia por la hélice, bulló con tanta fuerza junto al buque, que éste se estremeció, antes de emprender de un modo regular su marcha á toda máquina por la superficie, ahora tranquila del mar. Subió más gente sobre cubierta; operarios, aldeanos alemanes, y aventureros y vagabundos de toda laya, que no iban ciertamente en busca de trabajo. Los dos polacos, para no estorbar el paso á toda aquella gente que se aprupaba, se retiraron á un rincón y se sentaron sobre unos rollos de cuerdas.

—Padre,—dijo la joven,—¿nos quedan aún muchos días de viaje?

—¡Qué sé yo! Si lo preguntamos, no hay alma cristiana que sepa contestarnos.

—¿Cómo nos arreglaremos para que nos entiendan en América?

—¿No te han dicho que allí hay muchos compatriotas?

—¡Padre!

—¿Qué quieres?

—Es verdad que se ven cosas que asombran, pero... pero en Lipince se estaba mejor.

—¡No me jeringues con tonterías!—exclamó el viejo con cólera.

Pero después de un momento añadió con tristeza:

—¡Suceda lo que Dios quiera!

Callaron ambos, absortos en el recuerdo de la tierra nativa, cuya memoria hizo asomar las lágrimas á los ojos de la jovencita. Lorenzo reflexionaba sobre las caueas que le habían inducido y obligado casi á ir á América. Seis meses antes, en verano, le habían secuestrado la *mucca* (1)

(1) Especie de vacas muy pequeñas, de cortos cuernos, y que producen gran cantidad de leche.

mientras pastaba en tierras de otro vecino. El querellante pidió tres rublos de indemnización que Lorenzo no quiso pagar. Recurrieron á los tribunales; pero se desirrió el fallo, por lo cual el querellante no sólo pedía tres rublos sino los gastos que habla ocasionado la manutención de la vaca, gastos que aumentaban cada día. Lorenzo no pagó. El proceso se alargaba y con ello crecían los gastos. Al cabo recayó sentencia; pero desfavorable para Lorenzo, y como el valor de la vaca no bastaba para pagar los gastos, se le apoderaron también del caballo y le metieron á él en la cárcel porque quiso oponerse á la acción de la justicia. Entre tanto habla llegado la época de la siega y como Lorenzo no tenía dinero para pagar braceros, ni caballo para ayudarse, tuvo que hacer despacio la recolección y llegaron antes de que la terminara los días lluviosos, con lo cual casi todas las mieses se le echaron á perder.

El pobre aldeano creyó estar arruinado definitivamente, al verse sin animales y sin mieses, y como antes era un labrador acomodado cuya hacienda prosperaba, el brusco contraste le hizo desesperar, y al igual que todos los de su clase, trató de olvidar todas sus desdichas entregándose á la bebida.

En la taberna conoció á un agente alemán que, con pretexto de comprar cáñamo, hacia excursiones de pueblo en pueblo para alistar gente ilusa que quisiera marchar á América, de la cual contaba maravillas. Prometió al aldeano que se le daría gratuitamente tantos bosques, prados y campos como podía contener todo el término municipal de Lipince. Lorenzo, desconfiado como todos los labriegos, no creía del todo en las palabras del alemán; pero el tabernero, que era judío, le aseguró que el gobierno daba á cada emigrante toda la tierra que podía cultivar, y que no le cupiera duda de ello, porque lo sabía por su propio yerno que estaba en América.

El alemán tuvo buen cuidado de dejar ver una cartera repleta de billetes de banco, que ascendían á una suma que no sólo los aldeanos sino los grandes hacendados no veían jamás en su poder. Al viejo Toporek empezó á escarabajarle la ambición y al fin se decidió. ¿Para qué permanecer en Lipince, que habla sido testigo de su desdicha? ¿Debia esperar á qué, vencido por la miseria, se viese obligado á pedir limosna en el atrio de la iglesia? No, y mil veces no. Vendió su casucha, los pocos muebles que le quedaban y marchó con su hija.

Pero el viaje no empezó con tan buen pie como esperaba. Al llegar á Hamburgo habla gastado buena parte de su capital y una vez en el vapor le metieron en la bodega con los demás emigrantes. El cabeceo del buque, todas las molestias, el mareo, llenaron su corazón de amargura. No le entendía nadie, de modo que se le consideraba como una cosa, algo así como un estorbo que se echa á un lado cada vez que estorba el paso.

A la hora del rancho cuando todos se acercaban con sus platos y vasos al marmitón que distribuía la comida, él y su hija estaban siempre en la última fila, muchas veces no les llegaba sino una porción microscópica, y alguna tuvieron que acostarse con la tripa vacía. ¡Cuán sólos y miserables y extraños se sentían entre aquella multitud! Nadie pensaba en ellos, como no fuera Dios. El anciano, en presencia de su hija, trataba de no mostrarse descorazonado; procuraba distraerla haciendo que se fijara en todo cuanto veían; pero en el fondo de su corazón sentía un indecible desconsuelo. Ocasiones hubo en que llegó á temer que aquellos «herejes», como llamaba él á sus compañeros de viaje, le echaran al mar junto con su hija, ó por lo menos le obligaran á abjurar su propia religión ó á jugarle cualquier mala pasada.

La misma nave que caminaba sin descanso noche y día

por su propia fuerza sobre aquel mar sin límites, que temblaba y vacilaba sobre las ondas, que hacía arremolinar y epumajear las aguas en torno, que jadeaba desesperadamente y que por la noche lanzaba por la enorme chimenea torrentes de negro humo alumbrados por chispas incandescentes, antojábasele al viejo labriego un monstruoso, horrible dragón; dotado de una fuerza diabólica.

Pueriles temores, que se esforzaba por ocultar á su hija, le oprimían el corazón. ¿No era aquel pobre aldeano, escapado del nido paterno, algo así como un niño inerte á la merced de Dios? Todo cuanto le rodeaba nada decía á su inteligencia y no era extraño por lo mismo que su pobre corazón se viera asaltado por temores sin cuento, que aumentaban al pensar en lo incierto que se presentaba el porvenir. La fresca brisa que circulaba sobre el mar le repetía de continuo con su voz arcana: «Lipince, Lipince». El sol parecía que le dijera en tono confidencial: «¿Cómo vamos, viejo Lorenzo? Vengo de Lipince». Y la hélice continuaba arremolinando el agua, y la espantosa chimenea lanzaba sin cesar nubes de humo y haces de chispas; y le parecían dos genios maléficos que le empujaban inexorablemente hacia el infierno.

Pero las olas espumosas y los vuelos de gaviotas inspiraban á su hija muy distintas reflexiones. Pensaba en una tarde de otoño en Lipince, á la hora de ir á buscar el agua del pozo. Las estrellas fulguraban ya en el cielo, la atmósfera era pura y fresca, el cubo subía del pozo chirriando, y ella sentía que su corazón estaba lleno de ilusiones, alegre y ligero como una golondrina que va á emprender el vuelo... Luego, de repente, resonaba en el bosque un largo silbido; era la señal de que Jasko la había visto y pronto estaría á su lado. Súbitamente oía el galope de los caballos, temblaba la tierra, un estremecimiento de voluptuosidad fascinadora y misteriosa circulaba por todo su cuerpo y

el gallardo mozo saltaba del carro sacudiendo su espesa cabellera rubia. Lo que le dijo Jasko aquella tarde, resonaba aún en sus oídos como una música dulcísima. Cerró ligeramente los ojos para recordarlo mejor. Jasko estaba junto á ella y con voz temblorosa le decía:

—Si tu padre se empeña en llevar á cabo su proyecto de emigrar, renunciaré al contrato de mi tienda, venderé mi cabaña y cuanto poseo é iré á reunirme con vosotros allá... Marys mía, volaré con el viento, correré con el agua para hallarte en aquel país extranjero, á tí, alma mía, y te hallaré. Sin tí no concibo la vida; dónde vayas, iré; lo que á tí te suceda, á mí debe también sucederme. ¡Estamos unidos en vida y en muerte! ¡En este instante te juro no abandonarte, y así me maldiga Dios si falto á mi promesa, vida mía!...

Mientras la jovencita creía oír aún aquellas palabras, de nuevo veía el pozo, el disco rojo de la luna que se elevaba sobre la selva y á su Jasko, fuerte y apuesto.

Tales pensamientos eran para ella como un consuelo, como un bálsamo.

Jasko era un mozo resuelto y estaba segura de que mantendría su promesa. ¡Oh! Cuánto hubiese dado por tenerle á su lado, por escuchar, las manos en sus manos, el rumor sombrío de las olas que chocaban contra los costados del buque! Su presencia le hubiese infundido valor y esperanza, y afrontara el porvenir con el corazón lleno de fe.

¿Qué debe hacer en esta hora en Lipince, ahora que han caído ya las primeras nieves? Quizá está en el bosque cortando leña; quizá está en el establo dando pienso á los caballos, ó quizá sus señores le han enviado con la slitta (1) á la ciudad vecina. Imaginaba ver todo su país, los cam-

(1) Slitta, cochecillo de dos asientos usado en Polonia y en Rusia.

pos y la aldea, cubiertos ahora de nieve, con sus caminos fangosos que crujen por la nieve helada bajo los pies de los aldeanos; distinguía las líneas escuetas de los árboles despojados de su verde vestidura, las bandadas de cuervos que pasaban graznando, la humareda que salía de su casa, y, más lejos, la selva iluminada por la luz rojiza de los últimos rayos del sol poniente.

Y ahora, ¿porqué corría por el mundo? ¿Dónde la llevaba la voluntad paterna?

Hasta donde alcanzaban sus ojos no veía sino agua, una móvil superficie espumosa y sobre ella, un sólo punto sólido, el buque, parecido á un pájaro extraviado. Sobre su cabeza el cielo, bajo sus pies el océano desmedido con sus potentes olas rumorosas, alrededor el viento no domado y hacia adelante, el bauprés del buque señalando la tierra prometida. ¿Será posible que el pobre Jasko la halle? ¿Le llevarán á su amado las olas y el viento?

Lentamente, hacia el oeste, el sol se hundía en el mar. Sobre las encrespadas olas se extendía una ancha faja luminosa y centelleante, sembrada de puntos fulgurantes que desaparecían instantáneamente para reaparecer en seguida y que á lo lejos se apiñaban cada vez más hasta confundirse con la luz cegadora del astro radiante, cercano ya á su ocaso. La nave en aquellos momentos parecía navegar en un mar de oro líquido, con la punta dirigida hacia el sol. La gigantesca chimenea continuaba arrojando torbellinos de humo, las velas y el cordaje reflejaban el color rojo del poniente, la esfera ígnea del sol se hundía cada vez más y los marineros entonaban sus canciones. Poco después, sólo la mitad del disco solar emergió de las olas, al cabo de unos momentos sólo se vieron sus rayos, y, por fin todo el occidente no fué sino una masa ígnea, en cuya luz se confundían cielo, aire y agua. El estrépito de las ondas se había convertido en un suave murmullo,

como si hasta el mar quisiera rezar la sacrosanta plegaria de la noche.

En tales momentos se eleva nuestra alma, recuerda la memoria cuanto ha hecho latir nuestro corazón y vuela hacia allí donde se encuentra lo que anhelamos. Lorenzo y Maryscka comprendían que no eran sino como dos hojas á la merced del viento y ¡cosa extraña! el arbol hacia el cual se sentían atraídos no se erguía en las comarcas que debían aparecer en breve ante sus ojos, sino en aquellas otras que dejaban á la espalda, en la Polonia siempre bella y fecunda, adornada de bosques seculares, regada por grandes ríos cuyas corrientes repiten sin cesar palabras de vida y de esperanza á los que saben comprenderlas. Hacia aquella Polonia adorada iban todos sus deseos y la veían con sus cigüeñas y golondrinas, huéspedes de los blancos palacios y de las humildes cabañas, con sus caminos sembrados de cruces, ante las cuales los viandantes se descubren diciendo: «Loado sea el Señor». A lo cual se contesta: «In eterno, amén». Lo que aquellos rudos corazones de campesinos no habían experimentado aún, lo sintieron entonces. Lorenzo se quitó el sombrero. El sol poniente alumbró sus cabellos grises. Sucesivamente sentía emociones jamás soñadas. ¿Eran un recuerdo? El desdichado no sabía cómo explicar á su hija su impresión. Al cabo dijo:

—Marys, me parece como si hubiésemos dejado algo allá abajo.

—La felicidad hemos dejado,—murmuró la joven en voz baja, mientras inclinaba la cabeza para rezar la oración de la tarde.

Las tinieblas se hicieron cada vez más densas; los pasajeros fueron bajando á sus camarotea, y, sin embargo, reinaba gran movimiento en el buque. A una bella puesta de sol no siempre sigue una buena noche, por lo cual el

silbato de mando del capitán y los gritos de los oficiales se sucedían mientras los marineros no cesaban en sus maniobras, encaramados en los palos y en las cofas.

Apenas se hubo disipado la postrera luz del día, se alzó del mar una niebla espesa que pareció tragarse todas las estrellas. Tan densa se hizo aquella niebla, que ocultó hasta los extremos y costados del buque. Tan sólo emergían de ella el palo mayor y la chimenea; los marineros parecían sombras. Una hora después todo estaba envuelto en un vapor blanco como la nieve, y el farol del palo mayor y las mismas chispas que arrojaba la chimenea, no se veían.

El cabeceo del buque había cesado por completo como si el peso de la opaca niebla hubiese paralizado todo movimiento de las olas.

Llegó la noche, una noche tenebrosa de sombría calma. Súbitamente en el lejano oscuro horizonte, á través de la niebla, entre el silencio, se oyó un extraño rumor parecido á la profunda respiración de un gigantesto cetáceo. Minutos después se transformó en un estruendo confuso; parecía el grito potente de miles de hombres que se lamentaran y los marineros que oyeron aquel ruido aseguraron que lo producían vientos de tempestad que habían salido de sus infernales cavernas.

Los indicios de próxima tormenta se hacían cada vez más patentes. El capitán, cubierto con un impermeable de capuchón, subió al puente y el primer oficial se colocó junto á la brújula, alumbrada por una luz potente.

Lorenzo y su hija habían bajado ya al entrepuente, en el que algunas lámparas iluminaban aquí y allá grupos de emigrantes sentados en los bancos ó junto á sus camas. El ámbito de aquel dormitorio era bastante grande pero mal aireado, y en aquellos momentos reinaba en él un silencio absoluto. La atmósfera estaba cargada de olor

de alquitrán, de aceite y de otras repugnantes emanaciones. ¡Qué enorme diferencia entre aquel dormitorio y los espléndidos camarotes de primera clase! En un ambiente como aquel cargado de gases mefíticos, hasta un corto viaje debía hacer palidecer las mejillas de los pobres pasajeros, los cuales podían considerarse felices sino se veían atacados de alguna enfermedad infecciosa, del escorbuto sobre todo.

Pocos días hacía que los dos aldeanos polacos estaban de viaje, pero quien hubiese conocido á la blanca y sonrosada muchacha de Lipince, no la reconociera en aquella pálida y demacrada criatura que en aquel instante estaba acurrucada junto á su padre.

También el viejo Lorenzo había sufrido mucho, pues hasta aquel no se había atrevido á subir sobre cubierta creyendo que estaba prohibido. Los desdichados no podían hacerse comprender, y no sabían, en su ignorancia, lo que estaba y lo que no estaba permitido; apenas se atrevían á moverse por miedo de apartarse de su equipaje. No sólo ellos, sino también los demás emigrantes estaban sentados sobre sus maletas y baules, esparcidos aquí y allá, lo cual aumentaba el desorden y la impresión de tristeza. Colchas y mantas de cama, vestidos, abrigos, toda suerte de trapos y utensilios caseros estaban esparcidos sin orden alguno. Algunos emigrantes mascaban tabaco, otros fumaban en pipas cortas de las cuales se levantaban nubes de humo que se estancaban por falta de salida y hacían más obscura la menguada luz de las lámparas. Varios niños estaban acurrucados en los ángulos, callados, sin berrear ni lagrimear como solían, porque la inminencia de la tempestad les asustaba. Casi todos presentían, aunque no claramente, el riesgo y quizá la muerte. Tan sólo Lorenzo y Marysecka no sospechaban nada, aun cuan-

do al abrir la puerta llegasen á sus oídos los aullidos de los elementos desencadenados, nuncios de desdichas.

Estaban sentados en lo más estrecho de la cámara, hacia proa, donde el cabeceo del buque era más sensible. El anciano mascaba un mendrugo de pan que se trajera de su casa y su hija, quizá por no estar ociosa del todo, se arreglaba el pelo para la noche.

A la larga, el tremendo silencio que reinaba entre los pasajeros empezó á alarmarles.

—¿Porqué están callados los alemanes esta noche?— preguntó Maryscka.

—¡Qué sé yo!— replicó su padre.— Quizá es día de fiesta para ellos, ó quizá les pasa algo...

De repente una sacudida formidable estremeció al buque, cuyas cuadernas crugieron de un modo siniestro. Los cachivaches de hojalata y las maletas, chocaron entre sí con ruido sombrío, la llama de la lámpara creció lanzando un vivo resplandor, mientras muchas voces gritaban con espanto:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

Nadie se atrevió á responder. Un choque aun más violento conmovió la nave, cuya proa se levantó con furia, para hundirse casi en seguida. Al mismo tiempo un golpe de mar penetró por las ventanillas redondas de uno de los costados.

—¡Es la tempestad que llega!—murmuró Maryscka aterrorizada.

El estrépito que armaba la tempestad alrededor del buque, era parecido al que producian las tormentas en los bosques de su país natal.

Casi al mismo tiempo se oyeron espantables aullidos, como si una manada incontable de lobos se hubiera reunido junto á la nave para darle asalto. El vapor, cogido de lleno por los golpes de mar que formaban como un torbellino,

dió una vuelta sobre sí mismo, se levantó sobre la cresta de las ondas y cayó después con velocidad vertiginosa hasta el fondo del líquido abismo.

Las cuadernas crugían desesperadamente, toda la obra muerta gemía como un hombre herido, y los equipajes, los cacharros, los vestidos iban de un lado á otro; los hombres que estaban de pie fueron echados al suelo y los cristales de las lámparas tintineaban melancólicamente.

Las olas, que habían invadido la cubierta y el puente, producían un estrépito y un estruendo parecido al de centenares de bueyes mugiendo. Las mujeres gritaron, lloraron los niños; pero, por sobre de todo aquel rumor, de todo aquel caos, dominaban los silbidos de mando, y hasta á veces se oían los pasos precipitados de los marineros que corrían sobre cubierta.

—¡Santa Virgen de Ischenstochan!—murmuró Maryscka.

El estrecho ángulo en que se hallaban padre é hija se levantaba y bajaba con loca rapidez, y aun cuando se asían desesperadamente á sus literas, la fuerza de los balances les echaba de aquí para allá, y algunas veces les lanzó contra las paredes. El estruendo de las olas era cada vez más tremendo y la cubierta crugía de tal modo que parecía que iba á hundirse.

—¡Agárrate bien, Marys!—gritó Lorenzo con la esperanza de hacerse oír; pero el grito por el espanto y por la angustia, no salió de su garganta.

El llanto de los niños y los gritos de las mujeres habían cesado; no se oía sino la respiración anhelante de aquellos pobres pasajeros, aferrados con energía desesperada á cuantos objetos les ofrecían un punto firme de resistencia. No había llegado, sin embargo, la tempestad al punto más alto de su furibunda cólera. Los elementos estaban desencadenados y la niebla era cada vez más espesa. Nubes,

agua, huracán y espuma se habían conjurado para hacer más espantosa aquella noche infernal. Las ondas enfurecidas caían á veces á plomo sobre la nave, otras veces la embestían de flanco y jugaban con ella como con una pelota que volaba á derecha é izquierda, subía en alto hasta tocar las nubes, y se precipitaba hacia el abismo que á cada momento amenazaba tragarla; era una lucha desesperada con los elementos. Las luces de aceite empezaron á apagarse una tras otra; la obscuridad era cada vez mayor en la cámara y Joperek creyó firmemente que había llegado para todos la eterna noche de la muerte.

—¡Marys!—exclamó con voz entrecortada porque le faltaba el aliento;—¡Marys! perdóname si he sido causa de tu desdicha. Ha llegado nuestra última hora y no veremos ya más el mundo con nuestros ojos pecadores. Moriremos sin confesión y tendremos que presentarnos al Señor sin los últimos Sacramentos; no reposarán nuestros cuerpos en tierra firme, sino que eternamente serán juguete de las olas del mar... ¡pobre hija mía!

Maryscka, oyendo hablar de aquel modo á su padre, pensó que ya no había salvación posible. Distintos pensamientos se atropellaban en su mente, en tanto que sus labios murmuraban: «¿Jasko, Jasko, me oyes?» Su corazón estaba tan oprimido y dolorido, que tuvo que romper á llorar. Sus sollozos resonaron por aquel espacio donde reinaba una quietud de muerte. Desde un ángulo una voz gritó: «¡silencio!», pero como espantada de su propio sonido, aquella voz calló. La última lámpara que aun ardía cayó sobre el pavimento con lúgubre ruido y la obscuridad fué completa. Los hombres se apretaban unos contra otros, como los carneros cuando ventean al lobo. De repente la voz del anciano Toporek rompió aquel silencio.

—¡Kyrie Eleisón!

—¡Christe Eleisón!—contestó la joven entre dos sollozos,

—¡Christe audi nos!

Recitaron la letanía. La voz del anciano y las contestaciones de la joven produjeron cierta tranquilidad en el ánimo de los demás pasajeros, algunos de los cuales se descubrieron y empezaron á rogar en voz baja. La voz de Maryscka se hacía cada vez más firme. Contestaba con calma mientras la voz de la tempestad, que bramaba enfurecida, acompañaba el rezo. Cuando éste no estaba aun terminado, se oyó un alarido de espanto lanzado por los que estaban junto á la puerta. Una ola enorme se precipitó por aquella, invadiendo el entrepuente.

Las mujeres, lanzando agudos chillidos, se lanzaron hacia sus literas; todos pensaron que había llegado el momento supremo.

Casi en seguida entró un oficial con el rostro colorado, cubierto de sudor y chorreando el traje. Llevaba un farol encendido en la mano. Se aproximó á las mujeres procurando tranquilizarlas con breves palabras. Dijo que el agua había penetrado en el entrepuente por un azar y que el buque no corría ningún peligro porque navegaba en pleno Océano.

La tempestad duró aún dos ó tres horas, unas veces con extrema violencia, otras con relativa mansedumbre. Poco á poco los ánimos empezaron á calmarse; por las ventanillas penetró una luz livida que anunciaba la proximidad del día.

Lorenzo y Maryscka, después de terminar su oración, se echaron en sus camastros, no tardando en rendirse á un sueño de plomo. Les despertó el toque de la campana que anunciaba el almuerzo, pero los dos aldeanos no quisieron moverse.

Su cabeza les pesaba como si fuera de plomo. El anciano sufría más que su hija, porque además del mareo se sentía presa de una violentísima cólera. Aquel maldito

alemán es verdad que le había dicho que era preciso atravesar el mar; lo que se calló es que el mar fuera tan grande y que la travesía debiera durar tantos días y tantas noches. Imaginaba que se podía atravesar en algunas horas sobre una almadraba, como hacían en su país cuando transportaban maderas á través de los lagos y grandes pantanos. Si hubiese sabido de lo que se trataba, no se hubiera movido de Lipince; y lo que más que todo le aterrorizaba era haber puesto en peligro con tanta ligereza la salvación de su alma y la de su hija. ¿No era un grave pecado para un católico de Lipince? ¿No era provocar la cólera de Dios? Los remordimientos de su conciencia duraron hasta el séptimo día de viaje, porque la tempestad no se aplacó hasta cuarenta y ocho horas después. Entonces las nubes se rasgaron y desapareció la niebla.

Finalmente padre é hija se atrevieron á subir de nuevo sobre cubierta y, cuando desde ella advirtieron las enormes olas de agua negruzca que se levantaban y se deprimían con gran fuerza todavía, pensaron que se habían librado de una muerte segura y que sólo la mano de Dios pudo permitirles salir sanos y salvos de tan espantable borrasca.

El cielo fué serenándose poco á poco, pero pasaban los días y los viajeros no veían sino la inmensidad del mar, unas veces brillante y otras revestido de una capa de color gris obscuro. En el cielo aparecían de cuando en cuando blancas nubecillas que se tornaban rojas cuando el sol se dirigía hacia su ocaso, escoltado por ellas. El vapor parecía seguir á las nubes y al sol.

Lorenzo llegó á temer hasta tal punto que el mar fuera ilimitado, que, un día, revistiéndose de valor, decidió preguntarlo.

—¿Ilustrísimo señor, durará aún mucho esta travesía?
¡Cosa rara! El marinero no soltó una carejada, sino

que se detuvo y escuchó. En su rostro, tostado por el sol y por el viento, se advertía el esfuerzo que hacía para comprender y recordar.

Después de un momento, dijo:

—¿Qué dice?

—Pregunto si llegaremos pronto á tierra.

—¡Dos días! ¡Dos días!—contestó el marinero expresándose trabajosamente en polaco y levantando al propio tiempo dos dedos para hacerse comprender mejor.

—¡Muchas gracias!—contestó el anciano.

—¿De dónde venis?—preguntó en polaco el marinero.

—De Lipince.

—¿Dónde está Lipince?—inquirió en alemán.

Maryscka, que había llegado durante el breve diálogo, sonrojándose y mirando al marinero:

—¡Somos de la provincia de Posen!—dijo.

El marinero, que miraba pensativo hacia un ángulo de la cámara, volvió la cabeza y fijó sus ojos en la linda cara de la jovencita. Sus rudas facciones expresaron cierta conmoción y hablando medio en alemán, medio en polaco, dijo:

—Soy de Dantzig... comprendo polaco... me llamo Kas-sube... vuestro compatriota... hace mucho tiempo... ahora soy alemán.

Dicho esto les volvió la espalda y cogiendo el extremo de una cuerda que había soltado á la primera pregunta de Lorenzo, se puso á tirar de ella con aquel «oh... oh... oh...» peculiar de los marinos.

Desde aquel día, cada vez que los dos aldeanos subían sobre cubierta, el maridero sonreía á la joven apenas la veía. Ellos estaban muy contentos porque al cabo, en aquel buque repleto de alemanes habían encontrado un hombre que les miraba con simpatía. Por lo demás, el viaje tocaba á su término.

A la mañana del segundo día, cuando subieron sobre cubierta, quedaron sorprendidos al ver á lo lejos, sobre la superficie del mar, un objeto que se movía siguiendo el movimiento de las olas. Cuando el vapor hubo acertado la distancia, vieron que era una especie de barril pintado de rojo. Más lejos vieron otros y otros. El aire y el agua estaban ligeramente velados por la niebla; pero aparecían puros y tranquilos. En la superficie del mar, se apenas se movía, hasta donde alcanzaba la mirada, se veían barriles suavemente mecidos por las aguas. Grandes bandadas de aves blancas con las alas negras seguían al buque en su marcha, trazando rápidos círculos, revoloteando en todas direcciones. En cubierta reinaban un movimiento y una animación insólitas. Los marineros habían cambiado de traje, algunos lavaban la cubierta, otros pulían los adornos de latón, en el palo mayor se izó una bandera y otra más grande apareció sobre el castillo de popa.

Todos los viajeros estaban contentos, como si hubiesen renacido. Muchos emigrantes sacaban sus equipajes y los ataban y cerraban. Cuando Maryscka advirtió aquel rebullido, comprendió que el buque debía estar cerca de tierra y fué á comunicárselo, muy contenta, á su padre.

Hacia el oeste apareció primero la isla de Landy Hoek, luego una construcción monumental. En lontananza parecía que la niebla fuera más densa y que en el centro de ella se movían objetos que no se distinguían con precisión. Aquello produjo gran movimiento sobre cubierta. Casi todos los presentes señalaban con la mano en aquella dirección, y el vapor lanzó agudos, largos y repetidos silbidos, como si quisiera expresar de aquel modo su alegría.

—¿Qué es aquello?—preguntó Joporek.

—New-York,—contestó el marinero Kassube, que en aquel momento estaba á su lado.

La niebla parecía retirarse lentamente á medida que el buque avanzaba, y de su masa blanquecina se destacaron poco á poco las casas, los techos y las chimeneas. Los campanarios se destacaban con limpieza del fondo oscuro del cielo al igual de las enormes chimeneas de las fábricas, que lanzaban bocanadas de humo. A los pies de la ciudad se extendía una verdadera selva de árboles, sobre cuyas copas flameaban banderolas de todos colores como flores de una inmensa pradera, movidas por la brisa que soplabá del lado del mar. El buque se acercaba más de cada vez y mejor se podía observar las líneas de la ciudad espléndida, que parecía emerger del seno de las olas.

Lorenzo sentía un contento indescriptible. Se había quitado el sombrero y contemplaba aquel espectáculo con la boca abierta.

Al cabo dijo:

—¡Marys!

La jovencita que también contemplaba con asombro el maravilloso espectáculo que se desarrollaba ante su vista, alzó los ojos:

—¡Dios mío! ¡Cuán hermoso es esto, padre!

—¡Mira, hija mía, mira!

—Ya miro.

—¿Y no te asombras?

—¡Si qué me asombro!

Lorenzo no sólo admiraba, sino que se sentía invadido por violentos deseos. Cuando advirtió las verdes orillas á los lados de la ciudad y la parda línea del parque, no pudo por menos de decir:

—Si Dios quisiera que me concedieran los terrenos ahí donde se ven esos prados, me consideraría feliz. Los días de mercado llevaría aves y cerdos, y de fijo que no faltarían compradores. A lo que parece, hay ahí más hombres que granos de arena en el mar. En Polonia era un labrador; pero aquí seré un caballero...

Entre tanto, el grandioso National Park se desplegaba á las atónitas miradas del campesino, en toda su majestuosa amplitud, sembrado de seculares grupos de árboles.

—Haré un profundo saludo al ilustrísimo comisario del distrito,—continuó Lorenzo,—y con palabras oportunas y corteses le rogaré que me conceda una parte de ese bosque. Si me convierto en propietario, quiero serlo de veras y haré que sean los criados los que por la mañana lleven la leña á la ciudad. Bendito sea el Señor, gracias le sean dadas; empiezo á creer que el alemán no se burló de mí.

Hasta la jovencita sin saber por qué se sentía alegre y ligero el corazón, y acudió á su mente la canción que en Lipince la novia acostumbra á decir al novio:

¡Vaya un personaje que eres!
¡Eres todo un personaje!
Sombrero y traje tu tienes;
¡Tan sólo sombrero y traje!

Quizá la joven pensaba ya en cantarla á Jasko cuando fuera á buscarla y la hallara convertida en una señorona.

Entre tanto una barca de sanidad se había acercado al costado del buque; muchos hombres subieron á bordo y empezaron á hablar con el capitán y los oficiales; casi al mismo tiempo llegó otra barca que venía llena de agentes de hoteles, guías, representantes de compañías ferroviarias, mercaderes que cambiaban toda clase de moneda, etc., etc. Toda aquella gente gritaba, charlaba, se empuja-

ba, se rebullía por la cubierta, con tan grande algazara que los dos aldeanos permanecían embobados con la boca abierta.

Kassube aconsejó al viejo que cambiara su dinero y quiso asistir á la operación, porque temía que le engañaran. A cambio de cuanto poseía, recibió cuarenta y siete dollars de plata.

Cuando terminaron todas estas operaciones el vapor se había aproximado de tal modo á tierra que no sólo se distinguían perfectamente las caras, sino hasta los hombres que había en la playa. El barco se insinuaba entre una infinidad de otros buques de todas dimensiones hasta que se acercó á los docks, se paró, soltó el ánora. La travesía había terminado.

En aquellos momentos la cubierta del buque estaba cuajada de viajeros que parecían un enjambre de abejas alrededor de la colmena. Todos se apresuraban para llegar cuanto antes á la palanca que ponía el vapor en comunicación con la tierra firme. Pasaron delante los pasajeros de primera clase, después los de segunda y luego los emigrantes cargados con sus pobres equipajes. Cuando Lorenzo y Maryscka, rechazados en todas direcciones, lograron alcanzar por fin la salida, hallaron á su amigo Kassube que, cogiendo la diestra del viejo campesino le dijo:

—Hermano; deseo que te sea favorable la fortuna... y también á tí, niña. ¡Dios os proteja!

—¡Dios te recompense! —exclamaron los dos desdichados.

Debieron escaparse casi en seguida porque la multitud les empujó y les llevó casi á la fuerza hasta el inmenso edificio de la aduana.

Los empleados de ésta, con trajes grises adornados de estrellas de plata, miraron rápidamente sus equipajes y

después de soltar un: *¡All right!* les indicaron la salida.

Un instante después se hallaban en la calle.

—¿Qué hemos de hacer ahora, papá?—preguntó Maryseka.

—Esperar,—replicó Lorenzo.—El alemán me dijo que el señor comisario nos vendría á buscar apenas llegara el buque.

Buscaron un sitio algo resguardado para esperar, y allí permanecieron, envueltos en el ruido y la agitación de la inmensa ciudad extranjera.

No habían visto nunca nada parecido. Rectas y sin término aparecían á sus ojos las anchas calles, continuamente llenas de una muchedumbre de gentes, de ómnibus, de coches, de pesados carros.

Juntos á ellos charlaban y disputaban en una lengua desconocida obreros, compradores, vendedores. A cada instante pasaban hombres negros como la pez, con el pelo crespo, á cuya vista los dos aldeanos hacían rápidamente la señal de la cruz, imaginando que eran el enemigo malo. ¡Cuán rara les parecía aquella ciudad en que de continuo resonaban el silbido de las locomotoras, la trepidación de los trenes en marcha, y donde todo el mundo caminaba con tal prisa que no parecía sino huir de alguien! ¡Cuántas caras extrañas! Unas negras, aceitunadas otras, de color de bronce aquellas. También junto á ellos reinaban una vida y un movimiento indescriptibles. Buques y barcazas atracaban y desatracaban, pasaban vagones, re-

molcados por las locomotoras, sobre puentes de hierro que producían un estrépito horrisono; por todas partes había un ruido, una agitación, un movimiento capaces de aturdir la más sólida cabeza.

Pasaban las horas y los polacos no se movían, sentados junto á la pared, en espera del comisario.

Extraño efecto producía ver á los dos pobres polacos, vestidos con su traje nacional esperando acurrucados, en una calle de New York; pero á pesar de ello, ninguno de los que pasaba se dignaba echarles una mirada siquiera. Todos estaban demasiado ocupados para que una cara ó un traje extranjero les produjeran la menor impresión.

Pasó otra hora. El firmamento se había cubierto de nubes, y casi en seguida empezó á lloviznar, á nevar y se levantó del mar un viento frío y húmedo.

Continuaban firmes en su puesto esperando la llegada del comisario; pero poco á poco su corazón empezó á angustiarse por más que los aldeanos son muy pacientes por naturaleza.

En el buque se hallaron aislados y empequeñecidos entre toda aquella gente desconocida y, pobres seres abandonados, rogaron al Señor que les concediese una travesía feliz. Pensaban que una vez pisaran tierra firme acabarían todas sus angustias. Ahora habían ya llegado á una gran ciudad, pero, rodeados de aquella muchedumbre rumorosa, sentíanse más míseros y abandonados que antes.

El comisario no venía. ¿Qué harían si no aparecía, si el alemán les hubiese engañado? Tal pensamiento llenó de angustia el corazón de los pobres campesinos. ¿Qué harían en tal caso?—Morir de frío y de hambre.

—¿Tienes frío, Marys?

—Sí, mucho.

Sus vestidos estaban calados por la lluvia, y el viento helado penetraba en sus carnes hasta los huesos.

Transecurió otra hora. El crepúsculo se convertía en noche y cesaban los ruidos y el movimiento del puerto. Los faroles fueron encendidos esparciendo oleadas de luz por la ciudad. Los operarios y marineros pasaban en grupos cantando entre dientes, con voz dura el «Jankee Doodle,» dirigiéndose hacia la ciudad; el silencio fué cada vez más profundo y se cerró la aduana.

Los polacos no se movieron, esperando al comisario.

La noche silenciosa siguió al crepúsculo y de las enormes chimeneas de los vapores anclados en el puerto, se escapaban á veces obisipas que iluminaban por un momento la superficie oscura del mar, la que solamente fulguraba junto á los muelles, reflejando la luz de los faroles. Sólo se oía el sordo rumor de las olas al chocar contra la piedra, ó el canto ronco de algún marinero que volvía embriagado de la ciudad. Brillaban todos los faroles entre la niebla, y los dos desdichados esperaban aún.

¿Pero, que hacer sino esperar? ¿Dónde hallarían albergue, quien podría comprenderles? A los tormentos del frío que era á cada momento más agudo, se unieron bien pronto los del hambre. ¡Si por lo menos hubiesen podido cambiar sus vestidos, que estaban pegados á sus carnes! ¡Ah! el comisario no venía, no vendría, jamás existió siquiera. Aquel maldito alemán era un empleado de agencias de transporte de viajeros; habría recibido ya su retribución por el servicio prestado y poco le importaba de los pobres campesinos engañados.

Lorenzo sentía que el suelo oscilaba bajo sus pies, sentía como si tuviese en los hombros un peso que le aplastara contra el suelo, parecíale que el juicio de Dios pesaba sobre él. Esperó con paciencia mucho rato. La voz de su hija, temblorosa por el frío que hacía, le despertó de su letargo.

—¡Padre!

—¡No me hables! No hay salvación para nosotros,—dijo el padre con dureza.

—Padre, volvamos á Lipince.

—Antes me echaría al agua y me ahogaría.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!—exclamó la joven.

Un dolor terrible taladró el corazón del anciano.

—¡Pobre infeliz!—exclamó.—¡Siquiera Dios se apiadara de ti!

Ella no le oyó. Había apoyado la cabeza contra la pared, y dormía con sueño pesade, febril, inquieto.

Las primeras luces del día alumbraron á dos cuerpos humanos dormidos, con el rostro lívido por el frío y cubiertos de una ligera capa de nieve, que parecía un sudario.





II

New-York

Cuando en New-York se dejan las grandes avenidas y se va desde Broadway hacia Chataur-square pasando por calles menos anchas, se llega á un barrio que á cada paso aparece más miserable, abandonado y tético. Las casas, que fueron contruidas por colonos holandeses muestran tremendos agujeros, techos hundidos, y ventanas y puertas tapadas por la rasante de las calles ó por haber cedido el terreno. Las calles son estrechas, tortuosas, sucias, distintas por completo de la ciudad moderna que tiene todas las calles tiradas á cordel.

A causa de la proximidad del mar, por todas partes se hallan charcas, y los pocos espacios libres entre las casas

son otros tantos estanques pequeños llenos de unas aguas verdosas, pútridas, en las que sobrenadan trozos de papel sucio y otras mil inmundicias. En aquella parte de la ciudad se hallan los *Bordinghouses*, posadas donde por dos dollars al mes se alcanza manutención y hospedaje; los *Barrooms*, tabernas donde se expenden toda clase de licores, frecuentadas por pescadores de ballenas, por bandidos de la peor especie y por un ejército de infelices miserables, entre los cuales se ven agentes del Brasil, Venezuela y Ecuador en busca de emigrantes desesperados, víctimas seguras de la fiebre amarilla; hospederías en que se nutre á los parroquianos con todas las piltrafas que el mar arroja de su seno, las barracas de los chinos que viven en una promiscuidad repugnante y todas las guaridas donde reinan como reinas absolutas, la miseria y las lágrimas.

A pesar de su horrible aspecto aquel barrio está muy poblado, porque todo el ejército de los emigrantes que no ha podido encontrar un refugio en «Cast le Garden,» ó no ha querido ó podido ir á los barrios obreros, allí se refugia y allí vive y muere.

Se puede asegurar que si los emigrantes representan el desecho de todos los pueblos de Europa, los habitantes de aquel barrio son la espuma de los emigrantes. Casi todos vagan al azar, unos por pura haraganería y otros por falta de trabajo.

No pasa noche sin que se oigan disparos de armas de fuego, gritos de socorro, cantos de marineros borrachos, rugidos de negros que se pelean, y hasta en mitad del día puede verse grupos de vagabundos haraposos con el pelo enmarañado, que con la pipa entre los dientes y las manos en los bolsillos contemplan impassibles como se pelean dos hombres, y hacen apuestas sobre quien de los dos adversarios quedará fuera de combate. Niños blancos y negros buscan entre el barro y la basura todos los des-

perdicios comestibles para sus hambres. Mujeres misérrimas, depravadas, caídas en el fango, extienden la mano mendigando tan pronto como oyen que se acercan los pasos de algún viandante.

En uno de aquellos refugios de la humana miseria, hallamos de nuevo á Toporek y Marysecka. La esperanza de poseer una buena propiedad se ha desvanecido y la cruda realidad aparece en aquella cabaña húmeda y oscura donde toda incomodidad habita. El musgo crecía sobre las paredes rezumantes de aquel tugurio asqueroso, cuyos muebles consistían en una estufa de hierro enmohecida y agujereada, en una silla con tres patas y en un montón de paja echado en ángulo, sobre el suelo.

Lorenzo estaba arrodillado ante la estufa y buscaba entre las cenizas para ver si por casualidad hallaba alguna patata olvidada; operación á que se había entregado ya muchas veces sin resultado alguno. Marysecka estaba sentada sobre la paja; con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las manos. La jovencita estaba enferma y había adelgazado. Las mejillas, antes regordetas, estaban flojas y hundidas, el rostro amarillento, se había empequeñecido y únicamente sus ojos parecían agrandados, pero no tenían su antigua viveza. En aquella pobre carita macilenta se advertían á las claras los estragos de la enfermedad, de la mala alimentación y de aquella vivienda insalubre.

Se alimentaban tan sólo con patatas, pero hasta éstas faltaban desde hacía dos días y no sabían que hacer; no sabían si debían vivir ó morir. Hacía tres meses que habían llegado á aquella ciudad y el dinero se había gastado hasta el último céntimo. El anciano había buscado trabajo; pero la gente no comprendía lo que quería. Procuró emplearse en la descarga de carbón; pero además de que ya había la gente necesaria los irlandeses le habían

dado de puñadas, celosos de su modo de ganarse la vida. También fué recibido de mala manera cuando se presentó en las canteras. Además, ¿como podía ser aceptado aquel bracero que no comprendía á los demás y de quien los otros no entendían una palabra? Por donde quiera que fué le recibieron con malos modos y en ninguna parte halló medio hábil de ganarse la subsistencia.

Las penas habían encanecido por completo su cabeza, la esperanza había muerto, el dinero se había consumido, el hambre estaba cercana.

En su país hubiese podido vivir aunque su casa y las casas de todo el pueblo hubiesen caído en ruinas. Hubiese cogido un bastoón y bajo el amparo de la cruz del camino ó en el atrio de una iglesia hubiese recibido limosna. Los ricos no son siempre avaros. Algunos le dieran con que hacer callar el hambre. En su país natal, viendo los campos y las montañas que viera desde niño, bajo el amparo de la cruz, su hija y él no carecieron nunca de lo necesario; Dios escuchaba su ruego. Pero allí, en aquella gran ciudad extranjera, nadie escuchaba á nadie, no había quien sintiera piedad por su propio semejante. ¡Aquí la cabeza se desvanecía, los brazos casi inertes, los ojos no sabían precisar lo que veían, hasta los pensamientos carecían de lucidez! Todo era extraño, confuso, repulsivo.

¡Qué enorme diferencia entre la ciudad y su aldea! En ella Lorenzo era un labrador acomodado, había sido hasta concejal, tenía amigos, gozaba de la estima de sus compatriotas; tenía siempre comida hasta saciarse. ¡Y aquí qué miseria, qué abandono, qué desconsuelo! Era el último de los hombres, sin amigos, sin protectores, hambriento, temeroso, aniquilado.

En los primeros días de dolor, gritaba mentalmente: «Estabas mejor en Lipince;» pero ahora su conciencia le decía: «Lorenzo, tú has abandonado Lipince por tu cul-

pa.» Habría soportado con resignación su tormento si hubiese pensado que su *Via crucis* estaba á punto de terminarse; pero, por lo contrario, sabía que de continuo irían en aumento sus penas y que cada vez que apuntara el sol iluminaría su miseria y la de su hija. ¿Cómo acabaría todo aquello? ¿Debía comprar una cuerda y después de rezar más oraciones extrangular á su hija y extrangularse él?

No hubiese temblado ante la perspectiva de la muerte; pero, ¿qué culpa tenía su hija? Cuando pensaba en ello, comprendía que si Dios le abandonaba, su razón haría lo mismo.

La nostalgia roía su corazón de noche y de día, aún cuando su inteligencia limitada no supiese darse cuenta de la causa de su tormento. Le faltaban sus bosques de pinos, sus campos, su cabaña cubierta de paja, sus compatriotas, su iglesia, y sobre todo, el cielo de su patria que no sabía ni podía olvidar. Aquel viejo aldeano sentía que alguna fuerza desconocida le aplastaba contra el suelo, á veces sentía impulsos de arrancarse los cabellos, de tirarse contra las paredes, de aullar como un perro atado á una cadena; pero otras veces inclinaba la cabeza ante aquel peso enorme, invocaba á Dios en su auxilio; pero su llamamiento no obtenía respuesta: únicamente la gran ciudad continuaba viviendo con sus rumores y sus estrépitos, con su agitación desenfadada y sus calles semejantes á ríos que tuviesen corrientes humanas, y su pobre hija estaba allí, en la paja, sin movimiento, con la mirada extraviada.

Sufrían ambos el frío y el hambre en silencio; días enteros permanecían sentados, mudos, como si una secreta cólera un odio mutuo les separasen. Sentían que estaban en una situación horrible; pero, para ¿qué decirse? Las heridas mortales es mejor no tocarlas; pues harto sabían

que no tenían ni dinero, ni alimentos, ni esperanzas y que nadie acudiría en su auxilio.

Hay en New-York un buen número de polacos; pero los que vivían cerca de Chatham square no estaban en mejor situación que ellos. Ocho días después de su llegada trabaron conocimiento con dos familias polacas; una de Silesia y otra de Posen. De la primera habían ya muerto dos hijos de hambre, otro había muy enfermo y desde cuarenta días antes estaban sin casa ni abrigo y dormían bajo las arcadas de un puente, alimentándose con los desperdicios que arrojaban las aguas. Poco después hallaron refugio en un hospital y no se supo más de ellos. La segunda familia estaba en peores condiciones si cabe, porque el enfermo era el padre. Maryscka les había socorrido en cuanto pudo; pero ahora era ella la que necesitaba socorro.

Habían podido recurrir sin duda á un templo polaco, el de Hoboken; sin duda aquel buen sacerdote les hubiese auxiliado; pero ¿qué sabían ellos de una iglesia y de un sacerdote en aquel mar sin límites de casas y de calles? ¿Podían hacerse comprender de alguien? ¿Podían preguntar nada? Cada céntimo que gastaban, representaba un escalón más de aquella escalera que les llevaba al fondo del abismo.

En aquel momento Lorenzo estaba arrodillado junto á la estufa, y Maryscka sentada sobre la paja. Pasaban las horas y dentro de aquella zahurda reinaba una obscuridad muy grande á causa de lo denso de la niebla. Hacía un frío riguroso. Lorenzo se levantó y dijo:

—¡Marys! No puedo más; el frío y el hambre me matan y á ti debe pasarte lo mismo. Voy hasta el mar. Allí encontraré un poco de leña para calentarnos y quizá halle también, como los otros, algo que comer.

Su hija no levantó siquiera la cabeza, y él salió. Ya

otras veces había ido hasta la boca del puerto para recoger algunas maderas de cajas de embalaje ó de desguace de buques que las aguas escupían. Alguna vez sus rivales le echaban fuera de allí, otras le toleraban. Hallaba así mismo algunos restos de la cocina de los buques, piltrafas que hubiese desechado un perro y que él llevaba con ansia á la boca.

Lorenzo llegó pronto á la playa. Había aquel día algunos muchachos que también se dedicaban á pescar madera y que le acogieron con burlas y pedradas, pero sin conseguir alejarle.

Traía el agua mucha leña aquel día y pronto hubo hecho el aldeano buena provisión de ella; pero como viera que flotaban algunas verduras, no se movió esperando poder cogerlas. Desgraciadamente eran muy ligeras y no salían á la orilla. Los muchachos que le habían apedreado fueron los que, con cuerdas y ganchos consiguieron cazarlas. Lorenzo se contentó con mirar con ojos de envidia como aquellos las comían, y cuando se hubieron alejado con las maderas, fué al sitio donde comieron y llevó á la boca cuanto habían dejado, con tanto afán y furia que por un momento hasta se olvidó de que su hija tenía hambre.

Aquella vez, sin embargo, pareció que el destino le fuera favorable. Cerca del muelle un carro cargado de patatas encalló en uno de los baches del suelo y por más esfuerzos que hacía el caballo no había modo de que arrancara. Toporek tuvo la idea de ayudar al carretero que blasfemaba como un condenado y, cogiéndose á los rayos de una de las ruedas, ayudó con tan buena voluntad y fortuna que pudo salir el carro. Dióle las gracias el carretero y lanzando un vigoroso «got up» continuó su camino. Pero con las sacudidas había caído gran cantidad de patatas que el carretero no se cuidó de recoger. Sobre ellas

se lanzó, como un lobo sobre su presa, el aldeano y momentos después tenía los bolsillos y el sombrero llenos de patatas. Aquellos tubérculos representaban para él y para su hija algunos días de vida. El corazón se le había alegrado como por encanto.

Fué rápidamente hacia su casa pensando en Maryseka.

—¡Bendito sea Dios, que ha tenido piedad de nosotros! —murmuraba el anciano.—Tenemos leña para calentarnos y comida para dos días. Dios es misericordioso. La niña, que desfallecía de hambre, cuán alegre va a ponerse ahora!

Hablando así apresuraba el paso, teniendo en una mano el sombrero y resguardando con la otra su preciosa carga.

—Creí que me habría visto obligado a robar y me ha caído esto del cielo. Teníamos hambre y ahora hay ya comida. Dios es misericordioso. Maris se alegrará en cuanto vea lo que la traigo.

Cuando la dejó su padre, Maryseka no se movió del rincón donde estaba acurrucada. Durante los primeros días, cuando Lorenzo traía combustible y comida, encendía la estufa, arreglaba los manjares, y después de haber comido lo poco que tenían preparado se acercaba al fuego y permanecía allí horas enteras. También ella había buscado trabajo y consiguió que la alquilaran en uno de los *boardinghouses*; pero como no la entendían ni podían decirle lo que era preciso hacer, fué despedida el segundo día. Después ya no encontró ocupación alguna y como tenía miedo de salir a la calle, donde de continuo la perseguían los marineros y los irlandeses borrachos, no se movía de su tugurio en todo el santo día.

Aquella forzada inmovilidad la hacía padecer aún más.

Como la herrumbre se come el hierro, así su corazón se desgastaba al pensar sin un momento de tregua en la pa-

tria ausente. Sentíase mucho más desdichada que su anciano padre porque, además de los dolores y de las penas comunes, se añadía a su tormento la imagen de Jasko, que no la abandonaba ni un momento y que quizá no vería ya más. Es verdad que la había dicho: «Seré lo que tú serás.» Pero entonces era ella la hija de un campesino acomodado que marchaba a América con la esperanza de convertirse en un caballero, y él era un criado del señor de la aldea. . . ¿y ahora?

Mientras él continuaba siendo lo que era, ella había llegado al último escalón de la miseria social. Cuando la viese, ¿la atraería sobre su pecho, diciéndole: «Ven, alma mía, pobre Marys», ó bien la rechazaría como una mendiga? Su traje estaba hecho girones, parecía una miserable y si la hubiesen visto en aquel estado en Lipince, de fijo que todos los perros hubiesen ladrado. Sin embargo, aun en aquel estado hubiese querido volar como una golondrina hacia Lipince aunque no fuera más que para morir en su patria. Allí donde vive Jasko, fiel ó infiel, constante ó inconstante, allí existe para ella la felicidad y la paz, en otra parte, no!

Tales eran sus pensamientos cuando tenía fijos los ojos en los tizones que ardían en la estufa los cuales tenían a pesar de la miseria, la virtud de llevar un rayo de esperanza a su corazón.

Cuando empezó a faltar el fuego y se consumieron las provisiones, entonces aquel último rayo se extinguió y el más absoluto vacío reinó a su alrededor. Sus pensamientos fueron siempre más tristes y sombríos, no pudiendo ni aun tener el consuelo de las lágrimas, porque las fuentes estaban ya secas.

Por fin la debilidad y el cansancio fueron tan grandes, que ni siquiera pensaba, y sus ojos, de mirada fija, no veía nada de cuanto parecían mirar.

34975

En tal estado se hallaba mientras su padre hacia lo que hemos dicho. De repente oyó rumor de pasos que se acercaban y convencida de que eran los de su padre, no levantó siquiera la cabeza hasta que oyó una voz que decía:

—*¡Look here!*

Era el propietario de la barraca, un mulato de aspecto siniestro y repugnante, con el traje sucio y desgarrado, que mascaba continuamente tabaco.

Al verle, la joven sintió un estremecimiento de terror. Debían un dollar del alquiler de la semana que empezaba y no había un céntimo en casa. Quizá podría conmovirlo con humildes súplicas, obtener unos días de espera. Por eso se le acercó y cayó de rodillas ante él, besándole las manos.

—*¡He venido para cobrar el dollar!*—dijo el mulato.

Ella no comprendió sino la palabra «dollar». Con los ojos suplicantes fijos en los de aquel hombre, con las manos juntas y en actitud suplicante, le explicó su miseria, sus desdichas, procuró hacerle comprender que hacía cuarenta y ocho horas que no había comido y terminó su súplica diciendo en su lengua materna:

—*Si tiene usted piedad de nosotros, buen señor, Dios le recompensará!*

El «buen señor» no comprendió sino una cosa: que el dollar no parecía.

Tan bien lo comprendió que, cogiendo con una mano los pocos trastos que había en la habitación y con la otra el brazo de la muchacha, salió hacia la escalera y llevó unos y otra hasta la puerta de la casa, donde dejó á Maryseka, echándole á los pies sus avios. Después, con perfecta fiema, llamó á otra puerta y dijo al que fué á abrir:

—*Paddy, ya está desocupada la habitación.*

—*Bien; por la noche iré.*

Cuando el mulato hubo desaparecido, la muchacha quedó sola en la puerta de la calle. Resignada, amontonó las ropas junto á la pared y se sentó en la entrada esperando pacientemente la vuelta de su padre.

Los irlandeses que pasaban junto á ella no la molestaban. En pleno día el rostro de la niña era pálido y demacrado como el de un enfermo grave. Los labios eran lívidos y caídos, los ojos hundidos en sus órbitas, las mejillas demacradas; parecía una flor marchita.

Los transeuntes la miraban con compasión. Hasta una negra vieja se le acercó y le preguntó algo; pero, no habiéndole contestado la muchacha, se retiró ofendida.

* * *

Entre tanto Lorenzo se acercaba á su casa contento por lo que había recogido. Cuando advirtió que su hija estaba sentada á la entrada de la casa, se asombró. Apresurando el paso, preguntó al llegar á su lado:

—*¿Por qué estás aquí?*

—*¡El patrón me ha echado!*

—*¡Echado!...*

La leña se escapó de sus manos temblorosas. ¡Aquello

era demasiado! ¡Arrojados en el mismo momento en que habían hallado de comer! ¿Dónde irían, cómo cocerían sus patatas? Dió una vuelta sobre sí mismo, se golpeó la frente con los puños y miró á su hija con ojos extraviados, exclamando con acento en que se confundían el dolor y la ira:

— ¡Virgen Santa... arrojados!

Dió algunos pasos hacia adelante, retrocedió de nuevo y mirando á su hija dijo con voz dura, casi de amargura:

— ¿Por qué no suplicaste, estúpida?

Maryscka lanzó un suspiro y respondió:

— ¡Ya he suplicado, padre!

— ¿De rodillas?

— Sí, de rodillas.

El anciano vaciló. Los ojos se le nublaban.

— ¡Así te trague la tierra!—exclamó con cólera irracional, dirigiéndose á su hija.

La niña le miró con tristeza y contestó:

— ¿Qué culpa tengo yo, padre?

— Quédate aquí, no te muevas,—dijo el viejo.—Iré á verle y le rogaré que que por lo menos me deje cocer mis patatas.

Entró en casa del mulato. Al cabo de un rato se oyeron gritos y una especie de lucha, y luego Lorenzo se precipitó fuera de la casa, evidentemente empujado por una mano robusta.

Durante un momento permaneció callado y como atontado. Después dijo con rudeza:

— ¡Ven!

La joven recogió la ropa. Aunque poca, era muy pesada para sus débiles fuerzas; pero el padre no la ayudó. No advertía ni se daba cuenta del estado en que se hallaba su pobre hija. Si la gente que pasaba no hubiese estado privada de compasión á causa de ver continuamente las

mayores miserias, ciertamente la hubiese sentido al aspecto de aquellos infelices. Casi causaban espanto aquel viejo desesperado y aquella jovencita demacrada que respiraba trabajosamente y que parecía que de un momento á otro iba á caer, rendida, al suelo.

Después de algunos pasos, sintió que sus fuerzas la abandonaban del todo. Se detuvo y dijo á su padre.

— Papá, no puedo más. Lleva tú esto.

El viejo pareció que despertara de un sueño.

— ¡Tíralo!

— ¿Y si lo necesitamos?

— No, no lo necesitaremos más.

Observando que su hija vacilaba en cumplir su orden, se indignó.

— ¡Tíralo, tíralo en seguida, si no te pego!

La joven, asustada, obedeció. Anduvieron largo rato mientras el viejo repetía:

— ¡Si así debe ser, que sea!

Luego calló, pero sus ojos brillaban de un modo siniestro, como si le hubiese asaltado un mal pensamiento.

Después de pasar por una serie interminable de callejuelas y de dar mil vueltas y revueltas llegaron al puerto, cerca de donde entonces se construían los nuevos astilleros.

Maryscka, á la que sus piernas se negaban á llevar más rato, apenas hubo pasado por delante del último edificio, donde se leía en letras grandes: «*Sailors asilum*», se dejó caer sobre un rimero de tablonos y permaneció inmóvil sin pronunciar ni una palabra. Lorenzo se sentó cerca de ella. Serían las cuatro de la tarde. El puerto estaba lleno de animación y vida. La niebla había desaparecido y el sol lanzaba sus rayos, cálidos y brillantes, sobre los dos infelices. En el centro del puerto se veían chimeneas y palos de buques, en cuyo extremo se agitaban banderolas

multicolores. A lo lejos se veían otros buques que navegaban en demanda del puerto, y las velas desplegadas al viento parecían, destacando sobre el azul, luminosas y candidas nubes. Otros vapores salían del puerto hacia alta mar, hacia aquella dirección donde estaba Lipince, su felicidad para siempre perdida.

Maryscka pensaba en qué había pecado para que el buen Dios, tan misericordioso para con los hombres todos, la abandonara de aquel modo. Ya que estaba en su mano que pudiera volver al antiguo bienestar, por qué no permitía que uno de aquellos buques que marchaban la llevara consigo? Una vez más se acordó de su país y de Jasko; pero el cansancio la dominó. El hambre la atormentaba poco porque estaba enferma; pero los párpalos se cerraron, la cabeza cayó sobre el pecho y la realidad desapareció para dejar su puesto á un sueño agitado.

Sonó que había caído en un río y que Jasko, que la veía desde un monte próximo, la echaba una cuerda de seda. Como la cuerda era corta, Maryscka trataba de atarla á sus trenzas. De repente oyó un cántico sonoro y creyó que sus trenzas se hubiesen soltado y que caían en el abismo. Despertó sobresaltada y advirtió que el canto partía de un buque que acababa de levar anclas. La noche había cerrado y los obreros se apresuraban á volver á sus casas. Todos tenían una cama donde dormir, un techo para protegerles; sólo su padre y ella estaban sin refugio.

Durante aquel tiempo el viejo Toporek sentía aumentar el tormento del hambre. Su rostro se había puesto más sombrío y tenía la expresión de un hombre que medita algún proyecto siniestro y culpable. Cuando la noche hubo cerrado y quedó el puerto desierto y silencioso, se volvió hacia su hija y le dijo:

—¡Ven Marys!

—¿Dónde debemos ir?—preguntó la joven con voz ansiosa.

—Al andamiaje que da al mar; dormiremos sobre las maderas.

La niña se levantó y le siguió. La obscuridad era tan densa, que tuvieron que andar con mucho cuidado para no caer al mar.

Una de las galerías altas del astillero, desde donde se colocan las piezas de las máquinas á los vapores, se adelanta gran trecho mar adentro formando una plataforma en la cual hay grandes huecos que dan al mar. Aquella plataforma, cubierta de una ligera techumbre para resguardar del sol y de la lluvia, tan animada y ruidosa de día, estaba desierta á aquella hora.

Cuando padre é hija llegaron al extremo límite de la plataforma, se pararon y el primero dijo:

—Dormiremos aquí.

La joven se dejó caer sobre las tablas y á pesar de que las nubes de mosquitos revoloteaban alrededor de su cabeza, quedó dormida con un sueño de plomo.

A media noche fué despertada por la voz de su padre:

—¡Marys, despierta!

Había en aquella voz un acento tan profundo y extraño, que la joven levantó la cabeza, ya por completo desvelada.

—¿Qué quieres, papá?—preguntó.

A través del silencio imponente de la noche, la voz del anciano resonó sombría por su misma calma.

—Hija mía,—dijo,—no debes morir de hambre. No mendigarás más el pan en las puertas de las casas; no dormirás más á la intemperie. Los hombres te han abandonado, Dios te abandona, la desdicha te aniquila; la muerte te acogerá en sus brazos. El agua es profunda... No sufrirás mucho.

Ella, á causa de la obscuridad no podía verle la cara, por más que el espanto dilatara sus ojos.

—Te echaré al mar, infeliz,—prosiguió con voz cada vez más sombría,—y después me echaré yo mismo. Para nosotros no hay salvación ni misericordia. Mañana estarás mejor que ahora; no sufrirás, no tendrás hambre.

Maryscka se puso en pie como si las fuerzas le hubiesen vuelto instantáneamente. No, no quería morir. Tenía apenas dieciocho años y temía la muerte, como la teme siempre la juventud. Su alma se horrorizaba al sólo pensamiento de que al día siguiente su cuerpo inmóvil, estaría en las profundas tinieblas del mar, entre los peces, entre los monstruos marinos, sobre el fango del fondo. No, no, de ningún modo! Una angustia espantosa se apoderó de ella; su padre, que le hablaba entre las tinieblas de la noche, debía estar poseído de un espíritu maléfico.

Con un estremecimiento de terror sintió la mano de su padre posarse sobre su hombro enflaquecido, en tanto que sus labios, con voz fría é incisiva, le decían al oído estas terribles palabras:

—No grites; nadie te oirá. Un empujón y en el tiempo de decir un Ave, todo se ha acabado!

—¡No lo quiero, papá, no lo quiero!—gritó la jovencita. —¿No teme usted la cólera de Dios? Papá, papá querido, tenga compasión de mí. ¿Qué mal he hecho yo? Nunca me he quejado de mi miseria. ¿No he soportado siempre con resignación el hambre y el frío?... ¡Papá!

La respiración del anciano se aceleraba cada vez más. Sus manos oprímian con indecible fuerza el brazo de la joven, la cual imploraba que no le arrebatara la vida...

—¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Soy tu hija!... Tengo miedo del agua!... ¡Papá!... ¡No quiero morir!...

Siguióse una lucha espantosa entre la muerte y la vida. La joven se aferraba desesperadamente á los vestidos del padre, besaba las monos que se esforzaban en lanzarla al abismo, pero parecía que aquello exaltaba aun más al vie-

jo enloquecido. Durante algunos minutos no se oyó sino la respiración anhelante de los contendientes y el sordo golpear de sus pies sobre la madera. No podía venir ningún auxilio, porque únicamente los obreros penetraban en aquella galería de madera.

—¡Piedad, piedad!—gritó de nuevo la jovencita.

El viejo había conseguido empujarla hasta el extremo de la plataforma mientras le daba furiosos puñetazos en la cabeza para aturdirla. A lo lejos se oía aullar un perro.

La joven comprendía que sus fuerzas iban á faltarle. De repente el suelo faltó bajo sus pies; sólo las manos se mantenían aferradas á su padre. Sus gritos se debilitaban más y más y hubo un momento en que creyó volar por el aire. Es que había caído de la plataforma, pero quedó agarrada en su caída á una de las traviesas de la armadura de aquella, de modo que estaba suspendida sobre el mar. El campesino, (¡horrible es decirlo!) se inclinó hacia abajo procurando desasir las manos de su hija de aquella última tabla de salvación. Como un rayo pasó por la mente de la desdichada la visión de todos los últimos años de su vida: Lipince, el pozo, la marcha, la tempestad, sus miserias en New York.

—Pero, ¿qué es esto?

Maryscka vé ante sí una nave con mucha gente sobre cubierta, y delante de todos á Jasko, que extiende las manos hacia ella.

¡Visión celeste! Sobre los pasajeros aparece la Virgen, la madre del Señor, radiante. Al ver aquello la joven grita: «¡Virgen mía! ¡Jasko, Jasko! ¡quiero ir con vosotros!» Por última vez levanta la cabeza hacia su padre y ruega.

—¡Padre, ayúdame! ¡No ves la Virgen, la Virgen! ¡Quiero ir hacia Ella!

Un instante después, las mismas manos que querían

precipitarla al abismo, la cogieron con fuerza sobrehumana y la levantaron en alto. Sus pies volvieron á posarse en la plataforma, dos brazos la estrecharon, pero en aquel instante no eran los de su verdugo sino los de su padre. Apoyó la cabeza en el pecho paterno y se desmayó.

Vuelta en sí, Maryscka se halló tendida junto á su padre, y, á pesar de la obscuridad, advirtió que aquel estaba arrodillado á sus pies, y que de su pecho se escapaban violentos sollozos.

— ¡Marys! — exclamó el campesino con voz entrecortada;

— ¡Marys, hija mía, perdóname!

La joven buscó en la obscuridad la mano del padre, y exclamó besándola:

— ¡Así pueda Dios perdonarte, como yo te perdono, padre mío!

La luna resplandecía en toda su gloria, cercana ya á su ocaso.

La joven fijó en ella los ojos y tuvo una nueva visión: un vuelo de angelitos aparecían entre aquel pálido fulgor y se acercaban hacia ella como abejas de oro, siguiendo el camino que trazaban los rayos de la luna.

Mientras el vuelo de ángeles revoloteaba á su alrededor, con sus vocecitas dulces y suaves cantaban:

— ¡Pobre cansada jovencita, la paz sea contigo! ¡Pobre pajarillo enfermo, la paz reine en tu corazón! ¡Oh, paciente y pura flor de los campos, la paz sea contigo!

Luego, sin cesar de revolotear soltaban una lluvia de hojas de lirio y rosas, cantándole:

— ¡Duerme, cansada niña, ... duerme!

A aquel éxtasis siguió un sueño reparador y profundo. Así pasó el resto de la noche.

El día empezó á apuntar, tornó á tener el agua sus reflejos argentinos, los palos y las chimeneas de los buques surgieron lentamente de las tinieblas y parecía que de minuto en minuto se acercaban más.

El anciano Lorenzo estaba arrodillado junto á su hija con la cabeza inclinada sobre ella. Pensaba que había muerto: su inmovilidad, la palidez azulada de las facciones, sus manos frías, sus ojos cerrados, podían hacer creer que no vivía. El anciano la sacudió cogiéndola por un brazo, pero ella no se movió.

Sintió Lorenzo una angustia terrible. Puso su mano en su boca y se convenció de que respiraba aún; latía el corazón pero con latidos lentos y débiles. Comprendió que su estado era gravísimo.

Las gaviotas emprendían su vuelo rasando el agua y algunas de ellas se posaron junto á los desdichados como si las moviera un sentimiento de compasión.

Un fresco rocío cayó en menudas gotas, súbitamente secadas por el viento de levante tibio y perfumado que venía del mar.

Apuntó el sol. Sus primeros rayos iluminaron la parte alta de la armadura de madera, luego fueron bajando poco á poco, lanzando chispas de luz sobre el pálido rostro de la jovencita que después iluminaron por completo. Parecía que acariciaran y besaran aquel rostro pálido y mármoleo, que en aquel momento, por la doble aureola de los rayos solares y de sus cabellos de oro que se soltaron en la lucha, tenía un aspecto angélico. La jovencita, por sus dolores y por sus padecimientos sufridos con tanta resignación, era casi una santa.

Se preparaba una espléndida jornada primaveral. El sol era cada vez más ardiente, la tibia brisa jugueteaba con los cabellos de la joven, y las gaviotas volaban á su alrededor como si quisieran despertarla.

Lorenzo se quitó la chaqueta y la colocó sobre el pecho de su hija. En su corazón se despertó la esperanza de que Dios se la había conservado, y pcco después su rostro empezó á tomar un tinte sonrosado y la boca sonrió, y al cabo abrió los ojos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

El aldeano cayó de rodillas, y dos lágrimas surcaron sus mejillas rugosas. En aquel instante sentía que aquella criatura era el alma de su alma, sagrada para él y amada por sobre todas las cosas de este mundo.

No sólo abrió Marysecka los ojos sino que se despertó más sana y fresca que el día anterior. El puro aire marino de la noche había sido para ella un bálsamo y un antídoto del aire envenenado que se veía obligada á respirar en su zahurda. Se despertó verdaderamente mejorada, porque apenas hubo abierto los ojos se sentó y dijo:

—¡Papá, me siento mejor, tengo mucha hambre!

—¡Ven, hija mía,—contestó el anciano;—en la playa hallaremos algo que comer!

La joven se puso en pie sin grande esfuerzo y empezaron á alejarse. Pero estaba escrito que aquel día había que marcarle con piedra blanca.

Apenas habían andado unos doscientos pasos, cuando en un escondrijo hallaron un pañuelo rojo que sin duda había puesto allí algún obrero pensando que lo recogería al día siguiente. Contenía unos mendrugos de pan y un trozo de tasajo. Poco era; pero se antojó un festín á aquellos infelices que desde hacía mucho tiempo no habían podido probar nada tan sustancioso. Los campesinos atribuyeron á un milagro su hallazgo. ¿Quién había podido poner aquellos alimentos en su camino sino Aquel que nutre los peces en el mar y los pájaros en el aire?

Rezaron con fervor la oración de la mañana, repararon á medias sus fuerzas con aquel frugal almuerzo y después se alejaron con dirección al astillero viejo.

Tomaron después la vuelta de Broadway pasando por Watterstreet y anduvieron dos horas sin rumbo fijo, pero internándose hacia el centro de la ciudad. Diríase que Marysecka tenía el presentimiento de que allí había de hallar algún alivio su desventura. En su camino hallaron mu-

chos carros pesados que se dirigían al puerto y muchos obreros que iban á su trabajo.

De un portal salió un caballero con bigote y pelo grises, acompañado de un joven como de unos quince años. Al salir se tropezó con Lorenzo y su hija, que llevaban aún su traje nacional, y al verlo, los ojos del caballero expresaron la sorpresa y el asombro. Se detuvo y los contempló unos momentos dibujándose una sonrisa en sus labios. Una cara que en New York les sonreía con benevolencia, era un caso tan raro para aquellos infelices que ellos se detuvieron admirados. Y creció de pronto su sorpresa cuando el caballero, dirigiéndose á ellos, les dijo en el más puro polaco:

—¿De dónde sois, buena gente?

Si un rayo hubiese caído á sus pies les asombrara menos que oírse interrogar en su idioma. El viejo Toporek se puso pálido como un difunto, se estremeció de pies á cabeza y parecióle que iba á caer. Marysecka fué quien primero volvió de su sorpresa y saludando profundamente y cayendo á los pies de aquel señor, contestó:

—De la provincia de Posen, ilustrísimo señor, de la provincia de Posen.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Somos víctimas de la miseria, del hambre y de la más horrible desventura, señor...

Faltóle la palabra é la muchacha. Lorenzo cayó á su vez de rodillas, y cogiendo el faldón de la levita del caballero, lo besó y lo retuvo entre sus manos como temiendo que le escapara.

Aquel señor era un compatriota, demostraba tener buenos sentimientos, parecía acomodado y de fijo haría algo por ellos, algo para que no fueran víctimas del hambre que les amenazaba. El jovencito que acompañaba al caballero se mostraba asombrado y los transeuntes se detenían

á contemplar aquella escena en que un hombre estaba de rodillas ante otro hombre y le besaba las manos. Nunca se había visto una cosa igual en la libre América.

El caballero á quien molestaba la atención de los curiosos, se volvió hacia ellos diciendo en inglés:

—¡Cuidad de lo que os importa, y seguid vuestro camino!

Y después añadió en polaco:

—No podemos hablar en la calle; venid conmigo.

Les llevó al *Barroom* más cercano, se hizo dar una habitación apartada y entró con ellos acompañándole siempre el joven.

De nuevo los dos campesinos trataron de echarse á sus pies; pero él les dijo:

—Dejáos de tonterías. ¿No somos acaso paisanos, hijos de una misma tierra?

Quizá era el humo del cigarro, quizá otra molestia cualquiera; pero el buen señor se llevó el pañuelo á los ojos y preguntó:

—¿Tenéis hambre?

—Hace dos días que no comemos.

—¡William! —exclamó el caballero dirigiéndose al muchacho;— haz que traigan comida.

Luego continuó su interrogatorio.

—¿Dónde vivís?

—Ya no tenemos casa, señor.

—¿Dónde habéis pasado la noche?

—Entre las andamiadas del nuevo astillero.

—¿Os han echado de la casa?

—Sí, no podíamos pagar el alquiler.

—¿No tenéis dinero?

—No, señor.

—¿Y qué pensáis hacer?

—No lo sabemos siquiera.

El anciano señor hacía rápidamente aquellas preguntas y en tono brusco. Volviéndose hacia Maryseka, añadió:

—¿Cuántos años tienes?

—Voy á cumplir dieciocho.

—¡Bastante has sufrido ya infeliz!

Maryseka no contestó y bajó la cabeza. De nuevo el humo del cigarro penetró en los ojos del caballero, que tuvo que enjugárselos.

Habain traído comida, y el señor polaco les indicó que se aprovecharan. Como los campesinos no se atreviesen á comer en su presencia, les dijo que no fueran tontos, y broncó con ellos para darles ánimo.

Se advertía que el apetito con que comían sus pobres compatriotas, le conmovía; y cuando estuvieron saciados, quiso saber toda su historia.

El anciano Toporek hizo una relación detallada de cuánto les había ocurrido, sin callar siquiera la atroz acción que estuvo á punto de cumplir por la noche. Entonces el caballero le interrumpió:

—¡Merecerías que te apalearan!

Y volviéndose hacia á la joven:

—¡Ven acá, hija mía!

Cuando la joven se le hubo acercado, pálida y temblorosa, tomó su rubia cabeza entre sus manos y la besó en la frente.

Después permaneció pensativo unos momentos hasta que dijo:

—Habéis pasado malos ratos; pero, por fortuna, el país es hospitalario; basta saber componérselas.

Los dos aldeanos le miraron asombrados cuando le oyeron afirmar que el «país era bueno.»

—Sí,—prosiguió el caballero, que había advertido su asombro;—sí, el país es bueno. Cuando llegué aquí no tenía un ochavo, y ahora estoy en una posición envidiable,

Pero, vosotros, aldeanos, no debíais moveros de vuestra tierra. ¿Quiénes lo quedarán si vosotros la abandonáis? Para vosotros aquí no hay probabilidades de fortuna; llegar aquí, es fácil; volver á Polonia es difícil.

De nuevo quedó callado, y después prosiguió como hablando para sí mismo.

—Han pasado ya más de cuarenta años desde que vine aquí, y en tan largo espacio de tiempo llega á olvidarse hasta la patria. Sin embargo aún quiero á mi Polonia. William irá allí para conocer el país donde ha nacido su padre. Hijo mío, —añadió dirigiéndose al joven, —me traerás un puñado de aquella tierra santa y me lo pondrás sobre mi tumba.

—*Yes, father!*

—¡Y la pondrás sobre mi corazón!

—*Yes, oh, yes, father!*

Los ojos del caballero se llenaron de lágrimas. Después como arrepentido de su debilidad, dijo en tono casi duro:

—Mi hijo comprende muy bien el polaco; pero prefiere hablar en inglés. ¿Qué vamos á hacerle? Una vez se está aquí, adiós viejo mundo... William, vé á casa y dí á tu hermana, que hoy y mañana tenemos huéspedes en casa.

El jovencito se alejó en seguida. Luego, después de unos momentos de silencio, añadió el caballero, como si mentalmente hablando consigo mismo:

—Enviarles allá, repatriarles, cuesta mucho y además, como ya no tienen nada, se verían obligados á mendigar. Si la joven se pone á servir, Dios sabe en qué parará. Ya que están aquí, hay que buscarles trabajo. Lo mejor sería enviarles á alguna colonia, donde la joven se casará fácilmente. Si luego los esposos ganan lo suficiente y quieren volver á su país, se llevarán al anciano con ellos.

Y añadió en voz alta:

—¿Sabes cómo viven los colonos de aquí?

—No, señor.

—¡En nombre de Dios! ¿Cómo habéis marchado á la ventura? Era imposible que no os sucediera algo malo. En Chicago hay por lo menos veinte mil polacos y otros tantos en Milwaukee; también viven muchos en Buffalo y en Detroit. Pero vosotros sois campesinos y allí escasean las tierras. Se dice que en Nebraska va á fundarse una ciudad polaca, New Posen; pero está muy lejos; lo mismo le ocurre á Texas. Lo mejor es Borowina, la nueva colonia que se va á establecer en Arkansas. Allí puedo ofreceros el viaje gratis y el ahorro que así se consigne puede servir para estableceros sin que os falte dinero los primeros meses.

Se detuvo un instante y luego prosiguió:

—¿Oyes anciano? En Borowina el gobierno os dará ciento sesenta hectáreas de terreno. El país es bueno, el clima templado, sólo faltan brazos. ¿Me has comprendido? El precio del pasaje lo pagaré yo, y te daré el dinero necesario para los primeros gastos. Hasta Little-Rock iréis en tren, después en coche; pero ya hallaréis otros que os seguirán el mismo camino. Quiero ayudaros porque sois mis compatriotas; pero no quiero ocultarte que tu hija me interesa y me causa mucha más compasión que tú... ¿comprendes? Oye, hija mía, —continuó dirigiéndose á Maryscka, —aquí tienes mi dirección. Si algún día, por desgracia, quedabas en la miseria, sola, búscame. Si yo hubiese muerto, mi hijo te protegerá. Basta para ello que no pierdas esta tarjeta... Y ahora, vamos.

En la calle ya, compróles ropa y luego les condujo á su casa donde fueron acogidos cordialmente. Todos se mostraban muy amables con ellos, y tanto William como Jenny les trataban como á iguales, y el joven tenía tantas atenciones con Maryscka como si fuese una lady, lo cual causaba no poca extrañeza á la muchacha.

Por la noche la señorita Jenny recibió á sus amigas vestidas con gran lujo y elegancia, las cuales se mostraron muy atentas y cariñosas con Maryseka. La colocaron entre ellas é hicieron grandes elogios de su belleza, de sus cabellos rubios, de su gracia y quedaron encantadas de la cortezanía y humildad con que saludaba, pues á todas aquellas señoritas quería besar las manos.

El auciano caballero contemplaba aquella escena mientras charlaba con Lorenzo, de la patria lejana, que no había olvidado.

Por la noche, cuando Maryseka se halló sola en su habitación y se acostó en su camita mullida é inmaculada que Jenny había querido arreglar con sus manecitas, lloró lágrimas de felicidad y desde el fondo de su corazón dió gracias al Señor que la había salvado del duro trance.

Tres días después el viejo Toporeck y su hija viajaban hacia Little Rock. El aldeano tenía cien dollars en el bolsillo y esto le hacía olvidar sus pasadas miserias. No iba la joven tan contenta; pero recordando que la divina providencia la había protegido, pensaba que al cabo podría ver á Jasko y volver todos juntos á Lipince.

El tren había adelantado mucho terreno y dejado atrás muchas ciudades y colonias. El paisaje era bien distinto del de New-York. Ahora se veían campos y montañas florcientes, prados parecidos á los que hay en la vieja Polonia. Al ver aquello sentía tal regocijo Lorenzo, que saludaba aquellos campos y aquellos montes como antiguos amigos.

Pacían en los prados numerosos rebaños de bueyes y ovejas, y en los linderos de los bosques los leñadores, atentos á su trabajo, manejaban sin descanso sus hachas. Poco á poco, sin embargo, se hizo el país más silencioso y desierto. Apenas se veían granjas; las poblaciones estaban más y más espaciadas; había grandes extensiones sin cul-

tivo y á veces se atravesaba por praderas sin límites parecidas á un mar de verdura, de donde emergían flores silvestres que parecían saludar al tren, inclinando sus tallos. Los pasajeros podían ver grandes grupos de liebres y de perros silvestres, sobre los cuales las águilas, con las alas estendidas, se mantenían inmóviles, escogiendo una presa. Lorenzo observaba todo aquello moviendo la cabeza y pensaba que era un pecado dejar tanta tierra inculta.

Pasaron un día y una noche. Por la mañana del segundo día atravesó el tren una selva de árboles gigantescos, de tal manera enlazados unos con otros por plantas trepadoras, que formaban una red inmensa é inextricable. Pájaros de deslumbrante plumaje, verdaderos joyeles que resplandecían bajo los rayos del sol, revoloteaban y jugueteaban entre las ramas. Una vez vieron un grupo de jinetes con la cabeza adornada de un plumero multicolor, y cuyo rostro parecía de cobre pulido.

A la vista de aquella majestuosa selva virgen, de aquella naturaleza extraña y poderosa, Lorenzo no pudo contentarse más, y, volviéndose hacia su hija, exclamó:

—¿Marys?

—¿Papá?

—¿Ves?

—Sí, ya veo.

—¿Y no te asombras?

—¡Ya lo creo!

Finalmente pasaron sobre un río majestuoso, infinitamente mayor que cuantos vieran hasta entonces. Supieron que era el Mississipi.

Llegaron ya de noche á Little Rock y en seguida preguntaron cómo podían ir á Borovina.





III

Entre los colonos

¿Qué era Borovina? Una colonia en proyecto. Se pensó en su nombre antes de fundarla, probablemente con la esperanza de que en el sitio que llevara este nombre se hallaría, andando el tiempo, cuanto este nombre significaba.

Casi en seguida todos los periódicos escritos en polaco y hasta los ingleses de Nueva-York, Chicago, Búffalo, Detroit, Milwankee, y de todas aquellas ciudades donde se hablaba el polaco hacían notar a todos los colonos y á los polacos en particular, que todos aquellos que desearan ser

ricos y vivir sanos y felices, comer bien, vivir mucho y tener buena muerte, no tenían sino que presentarse en aquella colonia para cultivar la especie de paraiso terrestre que forman Barowina y el Arkansas. El caso es que aquel paraiso estaba completamente desierto todavía; pero era el mejor sitio y el más sano de este mundo, y si la pequeña ciudad de Memphis al otro lado del Mississipi era el centro de donde irradiaba la fiebre amarilla, ésta no podía de ninguna manera perjudicar la colonia, porque ninguna fiebre, amarilla ó de otro color podía atravesar el inmenso río. Tampoco influiría en la prosperidad de la colonia la vecindad de los indios de la tribu Chowtak, los cuales tienen fama de desollar la cabeza sin misericordia alguna á quien tiene la desgracia de caer en su manos, porque la fiebre amarilla teme á los pieles rojas casi tanto como éstos á la fiebre amarilla.

Así es que los afortunados colonos de Borowina, situados entre la fiebre amarilla al Oeste y los pieles rojas al Este, habitaban una zona completamente neutral, y como según las previsiones más exactas, esta colonia tendría un par de millones de habitantes dentro de mil años, el terreno que ahora costaba cerca de un dollar por hectárea, tendría un precio de un millón de dollars por metro cuadrado.

Era casi imposible resistir á tan lisonjera perspectiva. Aquel á quien la vecindad de los pieles rojas no inspiraba mucha confianza, se tranquilizaba al decirle que la victoriosa tribu tenía un flaco por los polacos, por lo cual era de creer que las relaciones serían buenas entre los indios y los blancos. Además la desaparición completa de los pieles rojas no era sino cuestión de tiempo, porque todo el territorio que lindaba con Borowina había sido comprado por las compañías ferroviarias, y ya se sabe que los ferrocarriles y el telégrafo hacen desaparecer más que de prisa á todos los indios.

Unicamente se había olvidado de añadir á la noticia que el ferrocarril que debía preservar la colonia y enlazarla con el resto del mundo y transportar sus productos, era un simple proyecto y que si la compañía había obtenido las concesiones del terreno, no había dinero para empezar las obras.

Aquel leve olvido era perdonable dada la colosal importancia de la empresa, y de todos modos no podía tener para Borowina sino una importancia secundaria.

Además es sabido que las noticias americanas no hay que tomarlas nunca al pie de la letra. Como las plantas que en ese país crecen prodigiosamente con fertilidad lujuriosa, á costa de la bondad y de la abundancia del fruto, así la fantasía de los americanos en la *reclame* alcanza proporciones increíbles, y á veces es difícil adivinar la verdad á través de los hipérboles que la encierran.

Pero despojando las informaciones acerca de Borowina de la parte retórica, quedaba bastante para comprender que la nueva colonia no sería peor que mil otras que se habían fundado de la misma manera.

Los pactos y las condiciones parecían aceptables; así fué que gran número de polacos que vivían en la república se hicieron inscribir en calidad de colonos. Magyares, silesianos, galitzianos, lituanos y ponianos que trabajaban en talleres de Chicago y de Milwankee, y que desde mucho tiempo antes aspiraban á la vida libre, apresuráronse á abandonar las ciudades llenas de humareda y de vapor para ir á la tierra prometida armados de azadores y de hachas.

Lo mismo hicieron aquellos á quienes parecía que en Texas hacía demasiado calor, en Minesota demasiado frío, en Detroit mucha humedad y que el Illinois era poco fecundo. Así, pues, grandes grupos de hombres, entre los que había también mujeres y niños, se dirigían hacia el

Arkansas, y sin cuidarse de la triste fama de gozaba esta región, de la que los americanos dicen: *bloody Arkansas*.

Es verdad que el país estaba todavía infestado de aventureros blancos y rojos, verdaderos piratas de tierra, para quienes no existía ninguna ley; Squatters verdaderamente salvajes y muchos vagabundos y muchos escapados de la horca. La parte esta del Estado tiene todavía más triste nombradía por las sanguinarias y terribles luchas entre pieles rojas y cazadores blancos que luchaban sin compasión; pero todo esto no inspiraba temor, como hemos dicho, á los nuevos colonos. Los magyares cuando tenían un arma en la mano y se veían rodeados por los suyos, nada temían, y aquel que se acercaba demasiado experimentaba á costa suya que hombres tan rudos no se dejan doblegar, ni menos vencer. Además los magyares estaban siempre muy unidos, por lo cual cuando uno de ellos se veía amenazado, los otros estaban siempre dispuestos á socorrerle.

El punto de reunión de la mayor parte de aquellos nuevos colonos era Little Rock, distante unas doce horas de Claresville, que era la colonia más cercana al sitio donde debía fundarse la nueva. Si el camino no era excesivamente largo era por lo menos muy difícil, porque debían atravesarse selvas seculares, grandes praderas y muchos ríos, y algunos de los emigrantes más impacientes que no quisieron esperar la marcha de los otros y se atrevieron á marchar solos se extraviaron. Pero la mayoría de los colonos pudo llegar felizmente y acampar en el sitio designado, que era el límite de la selva.

Es preciso confesar que á su llegada algunos hubo que se desilusionaron mucho, porque esperando encontrar campos y bosques se hallaron en cambio con una selva virgen de seculares encinas negras, plátanos y ricomoros que era preciso derribar.

Aquella inextricable selva no tenía buen aspecto. El suelo estaba cubierto de un espeso musgo y en lo alto de los árboles lianas gigantesas entremezclándose unas con otras formaban una espesa red que privaba la vista del cielo é impedía el paso á los rayos del sol.

Los que se aventuraron en aquel obscuro y misterioso laberinto se hallaron en grave peligro cuando quisieron volver al punto de partida.

• Algunos magyares al contemplar aquella selva pensaron que ni su brazo ni sus hachas eran bastante fuertes para acabar con los árboles. Ciertamente es una ventaja tener toda la madera que se necesita para construir su propia casa y resguardarse del frío; pero torturar ciento setenta hectáreas de selva secular, arrancar del suelo profundo enormes raíces y convertirlo poco á poco en terreno cultivable, es un trabajo de muchos años capaz de desanimar á los más valerosos y activos. Viendo que no podía hacerse otra cosa, los colonos desde su llegada acometieron la empresa y haciendo el signo de la cruz, tomaron con un suspiro las hachas y empezaron á derribar árboles; y así pocos días después aquella selva inexplorable resonaba con los golpes y los cantos de los colonos.

El campamento de los emigrantes se colocó en un espacio bastante grande cerca de un riachuelo. Las casas debían levantarse formando una plaza en cuyo centro se edificaría después la iglesia y la escuela.

Entre tanto en lugar de las casas, en el sitio indicado, se habían puesto los carros que sirvieron para conducir las familias de los colonos, y detrás de los carros, en el espacio que quedaba libre, pacían bueyes, vacas, carneros, caballos y mulos custodiados por unos cuantos jóvenes bien armados. La gente dormía sobre los carros ó alrededor del fuego en los sitios secos.

De día los niños quedaban solos en el campamento porque los hombres estaban trabajando en el bosque.

Por la noche se oían los rugidos y los aullidos de las fieras, especialmente de jaguares, lobos del Arkansas y de los terribles osos grises que no temían el fuego y que se acercaban tanto al campamento que muchas veces se oían gritos de socorro y fusilazos. Los que venían de las selvas del Texas eran excelentes cazadores y proveían á los colonos de toda clase de caza, como antílopes, alces y búfalos. La mayor parte de los colonos se alimentaban aún con las provisiones compradas en Little Rock y Clareville, consistentes en harinas de maíz y carne salada, además de la carne fresca que proporcionaban los carneros, de los cuales cada familia tenía una discreta provisión.

Por la noche mientras grandes hogueras ardían en el campo, los jóvenes en vez de entregarse al reposo se reunían para bailar al son de un violín que uno de ellos tocaba; pero como aquel solo instrumento hacía poco ruido, dada la amplitud del espacio, se aumentaba la sonoridad de aquella primitiva orquesta á guisa de los americanos, que arman espantoso ruido con toda clase de latas que golpean como si fueran tambores. La vida transcurría así entre el pesado trabajo, los gritos y los cantos.

Lo primero en que pensaron los colonos fué en construir las casas, y bien pronto se elevaron las paredes con una gran cantidad de maderas que sacaban del bosque. Algunos habían plantado provisionalmente una especie de tiendas apoyadas en los carros, y otros que no se cuidaban de tener un techo sobre su cabeza y que dormían perfectamente envueltos en sus capas, empezaron á arar la tierra en los espacios libres, y así por primera vez en los bosques del Arkansas resonó el típico grito gutural del polaco que excitando á los bueyes uncidos al arado.

Sobre los hombros de los pobres colonos pesaba un tra-

bajo tan tremendo que nunca sabían por cual empezar ni por cual acabar.

¿Qué era más urgente? ¿Levantar las casas, derribar los árboles, cazar ó arar quizás?

Si hubiesen sido colonos alemanes hubiesen reunido sus fuerzas para hacer cultivable una parte de la selva y luego, siempre unidos, hubiesen levantado las casas, alrededor de cada una de las cuales hubiesen marcado la parte de terreno que les tocaba; pero los magiares y los polacos lo entendían de muy diverso modo. Quisieron en seguida tener su parte de terreno, levantar cada uno su propia casa, trabajar cada uno de por sí, preparar su campo, y como casi cada cual pretendía que su propiedad fuese cercana al sitio donde los árboles eran más claros, no bien estuviesen más cerca del río, empezaron á estallar disputas que cada vez tenían aspecto más grave, cuando un día llegó al campamento como caído del cielo un cierto señor Grünsmanski con un gran carro. Este prójimo, cuando vivía en Cincinnati, entre los alemanes, se llamaba sencillamente Grünmann, pero en Borowina para darse un cierto aire polaco y quizás por razones especiales, creyó oportuno añadir un *ski* á su nombre. Su carro estaba rodeado y cubierto por una ancha tela blanca que en los cuatro lados tenía escrito en grandes letras negras: *Sa-loon* y debajo en caracteres más pequeños: *Brandy, Whisky y Gin*.

Cómo se la había arreglado para venir solo con aquel carro á través de un país tan salvaje desde Claresville á Borowina, cómo consiguió evitar no sólo á los pieles rojas sino á los piratas que infestaban el país, nadie podía decirlo, era su secreto.

El hecho es que había llegado y que desde el primer día le marcharon sus asuntos viento en popa y también que desde el primer día los altercados y disputas entre los colonos tomaron un carácter más grave y amenazador.

A las muchas causas de discordia se añadió de repente y bajo la influencia del alcohol una especie de antagonismo local. Los que venían de los Estados del Norte alababan su antigua residencia y despreciaban los Estados del Sur y viceversa.

Podía entonces oírse aquella serga polaco-americana mezclada con palabras pertenecientes á otros idiomas que el polaco adopta fácilmente cuando lejos de su país está en contacto con gente de otras naciones.

*
* *

Entre estos colonos hallamos de nuevo á Lorenzo Torpcek y á su hija Maryscka.

Habían ido al Arkansas y á Borowina y compartían la suerte de sus compañeros. Estaban contentos porque para ellos, la selva era un lugar mucho más agradable que las calles empédradas de New-York. En esa ciudad no tenían nada; ahora, en cambio, poseían un carro, herramientas, aperos de labranza. Allá la nostalgia les abrumaba; aquí, el trabajo penoso que duraba desde la mañana á la noche, no les dejaba tiempo para entregarse á sus recuerdos.

El viejo cortaba árboles en el bosque para reunir madera suficiente para construir su casa, y la joven se cuidaba de los quehaceres domésticos, lavaba la ropa en el río y llevaba una vida activísima.

A pesar de sus ocupaciones continuas y fatigosas, el ejercicio al aire libre, la brisa pura de la selva, habían borrado de su rostro la huella de la enfermedad que sufrió en New-York, y el sol había dado á su rostro pálido, reflejos dorados.

Los jóvenes de San Antonio y de los Grandes Lagos, que se propinaban tremendas tundas por el más fútil motivo, tansólo estaban de acuerdo respecto de la belleza de Maryscka y en alabar la serenidad de los ojos que resplandaban bajo la áurea cabellera. La belleza de su hija favoreció mucho al viejo Lorenzo. Escogió para sí la parte de la selva en que los árboles eran menos espesos, y nadie osó contradecirle porque los jóvenes estaban de su parte y aun muchos de ellos le ayudaban á veces en sus trabajos. El solapado viejo que no tardó mucho en comprender de qué parte soplaba el viento, un día dijo á los jóvenes:

—Mi hija es un lirio, una señora, una princesa. No seré yo quien la dé á un hombre sin meritos. Únicamente será de quien sepa hacerse querer y me trate con toda clase de respeto: de otro, no.

Los jóvenes comprendieron así que para ganar en causa les convenía ser atentos con el viejo.

Así es que para Lorenzo las cosas se presentaban mucho mejor que para los otros, y de fijo hubiese levantado cabeza si la colonia tomara buen aspecto; pero la verdad era que iba de mal en peor.

Pasaban las semanas, la parte roturada estaba cubierta de troncos de árboles derribados, se levantaban ya las paredes de las casas; pero todo cuanto se había hecho hasta entonces, era un juego de niños comparado con lo que quedaba por hacer.

La negra muralla de la selva retrocedía algo lentamente ante el hacha de los colonos. Los pocos que se habían atrevido internarse en la espesura, traían malas noticias. La selva se extendía sin término y el suelo estaba sembrado de profundos pantanos que amenazaban tragar á quien se acercase á ellos. Habían oído el murmullo de aguas subterráneas y había quien afirmaba que la selva estaba habitada por malos espíritus se se manifestaban en forma de sombras que corrían de un árbol á otro y de serpientes descomunales que con voz misteriosa les habían murmurado: «No paséis más adelante».

Un joven de Chicago afirmaba no sólo que había visto el diablo cuando este levantó su negra cabeza del fondo de un estanque, sino que le había oído mugir de un modo tan espantoso que, presa de un pánico invencible, volvió corriendo hacia atrás. En vano los cazadores de Texas le dijeron que lo que había tomado por el diablo era simplemente un búfalo; el joven no les dió crédito.

La superstición y el temor á duendes y otros espíritus sobrenaturales, agravó la situación de los colonos. Dió la casualidad desgraciada que dos individuos que se internaron en la selva, no reaparecieron más, y desde entonces fué mirada la espesura con terror verdadero. Algunos de los colonos enfermaron por el exceso de trabajo y fueron víctimas de las fiebres.

Las disputas acerca de las propiedades aumentaron, se agriaron y alguna vez terminaron de un modo sangriento. Todo el que no había señalado sus ovejas estaba seguro de vérselas disputar por otro; y así se perdió la mutua confianza, rompióse la línea de carros y cada cual procuró apartarse de su vecino.

Como nadie se cuidaba del ganado, éste acabó por descarriarse y, faltos de provisiones, los colonos vieron aparecer el espectro del hambre antes que los campos recientemente arados dieran sus primeros frutos.

Poco á poco la desconfianza y la desesperación penetraron en los espíritus y de ello se resintió el trabajo. Quizá hubiesen perseverado, si conservaran la esperanza; pero ya ni esta les quedaba. Los que aun poseían algún dinero decidieron volver á Clareville; pero como la mayoría de los colonos habían agotado todos sus recursos, no podían moverse, y aquellos desdichados sólo podían alzar los brazos con desesperación cada vez que un nuevo carro marchaba del campamento.

Entonces el cansancio y la desconfianza dominaron y ya las hachas no abatieron más los árboles de la selva, que á impulsos del viento parecía reír irónicamente como burlándose de la debilidad humana.

—¡Estar dos años derribando árboles para morir de hambre!—decían unos á otros.

Una tarde, Lorenzo se aproximó á su hija y le dijo:

—Veo que todo esto va á acabar de un modo desastroso, y nosotros también.

—Suceda lo que Dios quiera,— contestó la jovencita,— con nosotros se ha mostrado misericordioso, y tampoco ahora nos abandonará.

Hablando así, había levantado los ojos azules hacia el cielo, y entre las estrellas que centelleaban creyó distinguir la imagen de la Virgen.

Los jóvenes de Chicago y los cazadores de Texas que la miraban, movidos de admiración exclamaron:

—¡Tampoco nosotros te abandonaremos, suceda lo que quiera!

Pero ella pensó que no había más que un hombre en el mundo á quien hubiera seguido á todas partes, y que ese hambre era Jasko de Lipince. Pero éste la abandonaba á pesar de haber jurado que la seguiría donde fuera.

También ella había notado el mal aspecto que tomaban los asuntos de la colonia; pero, á pesar de ello, su con-

fianza en el Omnipotente, no había vacilado ni un solo momento. Además, ¿no guardaba acaso cuidadosamente la dirección de aquel caballero generoso que les había socorridos en New-York, enviándoles á Borowina, y que tanto le recomendara que acudiera á él en caso de desgracia? Junto á él siempre hallaría un socorro.

Entre tanto, la situación de los colonos era cada vez peor. El campamento era cada vez más triste y silencioso; no se supo nada de los que se habían alejado; nadie sabía si llegaron ó no felizmente á Claresville.

El viejo Lorenzo enfermó. El abrumador trabajo que había abatido á los más robusto, debía vencer también al pobre aldeano. Los dos primeros días se cuidó poco de unos dolores que sintió en los hombros y en el espinazo; pero el tercer día no pudo ponerse en pie. Maryska fué al bosque y allí cogió gran cantidad de musgo, con el cual y con unas tablas que estaban ya aserradas, le hizo una cama pasable. Después le dió á beber una medicina compuesta de hierbas y de whisky.

—¡Marys!—exclamaba el pobre viejo.—Esta selva será mi muerte y tú quedarás sola y huérfana en esta tierra. Dios me castiga por el grave pecado que cometí arrancándote de tu patria y trayéndote á esta tierra salvaje... La muerte me será muy penosa.

—Papá,—contestó la joven,—Dios me castigara si te hubiese dejado marchar solo.

—Si por lo menos supiera que tendrás un brazo que te proteja! ¡Si te viera casada moriría tranquilo, Marys! Cástate con Orlik que es un buen muchacho y no te abandonaré.

«Orlik el negro», el mejor cazador de Texas, que estaba en la cabaña, al oír las palabras del anciano se arrodilló á un lado y dijo:

—Sí, padre, bendícenos. Amo á Maryska más que al

mundo entero, conozco la selva como mi casa y nada ha de faltar á mi esposa.

Dicho esto levantó los ojos hacia la joven. De su respuesta dependía la felicidad ó la desdicha de su vida.

—No, padre, no haré tal promesa; ya sabes que estoy ligada por una promesa anterior y que nunca faltaré á la palabra dada.

—No,—exclamó Orlik, poniéndose en pie;—no serás suya porque le mataré y sabré obligarte á que seas mi esposa. Serás mía ó de nadie, porque todos los que hay en esta colonia están condenados á muerte y tú con ellos si yo no te salvo.

Maryska no respondió.

Lo que Orlik había predicho se realizó. El destino ineluctable debía seguir su curso. Las necesidades, las fiebres causaron cada día nuevas víctimas. Los horabres blasfemaban y rezaban al mismo tiempo al ver que no había provisiones. Se sacrificó las bestias de carga para morir de hambre... ¿y después?

Un domingo, por la mañana, cuantos estaban aún sanos, hombres, mujeres y niños, se arrodillaron y cantaron:

—¡Dios del cielo! ¡Tú, omnipotente, ten piedad de nosotros!

Cien voces repitieron aquellas palabras que subieron con fuerza hacia el cielo. La selva pareció que quiciera escuchar aquella súplica, porque cesó de susurrar y las copas de los árboles permanecieron inmóviles.

De repente, apenas hubo acabado el rezo, una ráfaga violentísima hizo doblar las ramas de los árboles seculares. A la calma de un momento antes, sucedió un ruido tremendo que parecía la voz amenazadora de la selva diciendo: «Aquí soy yo omnipotente, soy el rey, soy Dios».

Pero «Orlik el negro», que conocía maravillosamente todos los ruidos de la selva, alzó vivamente la cabeza, fijó su

mirada en la cima de los árboles gigantescos, y en alta voz exclamó:

—¡Al fin!... ¡Al fin vienes en nuestro auxilio! Ahora dejadme hacer á mí.

Los que le oían, le miraron con angustia no sabiendo explicarse aquellas palabras; no así los que lo habían conocido en Texas y tenían una gran confianza en él. Se le había dado el nombre de Orlik el negro, á causa del color de su cabello y de lo atezado de su rostro. Gozaba de gran fama de cazador entre los mismos cazadores y se sabía que no temió nunca afrontar el terrible oro gris. En San Antonio, donde vivía antes de ir á la colonia, su costumbre de pasar meses enteros dentro de la selva espiando los animales feroces de los que conocía perfectamente las guaridas. De aquellas expediciones siempre volvió sano y salvo. Circulaban voces de que se había dedicado al contrabando y hecho de pirata de las praderas en los confines de México; pero aquel rumor era infundado. Únicamente trajo varias veces cabelleras de pieles rojas, á quienes él mismo había escapelado; pero desde que el cura de su pueblo le amenazó con la cólera celeste no había vuelto á la frontera mejicana.

Era robusto como una encina, y en Borowina era el solo que nada tenía que temer de la miseria y del hambre. La selva le nutría y le vestía. Cuando los colonos empezaron á entregarse á la desesperación, él asumió la autoridad, supo mantener el orden entre sus compañeros y les confortó con sus palabras y con su ejemplo.

Al ver que miraba con fijeza hacia la selva, todos creyeron que de allí debían venir graves acontecimientos.

El sol, entretanto, se había puesto y el viento, que soplabá con juerza del sur, cubría el firmamento de gruesos nubarrones cargados de agua.

Orlik tomó su carabina y entró en la selva.

Había cerrado ya la noche, cuando los colonos vieron en lo más espeso del bosque algo que resplandecía: un punto de fuego que con la rapidez del rayo se extendió y estalló en llamas rojas como la sangre, que se elevaban parecidas á gigantescas lenguas de fuego.

En el campamento resonó el grito: «¡La selva arde! ¡La selva está incendiada!»

Al mismo tiempo se oyó el croar y el piar de bandadas de pájaros que levantaban el vuelo, con gran rumor de batir de alas. En el campamento, mugían los bueyes, ladraban los perros, y los hombres corrían de una á otra parte como enloquecidos, porque no sabían aún si el fuego tomaría la dirección de sus viviendas. ¡No! El fuerte viento que soplabá del sur, empujaba las llamas en dirección contraria.

Entre tanto el fuego había estallado en tres puntos más de la selva, la cual, en pocos momentos, se convirtió en un mar de fuego. Las llamas subían rectas hacia el cielo y se replegaban sobre sí mismas vencidas por el aire, ofreciendo, juntamente con los árboles que ardían como virutas y las lianas que se retorcián como sierpes de fuego, un espectáculo de una grandiosidad y un terror indecibles. El viento soplabá con fuerza impeliendo las llamas que pasaban de árbol en árbol con rapidez vertiginosa, después de incendiarlos. Los gigantes de la selva se inclinaban y retorcián en aquel mar de fuego como si sintieran los dolores de la muerte. Se oían los rugidos y maullidos de los animales silvestres que huían ó morían abrasados.

En el campamento, invadido por el humo y las cenizas, el valor era inmenso, y aun cuando hubiese pasado ya el peligro, los colonos se sentían aún dominados por un terror supersticioso. Se llamaban para estar todos juntos, para tener menos pavor. De repente sus miradas vieron que el negro Orlik venía hacia ellos desde la selva. Su ros-

tro renegrido por el humo, tenía un aspecto casi diabólico; parecía cansado, porque apenas estuvo entre los colonos que se apresuraron á rodearle, se sentó con la carabina entre las piernas. Después de secarse el sudor, dijo:

—Ahora estaréis contentos; ya no os quejaréis. Yo he pegado fuego á la selva; mañana tendréis cuanto terreno queráis.

Después se levantó, y aproximándose á Maryseka, la dijo:

—Serás mía, niña, yo he incendiado el bosque. Soy más fuerte que la selva secular; ¿quién podrá resistirme?

Maryseka estaba asustada y temblaba como las hojas de los árboles; en los ojos de Orlik brillaba un fuego tan terrible como el que devastaba la selva. Por primera vez dió las gracias á Dios de que Jaskono estuviera junto á ella.

Entre tanto el incendio se alejaba cada vez más, y antes que terminara la noche no había temor alguno de que amenazase el campamento.

Al día siguiente amaneció con el cielo cubierto y lluvioso. Algunos colonos quisieron penetrar en el bosque para contemplar la obra del fuego, pero el calor que se escapaba del suelo y de los árboles medio consumidos era terrible.

Por la tarde hubo una niebla tan espesa, que los colonos no se veían unos á otros, y por la noche empezó á llover con fuerza terminando en un verdadero diluvio; probablemente á causa de la depresión atmosférica producida por el enorme calor desarrollado. Además de esto era la época de las lluvias primaverales, que son muy abundantes en aquella comarca, donde el Missisipi se une al Arkansas y al río rojo, y en que hay tantos lagos y pantanos.

El campamento todo quedó inundado en poco tiempo

y se convirtió en un pequeño lago. A consecuencia de la humedad fueron pocos los colonos que se libraron de las calenturas, por lo cual muchas familias decidieron ir á Claesville; pero pocas horas después volvieron diciendo que los torrentes corrían desbordados y que era imposible atravesarlos.

La situación de los colonos se hizo punto menos que desesperada. Unicamente Lorenzo y su hija estaban en algo mejores condiciones que los otros, porque Orlik les preservaba de muchos inconvenientes. Casi cada día les traía caza derribada por su carabina ó cazada con trampa, y sobre las paredes de madera de su casa extendió su tienda para preservarles de la lluvia. No tuvieron más remedio que aceptar todas aquellas atenciones, porque el estado de la salud de Lorenzo las hacía necesarias. Para Maryseka aquellos cuidados le eran penosos, porque sabía cuál era el premio que por ellos esperaba el atrevido cazador de Texas.

—¿Soy yo acaso la única mujer de esta comarca?—le preguntaba á veces.—Busca otra mejor que yo; ya sabes que amo á otro.

Pero Orlik le contestaba:

—Ni aquí ni en otra parte hallaré otra como tú. Para mí eres la única y debes ser mía. ¿Qué quieres hacer cuando habrá muerto tu padre? Entonces tendrás que venir conmigo y yo te llevaré á la selva como el lobo arrebató al corderillo; pero no para devorarte, sino para salvarte y protegerte. ¿Quién me impedirá que te salve? ¡Llama á tu Jasko, quiero medir mis fuerzas con él!

En cuanto al viejo campesino, Orlik tenía razón; era un moribundo. Atocado por las calenturas, empezaba á delirar; entonces hablaba de sus pecados y de Lipince, quejándose de que Dios no quería dejarle ver de nuevo su patria.

Maryscka derramaba amargas lágrimas sobre las desventuras de su padre y sobre su propio destino. Orlik le había prometido partir con ella para Lipince si consentía en casarse: pero esto no era ningún consuelo para ella, que prefería morir en la selva antes que volver á su aldea con otro. Esperaba que Dios la llamaría á su seno si moría su padre.

La lluvia no cesaba. Una noche en que brotabn de la tierra un vaho húmedo y pesado, se oyó de repente, mientras Orlik estaba en la selva, un grito de alarma, lanzado por cien bocas á la vez: «¡Agua, agua, la inundación!»

Los colonos despertaron sobresaltados. Después de restregarse los ojos, miraron al rededor y no vieron sino una superficie líquida que, rizada por el viento, se movía en todas direcciones con rumor siniestro.

El sombrío murmullo que se oía hacia la parte del río, anunciaba que el agua tendía á subir. Se oyó un horrible grito de desesperación, y las mujeres y los niños se refugiaron en los carros mientras los hombres corrían hacia la selva, donde esperaban hallar un terreno más elevado.

El agua llegaba entonces hasta las rodillas, pero crecía con gran rapidez. Los colonos se llamaban unos á otros; las mujeres lanzaban gritos de angustia; los animales domésticos, arreatados por la corriente, desaparecieron; el rumor de las olas se convirtió bien pronto en un salvaje mugido. Los carros empezaron á moverse; después se levantaron, amenazando volcarse á cada instante: no había duda: el Arkansas, con todos sus afluentes, se había desbordado.

Uno de los carros se volcó. Al grito de espanto y de socorro que lanzaron los que lo ocupaban, algunos de los hombres que habían buscado refugio en la selva, volvieron hacia el sitio de la catástrofe; pero antes de que llegaran, el agua había arrastrado á los infelices, llevándolos hacia una muerte segura.

La lluvia continuaba cayendo con furia. Los enormes troncos de los árboles seculares se lanzaban con increíble violencia contra los carros, que acabaron por deshacerse. Los gritos de socorro que resonaban por todos lados fueron haciéndose más débiles, y al fin únicamente el sombrío rumor del agua vencedora reinó entre las espesas nieblas de la noche.

¿Y Lorenzo y Maryscka? La gruesa pared de madera en que se habían encaramado fué su salvación. Cuando hubo subido mucho el agua, la pared se descuajó y quedó flotando como una balsa. En ella quedaron los dos desdichados polacos. Maryscka, de rodillas junto á su padre echado, rogaba al cielo por la salvación de ambos. La balsa, después de haber pasado por encima de lo que antes era selva, se enredó con las ramas de un gran árbol que aún permanecía en pie y cuya copa sobresalía de las aguas.

En el mismo instante, una vez bien conocida que venía del árbol, dijo:

—¡Aquí! ¡Toma la carabina y ponte en la parte opuesta para que no se vuelque al saltar yo!

Apenas la joven hubo seguido estos consejos, cuando Orlik saltó de las ramas á la balsa.

—Mira, niña; el destino nos reúne otra vez. Tan cierto como que Dios existe, no te abandono más y te salvaré á costa de mi vida.

Cogiendo el hacha que llevaba siempre consigo, cortó una rama gruesa y larga, y después de haber desenredado la balsa con un tirón vigoroso, se puso á remar.

Así llegaron al cauce del torrente, donde la fuerza del agua impelió la balsa con velocidad tremenda. ¿Dónde? La niña no lo sabía, pero aquellas tablas sobrenadaban ahora con más seguridad porque Orlik tenía cuidado en apartar todos los obstáculos con el remo. Su vista de lin-

ce, acostumbrada á la obscuridad, le indicaba siempre donde estaba el peligro, y sus fuerzas parecían duplicadas.

Pasaron algunas horas. Cualquiera otro hubiese quedado rendido por los esfuerzos y el cansancio; pero él permanecía en pie, buscando la común salvación.

Por la mañana habían atravesado toda la selva y á su alrededor no se veía sino una inmensa capa de agua, lisa y tranquila, excepto allí donde había peligrosos remolinos. A las tinieblas sucedió el claro día. Orlik, viendo que el agua no presentaba ningún obstáculo, cesó de remar y dijo á la joven:

—¡Ahora eres mía! Yo te he salvado del furor de la inundación.

Se había quitado el sombrero. Su rostro, encendido por el cansancio y cubierto de sudor, era bello en aquel momento. Todas las líneas de sus facciones expresaban la fuerza física y moral de aquel hombre de las selvas. Por primera vez, Maryscka no se atrevió á contradecirle.

—¡Maryscka!—continuó Orlik con dulzura.—¡Maryscka! ¡Adorada mía!

—¿Hacia qué punto nos ha llevado la corriente?—contestó la joven, tratando de dar nuevo giro á la conversación.

—¿Qué me importa adonde estemos, si tú estás cerca de mí?

—Rema, rema; la muerte está aún cerca,—dijo la joven.

Orlik obedeció aquella voz tan querida.

El estado del viejo Lorenzo empeoraba por momentos; la fiebre no le abandonaba y ya no quedaba esperanza alguna. A mediodía tuvo un momento lúcido y llamó á su hija por su nombre.

—No vivirá hasta mañana,—dijo.—¡Ah! si no me hu-

biese movido de Lipinzel! Pero Dios es misericordioso y sabe cuánto he sufrido. Cuando haya muerto haz que Orlik te acompañe hasta New-York y busca allí al buen caballero que ya nos socorrió y que estoy seguro que te volverá á Polonia.

Después volvió á delirar y á rezar.

—...bajo vuestra protección, ¡Virgen María!... No me echéis al agua... no soy un perro..:

Luego, recordando que había probado de ahogar á su hija:

—¡Perdóname, hija mía, perdóname!

La joven, sollozando, había caído de rodillas junto á su padre. Orlik continuaba remando para ocultar su emoción; pero al fin no pudo óntener sus lágrimas, que rodaron por sus morenas mejillas.

Por la tarde cesó la lluvia; el cielo se serenó y durante unos momentos el sol iluminó la superficie de las aguas, que se extendían mucho más allá de donde podía alcanzar la vista.

Dios fué misericordioso y concedió una muerte tranquila al pobre polaco. Durante la última media hora deliró aún. Creía que volvía á su tierra. Su compatriota de New-York le había dado el dinero para el viaje. Este se efectuaba sin tropiezo hasta Hamburgo. Después el tren se encargaba de hacerles atravesar Alemania. Ya se siente el aire de la pradera; ya se pasa el Weissel, ya aparecen los paisajes conocidos; ahora se ven los bosques, después los grandes perales, por último la posesión del vecino Meziek... Baján del coche. Se oye el tañido de la campana que invita á la oración. Toporek se echa de rodillas y exclama:

—¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡No merecía tanto! ¡Estoy en mi casa, estoy en Lipinzel!..

Las últimas palabras las pronunció el anciano con voz casi ininteligible... Su alma había volado y su cuerpo ya no sufriría más.

— ¡Padre! ¡Padre!— exclamó su hija; pero no obtuvo respuesta.

* * *

La noche había empezado. Orlik, vencido por el hambre y por el cansancio, soltó el remo. Mientras reflexionaba acerca del mejor modo de salir de aquel lago sin límites, Maryscka estaba arrodillada junto al cadáver de su padre, indiferente á cuanto pudiera ocurrirle, á cuanto sucedía á su alrededor.

La balsa debía haber llegado al cauce del Missisipi, porque iba impujada por una corriente rápida y á veces tropezaba con remolinos que amenazaban tragarla. No era posible gobernarla, y Orlik se sentó, recomendándose á sí mismo y á la joven á la misericordia divina. De repente se puso en pie, exclamando:

— ¡Virgen Santísima! ¡Aquello es una luz!

Maryscka levantó la cabeza y miró en la dirección indicada por Orlik. No se había éste equivocado. Ante ellos, muy lejos, se veía un punto brillante que lanzaba una pálida luz sobre el agua.

— Debe ser un buque de socorro da Clares-Ville,—dijo

Orlik.— Los yankees lo enviarán para salvar á los que se pueda. Si no cambia de dirección y podemos hacernos oír, nos hemos salvado, Maryscka. ¡Hop! ¡Hop!

Al mismo tiempo se puso á empujar la barca con todas sus fuerzas. La luz se hacía cada vez más visible y se distinguió la sombra de un buque aun muy lejano. De repente advirtió Orlik que la luz volvía á alejarse porque la balsa había entrado en una corriente que la alejaba del buque salvador. Orlik se esforzó en vano en darle con el remo la anterior dirección; el desdichado sólo consiguió con sus esfuerzos que el remo se rompiera en dos pedazos, quedando así á merced de la corriente.

Al cabo de algunos minutos, la almadía chocó contra el ramaje de un gran árbol y quedó detenida.

Los dos lanzaron agudos gritos con la esperanza de hacerse oír, pero el rumor de las olas hizo inútiles sus esfuerzos.

— Quiero disparar la carabina,—dijo Orlik;— quizás verán el fogonazo y oirán el disparo.

Oprimió el gatillo. Se oyó un golpe seco, pero no deflagró la pólvora por la humedad. Desesperado, Orlik tiró la carabina, y durante un rato permaneció silencioso. Al cabo se volvió hacia la joven y dijo:

— ¡Maryscka! Si hubieses sido otra mujer, te hubiese raptado y á la fuerza vivieras conmigo en la selva; pero no he querido emplear la violencia. Cree, sin embargo, que te amo con todas las fuerzas de mi corazón. Nadie me ha dominado en el mundo; únicamente he respetado á Dios. Ahora, al intentar arrancarte de la muerte, te digo: si vivo, te dejaré libre; si muero, reza una oración por mí.

Antes de que Maryscka pudiera adivinar su intención, se había lanzado al agua y nadaba vigorosamente con dirección al vapor.

Muchas eran sus fuerzas, casi sobrehumana su energía;

pero no pudo adelantar sino muy despacio, porque la corriente era poderosa y las aguas turbias le cegaban y le solicitaban los remolinos. Uno de éstos, más fuerte que los demás, le hizo dar vueltas sobre sí mismo, y sólo á un esfuerzo desesperado debió su salvación.

Los ojos se le saltaban casi de las órbitas; sostenía una lucha titánica; su energía moral no cedía; pero desgraciadamente había remado muchas horas seguidas y toda fuerza tiene su límite. El barco salvador se alejaba cada vez más.

De pronto sintió que sus piernas se envaraban. Era la muerte.

—¡Socorro! ¡Socorro!—clamó con energía desesperada. La boca se le llenó de agua. Fuése á fondo, pero surgió de nuevo.—¡Socorro!...—Le pareció que le habían oído; pero en aquel momento un nuevo remolino se apoderó de él y se fué al fondo. Se vió salir un brazo fuera del agua, y después nada más. El abismo le había tragado.

Maryscka permanecía arrodillada junto al cadáver de su padre, absorta en su dolor. No supo que la embarcación de socorro se acercaba, hasta que la luz estuvo muy cerca de ella. Entonces lanzó un grito más de espanto que de alegría.

—¡Eh, Smith,—dijo en inglés una voz,—me parece que he oído gritar!

Algunos instantes después, Maryscka se sintió levantada por dos robustos brazos. No eran los de Orlik. «Orlik el negro, había muerto.

* * *

Dos meses después Maryscka abandonaba el hospital de Little Rock, donde curó de una enfermedad muy grave. Ya convaleciente emprendió un viaje á Nueva York con el producto de una colecta hecha en su favor.

La gente se volvía con compasión al aspecto de aquella joven pálida y demacrada de grandes ojos azules, que antes parecía una sombra que un sér humano.

No eran los hombres los que la habían perdido, sino las circunstancias. ¿Qué iba á hacer aquella flor de los campos entre la actividad y la agitación continuas que son la característica de esa sociedad americana en que cada uno debe pensar en sí mismo so pena de perecer? Las ruedas de aquel poderoso mecanismo la destrozaron como las ruedas de los carros aplastan las flores del prado.

Al llegar á New-York fué en derechura hacia la casa de aquel señor polaco cuya dirección guardaba como una reliquia. Un rostro desconocido apareció al llamar á la puerta.

—¿El Sr. Klotopolski?—preguntó.

—¿Quién es ese señor?

—Un anciano. Esta es su tarjeta.

—Ha muerto.

—¿Y su hijo William?

—Marchó á Europa hace un mes.

—¿Y su hermana Jemy?

—Se fué con el hermano.

Se cerró la puerta. Maryscka se dejó caer al suelo, limpiando el sudor que bañaba su frente. De nuevo se encon-

traba en New York sin auxilio, sin protección, á merced del destino.

¿Debía permanecer allí? No. Pensó que iría al puerto, que se enteraría de los vapores y veleros que marcharan hacia Hamburgo. Quizá alguno la admitiría por compasión, y desde Hamburgo hasta Lipince iría á pie, mendigando. Allí encontraría á Jasko, la única persona que le era ya cara en este mundo. ¿La habría olvidado? Por lo menos viviría en su país natal.

Fué hacia el puerto y se arrodilló á los pies de los capitanes alemanes. Estos no hubiesen tenido inconveniente en llevarla, porque la muchacha era bonita; pero era menor de edad y la ley es muy severa en tales casos: debieron rechazarla.

La joven buscó cama en aquella andamiada de madera donde ya pasó una noche tremenda, aquella en que su padre quería ahogarla. Se alimentó con lo que el mar lanzaba á la playa. Por fortuna era verano.

Cada mañana iba al puerto y procuraba enternecer á los capitanes de los buques; siempre en vano.

Entre tanto sus fuerzas disminuían rápidamente, y si muy pronto no mejoraba su posición, moriría como murieron las personas que la habían amado.

Un día tomó una resolución desesperada. Comprendiendo que era quizás la última vez que podría dirigirse al puerto, fué hacia él con la firme resolución de esconderse á bordo de un buque que marchara hacia Europa y no dejarse ver hasta que ya estuviera en marcha. Pero es muy difícil entrar en un buque que está á punto de levar anclas, y todas sus tentativas fueron infructuosas.

Se sentó en el embarcadero; su rostro estaba como transfigurado, toda huella de dolor había desaparecido y sus facciones expresaban una calma absoluta. Su boca sonrió y murmuraron sus labios:

—¿Jasko, no ves? Soy una señora y no te he olvidado... No me reconoces, Jarko?

La desgraciada joven había enloquecido.

Desde aquel día fué al puerto en busca de su Jasko. La gente se acostumbró á ella y á darle limosna que aceptaba dando las gracias y sonriendo como una niña.

Así pasaron dos meses. Un día no se le vió en el puerto y los periódicos anunciaron que en aguas del mar, cerca de los nuevos astilleros, se había recogido el cuerpo de una joven ahogada, de la que no pudieron identificarse el nombre ni la nacionalidad.

FIN

VIDA RÚSTICA

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

Quo Vadis? (60 millar.)
Mas allá del misterio (Sin dogma.)
Luchar en vano (La Viuda.)—En la costa azul.
¡Sigámosle!—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor
—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso.
Hania.—El Juicio de Júpiter.
A Sangre y Fuego.
El Diluvio.
Pan Miguel Volodiovski.
Lilliana.—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El
Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem.
Los Cruzados.
En busca de felicidad (Por el pan.)—Vida rústica.
La Familia Polaniecki.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Vida Rústica

TRADUCCIÓN

de

J. BUÉ VENTURA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
A040 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci. -- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres

MAUCCI HERMANOS

Cuyo, 1070

México

MAUCCI HERMANOS

1.º del Reloz, 1

1901



VIDA RÚSTICA

I

Presentación del héroe

En la oficina municipal de Schafskopf, reinaba el más absoluto silencio, tanto, que sin dificultad pudiera haberse oído la propia respiración. El señor alcalde, un campesino de edad ya madura, llamado Francisco Burak, estaba sentado en el escritorio, y toda su atención era absorbida por el oficio que estaba escribiendo, mientras el escribano municipal, un joven de muchas esperanzas, el señor Zolzikiewicz, se hallaba junto á la ventana, dedicado por entero

á echar las moscas que invadían la oficina. Todas las paredes estaban cubiertas de ellas, y el color primitivo de las indicadas paredes, había desaparecido bajo los numerosos puntitos negros dejados por los asquerosos bichos, que no habían perdonado ni los libros, ni los cristales, ni el crucifijo que de la pared colgaba. Las moscas volaban alrededor de la cabeza de la primera autoridad del país, como si fuese un simple vocal; pero lo que más las atraía era la cabeza del escribano, toda llena de pomada, que exhalaba un penetrante olor á claveles. Alrededor de aquella pobre cabeza remolineaba un verdadero enjambre de moscas, el cual posábase después sobre la coronilla, formando una mancha negra, movediza y viviente.

El señor Zolzikiewickz, cautelosamente levantaba de cuando en cuando la mano, y después la bajaba rápidamente. Se oía claramente entonces el golpe de la mano al caer sobre la untada cabeza, y se veía por un momento el enjambre volar á ciegas por el aire con confuso rumor. Después el señor escribano bajaba la cabeza, recogía con los dedos los muertos pegados á los cabellos y los echaba al suelo.

Eran cerca las cuatro de la tarde, y todo el pueblo estaba callado, por causa de la ausencia de todos los habitantes, que estaban dedicados á las faenas del campo. Solamente, bajo la ventana de la oficina comunal, una vaca se frotaba los costados contra la pared, y de cuando en cuando mostraba al vacío su negro hocico humeante, cubierto de blanca baba, que caía en hilos por los ángulos de la boca.

A veces echaba hacia atrás la pesada cabeza para alejar las moscas, de manera que los cuernos golpeaban fuertemente la pared de la oficina.

El escribano la miró por la ventana, y no pudo por menos que exclamar:

— ¡Mala bestial! ¡Llévete el diablo!...

Después se miró en el pequeño espejo colgado cerca de la ventana, y se arregló los cabellos descompuestos durante la caza de las moscas.

Finalmente, el alcalde interrumpió el silencio:

— Señor Zolzikiewickz,—dijo,—extended vos el oficio; yo no puedo salir bien con él. ¡Además, vos sois el escribano municipal!

Pero el escribano estaba de mal humor, por lo cual, sin la menor sombra de respeto, repuso:

— ¿Y qué quiere decir que yo sea el escribano municipal? Yo estoy aquí para escribir al señor Prefecto ó al Comisario; pero con un alcalde como vos, debéis arregláros las vos mismo.

Después, con desprecio majestuoso, añadió:

— Y, en fin, ¿qué es un alcalde? Un campesino cualquiera, y ¡basta! Haced lo que queráis de un campesino, pero siempre será un campesino.

Dicho ésto, volvió á mirarse en el espejo con singular desenfado.

El alcalde sintióse ofendido por aquellas palabras, y exclamó:

— ¡Vaya con el señorito!... ¡Como si yo no hubiese tomado jamás el té en casa del Comisario!

— ¡Quién sabe qué té!...—respondió Zolzikiewickz, siempre con desprecio.—¿Seguramente sin *arak*? (1)

— ¡No lo creáis! Con *arak*.

— ¡Basta! ¡que no escribo el oficio!

— Si sois un caballero tan delicado,—exclamó el alcalde despechado;—¿por qué os habéis humillado hasta á rogar para obtener el puesto de escribano municipal?

(1) Licor fuerte, hecho con el arroz.

—¿Quién os ha rogado por el empleo? Lo debo á la amistad del señor Prefecto.

—¡Yal! ¡Una amistad extraordinaria! Cuando el señor Prefecto ha venido aquí, ni tampoco os ha dirigido la palabra, y vos... ¡vos no habéis osado abrir la boca!

—¡Burak... Burak!... ¡Observo que no sabéis contener la lengua! Los campesinos me habéis hecho aborrecer vuestro empleo de escribano municipal. Un hombre educado, no puede por menos que volverse un rústico en compañía vuestra, y si me apuráis un poco, yo os echo á la cara vuestro empleo.

—¿De veras? ¿Y qué haréis después para vivir?

—¿Qué? No os apuréis por mí. Un hombre educado sabe siempre salir de apuros. Ayer mismo el señor Revisor Stolbiki, me decía: «¡Eh, Zolzikiewickz! ¡Serías un excelente revisor, tú que eres tan listo que hasta sientes crecer la hierba bajo tus pies!» Saguramente que esto no se dice á un estúpido, y yo... yo escupo sobre vuestro empleo de escribano. Un hombre educado...

—¡Oh, oh!... ¡no vendrá el fin del mundo si vos os marcháis!

—Quizás no vendrá el fin del mundo; pero quisiera ver cómo andarán vuestros pobres registros sin mí. ¡Qué porquería!... Os aseguro que no continuaréis por mucho tiempo; que alguno hay que sabrá arreglarlos.

El alcalde se rascó la nuca, perplejo, y bajando el tono de la voz, repuso:

—Por un... nada, en seguida se os sube la mosca á la nariz.

—Porque no sabéis tener la lengua en su sitio.

—¡Bueno! ¡Dejémoslo!

Sucedió de nuevo el silencio, y en la oficina no se oía más que el crujido de la pluma del alcalde que corría lentamente sobre el papel.

Tras un corto intervalo, el alcalde alzó nuevamente la cabeza, y después de haber limpiado la pluma en la manga de la chaqueta, repuso:

—¡Uf! ¡Gracias á Dios, he concluido al fin!

—Leedme lo que habéis escarabajado.

—Escarabajado ó no, dice cuanto era necesario decir.

—Leed, pues.

El alcalde cogió con ambas manos el papel, y empezó á leer:

«En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
»Amén.

»El Prefecto ordena las listas militares, para el día de
»Nuestra Señora, el distrito de la diócesis de Monseñor,
»que estén prontas y que sean inscritos los mozos que vie-
»nen ahí á segar las mieses, los cuales, habrá comprendi-
»do, deben ser expedidos antes del día de Nuestra Señora
»si han cumplido los dieciocho años, porque de otra ma-
»nera serían lamentablemente castigados, lo que auguro
»para mí, y á vos juntamente. Amén.»

El digno alcalde, todos los domingos oía como el párroco concluía su sermón de aquella manera, y por ello la consideraba una conclusión humilde, hasta casi indispensable para el estilo burocrático.

El escribano, sin embargo, no era del mismo parecer, y estalló en una sonora carcajada cuando leyó la prosa de su egregio superior.

—¡Bravo! ¡Por quién, llegué á comprender algo!—exclamó.

—Entonces, escribidlo vos mejor,—respondió el pobre Burak.

—¡Naturalmente que lo escribiré yo! De otra manera sería un oprobio para toda la municipalidad de Schafskopf.

Dichas estas palabras, Zolzikiewickz tomó asiento en el escritorio, tomó una pluma, y después de haber trazado con ésta un ancho círculo en el aire, como para tomar impulso, se puso á escribir rápidamente.

En pocos minutos la nota estuvo pronta, y su autor, después de pasarse la mano por los cabellos, con majestoso ademán, leyó:

«El Alcalde del municipio de Schafskopf al Alcalde del municipio de Thürkette:

»Toda vez que las listas de reclutamiento deben estar prontas para la época y el día establecidos, *inherendo* á un análogo encargo recibido de la autoridad Superior, se tiene el honor de poner en conocimiento de ese Honorable Señor Alcalde, que deben ser prontas las matriculas de los habitantes de Schafskopf por la oficina parroquial de Thürkette, y que es necesario sean transmitidas á vuelta de correo á la oficina de este municipio. De la misma manera deberán estar prontas para el día establecido, los mozos pertenecientes á Schafskopf y que se encuentran en ese municipio de Thürkette por razones profesionales.»

El alcalde escuchaba entusiasmado la obra maestra de su escribano, y su rostro expresaba una profunda admira-

ción; un respeto casi religioso. ¡Cuán bello le parecía, soberbiamente bello, perfectamente burocrático todo aquello, especialmente las frases «*inherendo* á análogo encargo,» «á vuelta de correo» y «por razones profesionales.» El alcalde jamás había podido aprender, á pesar de todos sus esfuerzos, aquel estilo grandilocuente, mientras que á aquel señor Solzikiewickz le salía por sí mismo, rebosando, sin ninguna dificultad, de su pluma. Ahora no faltaba más que poner el sello del municipio, lo que el alcalde hizo con tanta voluntad y tanta fuerza, que hasta el escritorio tembló.

—Una buena cabeza es siempre una buena cabeza,—dijo el alcalde, como conclusión á sus pensamientos.

—¡Bah!—dijo el escribano, calmado ya y de buen humor.—Deberían llamarme un escritor, y no un escribano; porque cuando uno escribe libros...

—¡Cómo! ¿Escribis libros?

—Me lo preguntáis como si no lo supierais; ¿quién escribe, pues, los libros del municipio?

—Es cierto,—repuso el alcalde. Y después de una breve pausa, añadió:—Las listas llegarán seguramente sin retardo.

—Deberíais aprovecharos de esta circunstancia, y desbarazaros de todos los pillos del país.

—Ni Dios se los quiere llevar.

—No quiero deciros más sino que el Prefecto se queja de este país de truhanes, como llama á Schafskopf, y de gente que se pasa la vida en la taberna. «Burak, me dijo en cierta ocasión, no sabe tener las riendas; así es que toda la culpa es suya.»

—Ya lo sé,—contestó Burak.—Toda la culpa cae sobre mí. Cuando la Rosalia, la hija del forjador, parió, ¿sabéis qué hizo la curia? La regaló veinticinco rublos, para que otra vez supiera que aquello no está bien en una joven

doncella. ¿Y quién lo hizo? ¿quizás yo? A mí poco me importa que hasta todas las muchachas de Schafskopf pariesen, pues la curia las alienta, y la culpa es mía.

Precisamente en aquel momento, la vaca que estaba fuera, dió tal golpe á la pared, que todo el edificio comunal tembló. Burak volvióse hacia la ventana, y exclamó con rabia:

—¡Maldita!... ¡Mal rayo te parta!...

El escribano, que hasta entonces había estado sentado en el escritorio, levantóse, se dirigió nuevamente al espejo, y mientras contemplaba su imagen, repuso:

—Esto os está bien, Burak, porque no tenéis la mano fuerte, y no sabéis detenerlos. La taberna trae sus frutos, tanto más, cuanto que á la cabeza de todos los truhanes, hay uno que sabe arrastrarles al vicio de beber.

—Cierto es que beben; pero el que durante todo el día trabaja en el campo, bien tiene el derecho de remojar la garganta por la noche.

—Yo solo digo que si podíamos librarnos de Rzepa, todo el pueblo volvería al orden.

—¿Qué debo hacer?... ¿Cortarle la cabeza?

—No hay necesidad de hacerlo. Bastaría inscribirlo en una de aquellas famosas listas, y basta.

—Pero es casado, y hasta padre de un niño de un año.

—¿Quién lo sabrá? El no reclamará, y aun que recla-

mase, ¿quién va á escucharle? Durante la época del reclutamiento, la gente tiene otra cosa que hacer.

—¡Oh, señor escribano! ¡señor escribano!... aquí no se trata de aquel borracho, sino de la pobre de su mujer. En verdad que sería un pecado mortal.

—¿Qué os importa de la mujer? Pensad más bien en que vuestro hijo ha llegado ya á los diecinueve años, y deberá también ser reclutado.

—Demasiado lo sé; pero si no puedo librarle de otra manera, sabré encontrar quien lo substituya.

—¿Tan rico sois?

—¡Hum! .. Con la ayuda de Dios sabré encontrar la suma necesaria.

—Son ochocientos rublos, lo que deberéis pagar.

—He dicho que sabré pagarlos, y los pagaré. Y si el buen Dios quiere que por un par de años sea aún alcalde, con este tiempo pienso recuperarlos.

—Si, y no. Porque yo también necesito algo, y quiero mi parte. Un hombre educado tiene muchos más gastos que un hombre ordinario, y si inscribimos en las listas el nombre de Rzepa en lugar del de vuestro hijo, será para vos un gran ahorro... Ochocientos rublos no se encuentran tirados por la calle.

El alcalde reflexionó un momento. La esperanza de ahorrarse una suma para él tan fabulosa, empezaba á tentarle y á sonreírle.

—¡Bah!—dijo finalmente.—De todos modos, el negocio es peligroso.

—En esto ni debéis fijaros.

—Pero yo temo por vuestra cabeza. Tengo miedo de que trame algo, y que no deba pagarlo yo.

—Entonces, pagad los ochocientos rublos, si esto os gusta ..

—Yo no digo que no me disguste el tener que pagar...

—¡Pero qué!... Si decís que podéis recuperarlos en un par de años, no puede disgustaros. Sin embargo, temo que no contéis con la huésped. Aun no se sabe nada... pero si se supiera lo que yo sé...

—Querido mío: creo que del dinero de la oficina tomáis más vos que yo.

—No hablo de ahora, sino de los tiempos pasados. ¿No recordáis?...

—Por este lado nada temo. Siempre he hecho lo que se me ha mandado.

—¡Muy bien! Además: á vos os toca el lavar vuestra ropa sucia.

Dichas estas palabras, el escribano cogió su sombrero á cuadros blancos y negros, y se marchó de la oficina.

El sol se había casi puesto, y los campesinos volvían del campo.

El señor escribano encontró primeramente cinco segadores con las hocas á la espalda. A su paso, estos se inclinaron, pronunciando la salutacion: «Alabado sea el Señor,» pero el señor escribano se contentó con inclinar ligeramente la cabeza llena de pomada, sin dignarse responder el acostumbrado «Para siempre,» porque lo creía inconveniente en un hombre educado. Además, todo el mundo sabía que el señor Solzikiewickz era un hombre educado; solamente los perversos podían ponerlo en duda,

y los envidiosos quizás, á los cuales toda personalidad que sobrezale, les turba el sueño, como una espina en el ojo.

Si tuviéramos á mano un diccionario de nuestros hombres ilustres, en él podríamos leer la biografía de nuestro señor escribano; que nació y recibió las primeras lecciones en la capital del distrito de que formaba parte Schafskopf. Al décimo séptimo año de su vida, el señor Solzikiewickz frecuentaba ya la segunda clase elemental, y ciertamente hubiera aun subido con la misma rapidez mucho más allá, si no hubiese ocurrido un hecho que detuvo para siempre el curso de sus severos estudios científico-literarios. Molestado por los ignorantes profesores que no supieron comprenderle; arrastrado por su fuga juvenil, se puso á la cabeza de otros colegas suyos en sentimiento, y dió una serenata tal, bajo las ventanas de los molestadores, que todos los gatos del vecindario empezaron á maullar desesperadamente, asustados por aquella música infernal. Después nuestro héroe rasgó los libros y cuadernos, rompió la regla y el cuadratillo, y abandonando á Minerva, siguió su vida otra ruta. En tal camino encontró el puesto de escribano público, y ya sabemos de qué manera soñaba en ocupar en breve tiempo el de inspector. Pero, á decir la verdad, no se hallaba del todo mal como simple escribano, porque una educación sólida, sabe siempre conquistarse la estima y el respeto de los demás. Y, en efecto, nuestro héroe era tenido, no sólo por todos los habitantes de Schafskopf, sino también por los del distrito entero, como un hombre de cuidado, y como un hombre al que no se puede ofender impunemente.

Por lo cual, las llamadas personas inteligentes le saludaban, y ante sí se inclinaban obsequiosamente los campesinos, los cuales empezaban ya á quitarse la gorra desde lejos, y le dirigían su «Alabado sea el Señor.»

Ahora es necesario explicar por qué Zolzikiewickz no contestaba: «Para siempre, amén.» Ya se ha dicho que lo consideraba como una cosa no conveniente en un hombre educado; pero además de ésta, había otras muy importantes causas.

Los espíritus verdaderamente independientes, por lo general son audaces y pertenecen á los partidos radicales; de ahí que el señor Zolzikiewickz estaba íntimamente persuadido de que el alma no era más que «un sencillo soplo, y basta.» Entonces, el señor escribano estaba precisamente leyendo un libro editado por la casa de los señores Breslaner, de Varsovia, que llevaba por título: *Isabel de España, ó Los Misterios de la Corte de Madrid*. Esta célebre novela, loable por todos conceptos, le había gustado, hasta le había verdaderamente entusiasmado; tanto, que por un momento tuvo la idea de abandonarlo todo, y partir para España: «Lo que le acaeció á Marfori, pensaba, bien puede acaecerme á mí.» Y quizás hubiera partido, porque estaba también convencido de que un hombre de educación no podía hacer más que embrutecerse en su estúpido país; pero le detenía un cúmulo de circunstancias varias, que los lectores conocerán más tarde.

A consecuencia, pues, de la lectura de las vicisitudes de Isabel de España, de esta gloria de la literatura polaca (edición de los señores Breslaner), el señor Zolzikiewickz había adquirido un razonado excepticismo, sobre todo lo que tiene relación con la inmortalidad del alma ó con la existencia de Dios, y precisamente por esto no había correspondido á los segadores con el acostumbrado «Para siempre, amén.» sino que había seguido adelante tranquilamente, contentándose con bajar casi imperceptiblemente su olorosa cabeza.

Tras los segadores, se encontró finalmente con las campesinas, que también volvían de la siega con las hoces

bajo el brazo. En aquel mismo instante, debían atravesar un amplia charca, por lo cual se vieron obligados á levantarse los vestidos hasta sobre la rodilla, y á enseñar las rosadas pantorrillas. Solo entonces, nuestro héroe, que se había detenido en mitad del sendero, que atravesaba ia charca, dijo:

—¿Cómo estáis, pajaritos míos?

Al decir esto, procuraba robar un beso á cada una de las bellas que pasaban á su alcance.

Las campesinas entonces gritaban y reían á carcajadas, abriendo la boca de tal manera, que enseñaban hasta los últimos molares. Después, cuando hubieron pasado, el señor Zolzikiewickz, no sin un íntimo sentimiento de placer y orgullo, oyó como una de aquellas decía á otra:

—Nuestro escritor, verdaderamente es un guapo joven.

—Es encarnado como una cereza,—añadió otra;—y además, ¡qué bien huele su cabeza!... Parece, cuando nos abraza, que bajo la nariz se tiene un ramo de claveles y rosas, hasta huele más; tanto, que casi hace que nos desvanecemos.

El escribano continuó por su camino, embebido en sus pensamientos, hasta que llegó ante una cabaña donde precisamente se hablaba de él. A la otra parte de la verja, se extendía un extenso huerto, en el cual dos campesinas, una de las cuales se dedicaba á mondar patatas que tenía en el delantal, estaban hablando.

—Sí, buena vecina,—decía una de ellas.—Tengo el corazón angustiado. Temo que me cojan á Francisco y lo manden á la guerra. Con sólo pensarlo, toda me estremezo.

—Vé á ver al señor escribano,—respondió la vecina.—Si él no te ayuda, querrá decir que nada podrá ayudarte.

—¿Cómo puedo presentarme á él, querida Stachowa? (1) No se puede recurrir á él con las manos vacías. El señor alcalde es un hombre más llano, no es nada difícil, y se contenta con un plato de cangrejos ó de manteca; con una madeja de hilo ó con una gallina. Todo lo acepta; pero el escribano, por el contrario, no se digna ni aún dirigiros la mirada; es orgulloso en demasía. Con él, es necesario abrir la bolsa, y sacar por lo menos un rublo.

—Ya reventerás antes de que yo acepte huevos ó una gallina,—murmuró entre sí el escribano.—Soy un hombre educado, y solo un hombre ordinario puede aceptar parecidos regalos. Vé al alcalde con tu gallina.

Reflexionando de tal suerte, estaba ya preparado para saltar la valla y aparecer de improviso ante las dos campesinas, cuando el inesperado rumor de un coche que llegaba le detuvo, y le hizo retroceder rápidamente.

En el coche iba sentado un joven caballero, con el gorro de estudiante ladeado, y con un cigarrillo en los labios. Hacia la casa guiaba el caballo el Francisco de que poco antes habían hablado los dos campesinos. El joven estudiante saltó del carruaje, y habiendo reconocido al señor Zolzikiewickz, le saludó con la mano, mientras exclamaba:

(1) La mujer de Stach (Estanislao).

—¿Cómo estás? ¿Qué hay de nuevo? ¿Te pones aún dos dedos de pomada perfumada en la cabeza?

—¡Vuestro humilde servidor!—dijo nuestro escribano, haciendo una profunda reverencia. Pero apenas hubo pasado el coche, añadió por lo bajo:—¡Así te rompieras el cuello antes de llegar!...

El señor escribano no podía sufrir aquel estudiante. Este era primo de los Skorabiewski, los señores del país, ó sencillamente «los señores» como les llamaban los campesinos, y venía, como todos los años, á pasar las vacaciones entre ellos.

Zolzikiewickz, no solo le miraba con mal ojo, sino que le temía como al fuego, porque además de ser un elegante petrimetre, era también un burlón incorregible, que no economizaba sus burlas punzantes y á veces atroces, con el terrible escribano, siendo él el único, en todo el contorno, que no le tenía ningún respeto.

Hasta una vez se atrevió á entrar de improviso en la oficina municipal durante una sesión, y después de haber llamado estúpido al lívido escribano, había aconsejado á los asesores y consejeros que no prestaran ninguna fe á sus palabras. El señor Zolzikiewickz, se hubiera vengado de buena gana; pero ¿qué hacer? contra él todas sus armas eran perfectamente inútiles.

La llegada de aquel estudiante le puso de mal humor, y continuo su camino con la faz nublada, y no se detuvo hasta que llegó cerca de otra cabaña puesta un poco de lado, á la izquierda del camino. La frente de Zolzikiewickz se serenó á su vista. Esta era una cabaña, pobre quizás como las demás; pero cuidada con mucha solicitud, con la era limpia, y rodeada de una baja valla verde. Cerca de la valla, estaba amontonada la leña, y el hacha que servía para destrozarla, estaba en aquel momento clavada en un grueso tronco. Un poco más lejos se veía una cabaña

mas pequeña y un rústico cobertizo que servían de establo para los animales cornudos y los tocinos; después seguía un pequeño prado en el cual un caballo mascaba tranquilamente la yerba corta que arrancaba con los dientes. Delante de los establos había una gran charca donde dos tocinos se revolcaban, mientras algunos ánades nadaban junto á la orilla. Cerca del montón de leña, un magnífico gallo picoteaba entre el polvo y los rancajos, y cada vez que encontraba algún grano, ó algún gusanillo, cacareaba de un modo particular, y entonces las gallinas corrían apresuradamente para disputarse el delicado bocado arrancándose unas á otras.

Delante la puerta de la cabaña, se hallaba sentada una campesina, entretenida en batir el lino, acompañando el rítmico golpear de la varilla con un canto melancólico. A su lado estaba echado un perrazo que se dedicaba por completo á cazar con la boca las moscas que obstinadamente se ponían sobre una de sus peladas orejas. La campesina era una espléndida joven que no debía haber llegado aún á los veinte años. En la cabeza llevaba una sencilla cofia, y la blanca camisa se ajustaba al pecho y á la espalda con una cinta de color de rosa.

Con sus anchas espaldas, su abundante pecho, el subido color del rostro de un moreno dorado, y con su estatura esbelta como la de una gacela, parecía la personificación de la salud y de la primavera.

Las líneas de su rostro eran delicadas; su nariz pequeña y perfilada; la cabeza graciosa en su conjunto; la boca un poco grande, pero con los labios encendidos como el coral y los ojos negros y aterciopelados como la abundosa cabellera que en rizos se escapaba de la cofia y le caían sobre la frente.

Aun no había llegado á su lado el escribano, cuando el perro ya se levantó, con la cola entre las piernas, y empezó á gruñir y á enseñar los dientes.

—¡Aquí, Raber!!—gritó la aldeana con su voz cristalina, llamando al perro.—¡Ven aquí, anda, échate!...

—¡Buenas tardes, Rzepowa! (1)—empezó nuestro escribano.

—Igualmente, señor escribano,—respondió la joven, prosiguiendo batiendo el lino.

—¿Está en casa vuestro marido?

—No: está en el bosque trabajando.

—Me sabe mal porque debía decirle algo de parte del Municipio.

Cuanto viene de parte del Municipio ó de cualquier otra oficina pública, es considerado por nuestros campesinos como una desgracia, ó por lo menos como cualquier cosa que forzosamente ha de causar disgustos. La mujer de Rzepa cesó de batir el lino, miró inquieta al escribano, y con voz casi temblorosa preguntóle:

—Y bien ¿qué quieren de nosotros?

Mientras tanto nuestro héroe se acercó aún más á la joven.

—Deja que te dé un beso, y después te lo digo todo.

—¡En seguida!—respondió sencillamente la aldeana.

El hombre educado no se descorazonó: con un movimiento rápido cogió por la cintura á la joven y la atrajo hacia sí.

—Dejadme, señor, ó grito,—exclamó la Kzepowa, procurando librarse del ataque.

(1) La mujer de Rzepa.

—¡Bella mía!... ¡Margisim mía!...

—¡Señor... soltadme señor!...

A esto sucedió casi una lucha cuerpo á cuerpo, porque los contendientes, eran ambos robustos, cuando la intervención del perro cambió el aspecto de las cosas. El fiel animal empezó con erizar el pelo de la espalda y hacer crujir los dientes; después se lanzó furibundo contra el escribano; pero como éste llevaba una chaqueta muy corta, el can pegó dentellada en los indefensos calzones, rasgó el paño hasta que encontró la piel, y cuando tuvo un buen bocado, empezó á sacudir la cabeza para arrancar la presa.

—¡Jesús, María! — gritó el escribano, olvidando en aquel momento y por completo, que pertenecía *aux esprits forts*.

Pero el perro no tenía ninguna intención de ceder. Por fortuna, nuestro héroe logró alcanzar un grueso palo con el cual dió un tremendo golpe en la grupa del animal, el cual solo entonces soltó la presa aullando lamentablemente; pero casi en seguida volvió á la carga.

—¡Pero llamad á este endiablado perro!—gritó el escribano desesperadamente procurando defenderse con el palo.

La campesina logró finalmente alejar el perro, y encerrarlo en la casa. Ambos se miraron un momento en silencio; la aldeana fué la primera en tomar la palabra.

—¡Qué desgracia! ¡Pero que pensamiento le ha venido de abrazarme!...—exclamó ésta espantada por el cruento final de la escena.

—¡Os juro que me vengaré!—exclamó el escribano con tono trágico.—¡Sí, venganza! Rzepa será inscrito en las listas militares! Yo quería salvarlo... pero ahora... oiréis hablar de mí... os lo aseguro... y yo me vengaré de vosotros!...

La pobre mujer palideció como si alguien le hubiera dado un tremendo golpe en la cabeza, juntó los manos en señal de ruego, y abrió la boca como para hablar. Nuestro héroe entretanto, después de haber recogido del suelo el sombrero á cuadros blancos y negros, encaminóse hacia la salida cojeando lastimosamente, y teniendo en una mano el palo, mientras que con la otra procuraba unir los pedazos de sus pantalones sin piedad destrozados.





II

Otras personas y otras figuras

Una hora más tarde, Rzepa, acompañado del camarero Lukabeh, guiando el carro de los señores del país, salía del bosque. Rzepa era un aldeano laborioso, robusto como una encina, y casi puede decirse que cortado de hacha.

Trabajaba, en la época de esta historia, por cuenta de los señores, en el monte, porque el propietario había vendido su parte libre de predio á los hebreos, y ahora se trataba de cortar los árboles.

Rzepa tenía muy buenas cualidades; primeramente,

era un trabajador infatigable, y cuando, después de haber escupido en las manos, cogía su hacha y con un gemido especial de su voz acompañaba cada golpe, el abeto golpeado temblaba de la copa á las raíces, y las astillas de madera volaban en toda dirección. Al cargar después los troncos, sobre los carros, era el primero en fuerza y agilidad. Los hebreos que habían comprado los árboles, y que iban por el bosque para medir los troncos, deteniéndose á cada momento para mirar la altura de los árboles como si buscasen nidos de cornejas, maravillábanse ante la fuerza física de aquel campesino. Hasta el rico comerciante Drikl, de cuando en cuando le decía:

—¡Cuerno Rzepa! Si el mismo diablo podría contender contigo. ¡Tomal... Ahí tienes seis sueldos para aguardiente... no, espera... cinco sueldos para aguardiente.

Rzepa, se encogía de hombros, y sin interrumpir el trabajo, hacía resonar el monte con su voz.

—¡Hop!... ¡hop!...

Y aquella voz varonil, repercutía entre los troncos de los árboles, quedando su eco entre ellos, mientras los pinos movidos por el viento susurraban entre sí lo que el bosque decía. A veces los leñadores se unían en coro para cantar una canción, y naturalmente Rzepa era el primero; tanto más, cuanto que él era quien les había enseñado la canción:

¿Qué hay? ¿Por qué el bosque ya todo resuena

¡Hop!

¿qué hay, que el oído me aturde, me atruena?

¡Hop!

¡Ay! ¡que de la encina la avispa ha caído

¡Hop!

y yace en el suelo porque la han herido!

¡Hop!

La mosca, apiadada, á ella se avecina

¡Hop!

y ofrece ir en busca de una medicina.

¡Hop!

¡Inútil! ¡Mis alas arrancadas quedan

¡Hop!

y no hay boticarios que unirlas ya puedan!

¡Hop!

Pero Rzepa también era el primero en la taberna, y una vez había bebido aguardiente, volvíase malo y pependenciero. Cierta vez de un puñetazo rompió de tal manera la cabeza de uno de los criados de los «señores,» que una criada dijo que se podía jurar que á través de la resquebrajada se podía ver su alma. Otra vez (entonces solo tenía diecisiete años) en la taberna se asió de las greñas con varios soldados.

El señor Skorabiewski, que entonces era alcalde, le hizo llamar, y después de haberle dado una buena reprimenda en tono benigno preguntóle:

—Pero Rzepa. ¡Tú no tienes temor de Dios! ¿Cómo has osado entrar en liza, si eran siete contra ti?

—¡Hum!... señor,—respondió Rzepa.—Sus piernas son tan débiles, y están tan destruidas por las marchas; que tocándolos apenas, ya caen de rodillas.

Naturalmente, el «señor» obró de manera que las cosas se arreglaran sin consecuencias, y precisamente por esto las comadres del lugar, se declan al oído que Rzepa era hijo del «señor», murmuración ésta, avalorada por el hecho de que nadie había conocido al padre del campesino.

Al principio no era más que colono del pedazo de tierra sobre el que había construido su cabaña; pero más tarde llegó á ser su propietario, por lo cual podía decirse que su condición era relativamente buena, tanto más cuanto que los negocios iban bastante bien, ayudado en ello por su mujer, una buena y activa campesina, que no hubiera podido encontrarse mejor, ni aún buscándole con candil.

Lo malo era, que, como suele decirse, le gustase demasado la bebida, de cuyo vicio no podía corregirre, y á quien por ello le reconvenía, le contestaba invariablemente:

—Beber, cierto que me gusta beber; pero me bebo lo mío, y por lo tanto nada debe importarles á los demás.

En el pueblo no temía á nadie, excepto al señor escribano, por el cual sentía un respeto invencible. Cuando de lejos veía un sombrero á cuadros blancos y negros; una nariz achatada; una barba de macho cabrío; todo ello montado sobre dos piernas altas como gansos y que caminaba á lo largo del camino, en seguida se quitaba el sombrero. Además el escribano tenía sobre él cierto poder. Una vez, muchos años atrás, durante la revolución, habían sido confiadas á Rzepa ciertas cartas que debía llevar á cierto lugar, y lo hizo. ¿Qué sabía él de lo que decían? Pero más tarde, pensando en ello, tuvo miedo, de que quizás le hicieran responsable de aquel hecho, y es por esto que sentía un miedo cervical ante el escribano.

Cuando Rzepa, de vuelta del bosque, entró en su cabaña, apresuróse la mujer á salir á su encuentro, y llorando le dijo:

—¡Mis ojos ya no te verán más por mucho tiempo, no trabajaré más para tí, ya no te prepararé la comida! ¡Infeliz! ¡Te mandarán al fin del mundo!...

—¡Qué! ¿Has comido beleño (1) ó te ha picado un tába-

(1) Yerba venenosa que causa el delirio.

no?—preguntó el marido asombrado.

—Ni he comido beleño, ni ningún tábano me ha picado,—respondió la mujer;—pero el señor escribano ha estado aquí, y me ha dicho que serás alistado soldado... ¡Hu!... ¡Que te mandarán al fin del mundo!...

Entonces Rzepa empezó á interrogar á la mujer, y ésta se lo contó todo, dejando, sin embargo, lo de que el señor escribano la había abrazado por la fuerza, porque temía que el marido le insultase ó que, peor aún, le diese de puñadas, lo que, según ella, hubiera empeorado aún más la situación.

—Anda, loca,—dijo por fin Rzepa,—¿por qué lloras de este modo? No temas que me hagan soldado, porque yo ya he pasado de la edad, y, además, tengo una cabaña, tierras que cultivar, y, en fin, porque debo mantenerte á tí, que eres loca de atar, y á éste chiquillo que llora á gritito pelado.

Diciendo esto, señalaba con el dedo la cuna, en la cual el chiquillo, un robusto pequeñuelo de un año, en aquel momento estaba piernas al aire, y chillaba hasta dejar sordo.

La mujer secóse los ojos con el delantal, y repuso:

—Esto no va á servir de nada. Seguramente sabe lo de aquellas cartas que llevaste Dios sabe donde, á través del bosque.

Rzepa se rascó la cabeza, perplejo, y contestó:

—Puede ser muy bien que lo sepa. Iré á verle.—Y tras un breve silencio, añadió:—Sí; iré á verle. Quizás no es tan malo como dicen.

—Ve, ve,—dijo la mujer alentándolo,—y toma un rublo contigo, que uno no puede acercarse á él sin un rublo en la mano.

Rzepa tomó un rublo de una bolsa de cuero que había en el fondo de una gran caja, y fué á ver al escribano.

El señor Zolzikiewickz era soltero, y habitaba una casa próxima á un estanque; casa pretenciosamente construida de ladrillo, diferentemente de las casas del lugar. Ocupaba dos habitacioncitas, que tenía á su disposición, la más grande de las cuales estaba vacía si se exceptúa un poco de paja sobre la cual estaba puesto un par de zapatos.

La segunda servía de cuarto de dormir y de sala de recepciones. En esta había una camita cubierta con un cubrecamas de mil colores como el vestido de arlequín, y las dos almohadas estaban sin funda, de manera que las plumas de gallo de que estaban rellenas, salían por todas partes.

Al lado de la cama había una mesita, y sobre ella habían plumas para escribir; un tintero; papeles, y los volúmenes de la novela «Isabel de España», edición Breslaner; dos frascos de goma completamente sucios; un gran vaso lleno de pomada; papel para cigarrillos, y, por fin, un candelero de metal blanco con una bujía cuyo pábilo estaba rodeado por una negra corona de moscas pegadas á la esteariana. Cerca la ventana, había colgado un espejo bastante grande, y frente á éste un cajón, en el cual se hallaban todos los objetos que servían para el minucioso tocado de nuestro héroe, ó sea: chaquetas, pantalones, camisas y corbatas de brillantes colores, guantes; un par de zapatos de charol, y finalmente un sombrero de copa, que el señor escribano se ponía cuando para asuntos del mu-

nicipio debía ir á la cabeza del distrito. Por último: sobre una silla, al lado de la cama, había en aquel momento colocados los pantalones nuevos que pocas horas antes habían probado los dientes del perro de Rzepa.

Nuestro héroe se había acostado medio vestido en el lecho, y estaba leyendo uno de los volúmenes de «Isabel de España», edición Breslaner. Su posición, no del señor Breslaner, del señor escribano, era espantosa; tan espantosa, que sería necesaria la pluma de Victor Hugo para describirla.

Sobre todo la herida de las partes carnosas de su cuerpo, le ocasionaba un dolor agudo; tanto, que la lectura de «Isabel de España», que para él era antes una fuente de verdadera voluptuosidad y agradable distracción, ahora solo servía para marearlo. Además de esto, tenía un poco de fiebre y difícilmente podía coordinar sus ideas. A ratos, fantasías extraordinarias le pasaban por el cerebro. Precisamente en aquel momento, apenas había acabado de leer el capítulo de su novela en el que el joven Serrano vuelve al Escorial, cubierto de heridas, después de haber alcanzado una gran victoria contra los carlistas. La joven Isabel, le recibe pálida y conmovida, mientras su pecho se vé palpar bajo la ligera muselina que lo cubre.

—¡General! ¿Estás herido?—preguntó ésta á Serrano con voz visiblemente temblorosa.

Aquí, el infeliz Zolzikiewickz, creía ser él el joven general, y con voz apagada respondía:

—¡Ay, ay! estoy herido... ¡Perdóname, reinal... Vuestra Majestad...

—Tranquilízate, mi general, siéntate y cuéntame tus hazañas.

—Con mucho gusto os las contaré; pero sentarme, es imposible!—exclamaba Serrano poniéndose la mano don-

de le dolía. — ¡Ay, ay!... ¡perdóname reina!... Aquel maldito perro... es decir; don José... ¡ay!...

En este punto, fué el dolor tan fuerte, que el sueño fué turbado.

Serrano miró á su alrededor; la bujía ardía sobre la mesita, y en aquel momento la llama chisporroteaba porque una mosca se había pegado al pábilo y ardía; otras moscas, vivas, velanse correr á lo largo de las paredes como otros tantos puntos negros movedizos... Así pues ¿él se hallaba en su cuarto y nó en el Escorial? ¿Ninguna reina Isabel está presente? El señor Zolzikiewicks volvió entonces por completo á la realidad de las cosas. Se inclinó un poco fuera del lecho, y después de haber mojado un trapo en un vaso colocado en el suelo cerca la cama, se cambió el vendaje de la herida. Hecho esto, volviéndose hacia la pared y adormeciéndose. De nuevo empezó entre despierto y dormido, á fantasear, y hallóse de nuevo en el Escorial; solo con Isabel.

— ¡Querido Serrano!... ¡amado mío!... Yo misma te curaré las heridas,—murmuraba la reina.

A Serrano se le erizaron los cabellos porque se sentía en una situación espantosa. ¿Debía obedecer á la reina y enseñarle aquella parte del cuerpo para que fuese vendada por las augustas manos? Un frío sudor le bañaba la frente, cuando de improviso...

La reina había desaparecido; la puerta habíase abierto crujiendo, y en el dintel había aparecido ni más ni menos que don José, el enemigo implacable de Serrano.

— ¿Quién eres, y qué buscas aquí?—exclamó Serrano.

— ¡Soy Rzepa!—respondió torvamente don José.

Zolzikiewicks despertóse por segunda vez; el Escorial se había cambiado de nuevo en un prosáico cuartucho; la bujía ardía aún, mientras otra mosca se quemaba pegada al pábilo y chisporroteaba lanzando á su alrededor

pequeñas chispas azuladas, humeantes, y oliendo á sebo quemado. En el dintel de la puerta se hallaba de pie Rzepa y detrás de él... (¡horror! la pluma se me cae de las manos!) Raberl, el ignominioso perro, con la cola entre las piernas. El monstruo tenía los ojos fijos en el escribano, y parecía sonreír irónicamente.

Un sudor helado cubre el rostro del señor Zolzikiewicks quien teme que Rzepa no haya venido para apalearle y hacerle devorar por Raberl...

— ¿Qué queréis de mí, vosotros dos?—pregunta de nuevo con voz angustiada.

Rzepa se quitó el rublo del bolsillo, lo puso sobre la mesita, y humildemente respondió:

— Señor escribano. He venido por aquel asunto del reclutamiento.

— ¡Fuera!... ¡fuera!... ¡fuera!...—gritó Zolzikiewicks, al cual el valor había vuelto de una vez.

En la explosión de su cólera, quería precipitarse sobre los dos enemigos; pero en aquel momento la herida carlista empezó á dolerle lastimosamente, y cayó sobre las almohadas quejándose poco á poco...

— ¡Ay!... ¡ay!...





III

Reflexiones.-¡Eureka!

La herida se había inflamado. Como quiera que me imagino que mis bellas y sensibles lectoras, en las cuales mi héroe debe haber despertado una profunda simpatía, derramarán lágrimas de dolor, antes de que alguna de ellas llegue á delirar, me apresuro á añadir que afortunadamente la herida no debía causar la muerte al héroe; el cual, por el contrario, estaba destinado á vivir aún largo tiempo, Si hubiese muerto, hubiera yo roto la pluma; pero como vive aún, por esto estoy obligado á continuar.

Decía, pues, que la herida se había inflamado y empezó á supurar, pero contra lo que se podía esperar esto fué una gran ventaja para nuestro escribano, y por una causa sencillísima.

La supuración le despejó la cabeza, librándola de todos los malos humores, y en efecto, en cuanto su cabeza volvió á hallarse libre y serena, se persuadió primeramente de que hasta aquel momento no había hecho más que tonterías. Reconocida esta verdad empezó á reflexionar: la Rzepowa era una mujer sin igual; imposible de hallar otra parecida en todo el distrito, pero ante todo debía desembarazarse del hombre. Una vez Rzepa enganchado, nuestro escribano llegaba á la meta; pero demasíadamente vela él la dificultad de sustituir en las listas al hijo del alcalde por el pobre Rzepa. Un escribano municipal es una potencia. Zolzikiewickz era una potencia entre los escribanos; pero desgraciadamente en los asuntos de la recluta, él no era la autoridad que podía decidir en última instancia. Habían el prefecto, el comisario militar y otras varias personalidades, que no tenían absolutamente ningún interés en admitir en el ejército imperial al pobre Rzepa en lugar del hijo de Burak.

—Está comprendido en las listas de los exentos, ¿Entonces, qué?—se dijo á sí mismo nuestro astuto héroe. Después, tras haber reflexionado un instante,—añadió:—Entonces es imposible, á menos de que se halle un medio para cerrar la boca á Rzepa, lo cual me parece no muy fácil... ¡Bah! En fin: yo no tengo más que una cabeza, y en último caso, dimito el cargo de escribano, y basta.

Los grandes hombres, en un momento apasionado, todos han hecho tonterías; pero pronto, después de haberlas reconocido tales, se corrijen, y en esto precisamente consiste el secreto de su grandeza. Zolzikiewickz reconocía haber cometido la primera torpeza hablando del asunto al

alcalde; la segunda cuando se resolvió á entrar en la cabaña de la Rzepowa y quiso abrazarla, y finalmente, la tercera al haber amenazado con poner al marido entre los reclutas. ¡Oh! ¡El sublime momento en el que el verdadero grande hombre se dice á sí propio: ¡«Soy un asno!» había llegado para nuestro simpático escribano, porque en efecto, había pronunciado la gran frase: «¡Soy un asno!»

¿Pero debía renunciar á su plan, después de haberlo consagrado con su propia sangre? (en el calor del discurso decía: «con la sangre de su corazón»).

¿Ahora que había sacrificado unos pantalones nuevos, los cuales ni aun estaban pagados al sastre Srul, y que los había llevado dos veces tan solo?

¡Oh, nó! ¡Jamás! Al contrario: ahora que á sus buenas ó malas intenciones para con la Rzepowa se unía la sed de venganza contra ella y Rabul, Zolzikiewicks juróse llamarse vil é inepto, si no era capaz de satisfacer sus deseos.

Reflexionó todo el primer día, trayendo modificaciones á su plan de batalla; después el segundo día lo cambió completamente, y al tercer día hallábase aún meditando en los cambios que debían llevarse al nuevo plan. ¿Y el resultado de sus meditaciones? Que no había encontrado aún nada que mereciera su aprobación. Al cuarto día, mandó un recadero á la farmacia de la cabeza del distrito para que le comprase un poco de cerato. Zolzikiewicks lo fundió y se lo colocó en la herida, y ¡maravillosa virtud del medicamento! casi en el mismo instante exclamó: «¡Eureka!»

Por fin había hallado algo.





IV

El animal en la trampa

Algunos días después, no sé bien si cuatro ó cinco, en la estancia principal de la taberna, se hallaban sentados el alcalde Burak, el asesor Garunla y Rzepa. El alcalde beborroteaba su bebida.

—No disputéis de este modo por la barba del emperador,—decía.

—Y yo os digo que los franceses vencerán á los prusianos,—gritaba Gamula, dando puñetazos sobre la mesa.

—Los prusianos son zorras muy astutas y muy vivas,—sostenía Rzepa,

—¿De qué servirá toda su astucia? Los turcos ayudan á los franceses, y los turcos son muy fuertes.

—Os equivocáis. El más fuerte es Harubanda. (Garibaldi).

—Siempre queréis tener razón. ¿Cómo vendrá hasta aquí vuestro Harubanda?

—¡Toma! Como si todos no supieran que ya había atravesado los confines por el Vístula con grandes naves y un numeroso ejército, y que, una vez hubo llegado á Varsovia, como que la cerveza no le gustó, volvióse atrás.

—Debe tener la boca muy delicada aquel general.

—Harubanda no es general.

—¿Qué es entonces?

—¡Bah! ¡cuán ignorante sois! es un emperador como los demás, y basta.

—¡Se vé que habéis estudiado mucho!

—Siempre más que vos.

—Ya que sois tan instruido, decidme: ¿cómo se llamaba el primer hombre?

—¡Buena es esa! ¡Adán!

—Este era el nombre de pila. Pues ¿y el apellido?

—¿Cómo queréis que lo sepa?

—¿Lo veis? Y sin embargo yo lo sé. Se llamaba Solitario.

—Quieres divertirme con nosotros.

—Nada de eso. Oid:

«El buen Señor os eligió, celestes
astros, por que alumbrarais al primero
de los hombres llamado Solitario.»

¿no se llamaba, pues, Solitario?

—¡Hum!... casi parecería verdad.

—Bebamos y será mucho mejor,—dijo el alcalde, interviniendo en la conversación.

—¡A vuestra salud!

—¡Por la vuestra!

—¡Chajim!

—¡Schulim! (1)

—¡El Señor os bendiga!

Bebieron los tres, y como esto ocurría durante la guerra franco prusiana, el asesor Gamula volvió á hablar de política.

—Dejemos esta enojosa conversación, y bebamos,—dijo Burak después de poco tiempo.

—¡Dios os bendiga!

—¡Alabado sea el Señor!

—¡A vuestra salud!

Vaciaron nuevamente los vasos, y como quiera que lo que bebían era arak, la cabeza de Rzepa empezaba á calentarse. Posó con fuerza el vaso sobre la mesa, exclamando:

—¡Bueno! ¡Extra fino! ¡Cómo pellizca!

—Entonces, ¡uno más! —dijo Burak.

—¡Venga!

Rzepa volvíase más escamado á cada vaso, el alcalde tenía mucho cuidado en que su vaso no estuviera nunca vacío.

—¡Eh! ¡Qué miedo tenéis! —dijo por fin Burak, dirigiéndose al robusto aldeano,—si hasta á vos os forzarán á ir á la guerra!

—¿Miedo? ¿De qué? Cuando uno está en el baile, baila sin darse cuenta de ello.

(1) Viva, *pa*, manera hebrea de saludar que los campesinos aprenden frecuentando los tabernas cuyos propietarios son hebreos.

—Las apariencias muchas veces engañan,—dijo Gamula.—Muchas veces uno que sea pequeño y débil, tiene más valor que uno fuerte y grande.

—¡Mentiras!—exclamó Rzepa.—Os aseguro que yo no soy ningún polluelo.

—¡Quién sabe!...—repuso Gamula.

—Y os digo,—añadió Rzepa agitando su enorme puño,—que si hago caer esto sobre vuestras espaldas, os des-hago lo mismo que un barril viejo y cuarteado.

—Quizás nó.

—¿Queréis probarlo?

—¡Estaos quietos y en paz!—exclamó el alcalde inter-viniendo.—En vez de cogernos por los cabellos, bebamos unas gotas más.

Todavía bebieron; pero Burak y Gamula apenas toca-ban el vaso con los labios, mientras que Rzepa apuró el suyo hasta los bordes, tanto que sus ojos empezaban á enrojecer y á echar lumbre.

—Ahora abrazaos,—dijo Burak.

Aquellos se besaron. Rzepa se puso á llorar, señal de que estaba beodo por completo; después empezó á lamentarse en tono plañidero porque dos semanas antes se le había muerto en la cuadra una magnífica ternera que prometía ser una magnífica vaca.

—¡Ah, que ternera! ¡Dios ha cargado con ella!...—exclamó al final.

—No desesperes,—le dijo Buaak. ¿Sabéis ya que en la oficina se dá por segura la noticia de que el bosque de los señores, de ahora en adelante pertenecerá á los habitantes de Schafskopf y será dividido entre ellos?

—Es justo,—respondió Rzepa.—No fueron los señores quienes sembraron el bosque.

Después, volviendo á su ternera, añadió:

—¡Ah! ¡qué ternera! cuando se hallaba bajo su madre

para mamar, le daba al vientre tales golpes con el teztuz, que la vaca saltaba hasta los travesaños del cobertizo.

—Nuestro escribano me decía...

—¡Qué me importa á mí del escribano!—interrumpió Rzepa con rabia.—Para mí, me es indiferente

que se llame Pedro
ó se llame Pablo.

—Procura que no te oiga; sería capaz de vengarse. ¡Bebé hombre!

El joven campesino apuró el vaso de un sorbo, se aquietó un poco, y, rendido, sentóse en un banco. En aquel momento la puerta se abrió, y se presentó el sombrero á cuadros blancos y negros, y la barba de macho cabrío del escribano.

Rzepa se levantó de un salto, y el sombrero que se lo había echado atrás, sobre la nuca, cayó al suelo.

—¡Salud, en nombre del Señor!—murmuró con voz temblorosa.

—¿Está ahí el señor Alcalde?—preguntó el escribano.

—¡Sí!—respondieron tres voces á coro.

El señor Zolzikiewickz se acercó, y en seguida el tabernero Schumel, acudió llevando un vasito de verdadero Jamaica, que el escribano, después de haberlo olido y haber arrufado la nariz, puso sobre la mesa.

Durante un corto intervalo, nadie abrió la boca, y finalmente Gamula rompió el silencio, diciendo:

—Señor escribano.

—¿Qué queréis?

—¿Es cierto lo que se dice del bosque?

—Ciertísimo. Todos los habitantes deberán firmar el acta.

—¡Yo no firmo nada!—exclamó Rzepa, el cual, como todos los campesinos tenía un horror terrible á poner su firma bajo un acta cualquiera.

—Nadie te fuerza á que lo hagas,—respondió el escribano.—Si tu no pones la firma, no tendrás tu parte, y en paz. Eres libre de hacer lo que quieras.

Rzepa se rascó la nuca, mientras el escribano, sin fijarse en él, se puso á entablar con el alcalde y el asesor, una conversación en puro estilo burocrático.

—Sí. Por lo que se refiere al bosque,—dijo Zolzikiewickz,—las cosas están como ya sabéis, solamente que cada uno deberá rodear su porción con una valla, para impedir toda disputa.

—Así la valla vendrá á costar más del valor del pedazo de bosque,—observó Rzepa.

El escribano no recogió la observación, y como si no la hubiese oído, continuó:

—Para cubrir los gastos, la administración consigna una crecida compensación. Todos podrán aprovecharse de ella. Se trsta de quince rublos por cabeza.

Los ojos de Rzepa echaron chispas, y con avinada voz, gritó:

—En este caso firmo. ¿Dónde está el dinero?

—Lo tengo aquí,—dijo el escribano.—Aquí está el acta.

Diciendo estas palabras, sacó del bolsillo de la chaqueta un papel doblado en cuarto, y después de haberlo extendido, leyó algo que, naturalmente, los campesinos no entendieron, pero que escucharon haciendo signos de aprobación.

Si Rzepa hubiese estado menos beodo, seguramente se hubiera dado cuenta de que el señor alcalde hacía signos

al asesor Gamula. Después, ¡oh maravilla! el escribano sacó de su bolsillo una bolsa llena verdaderamente de rublos, diciendo:

—¡Vamos! ¿Quién firma el primero?

Firmaron uno después de otro, pero cuando Rzepa quiso coger la pluma para firmar á su vez, el escribano retiró el documento, y dijo:

—Quizás tú no quieres ¿eh? Te advierto que puedes hacer lo que quieras, y que no hay nada que te obligue.

—¿Por qué no he de quererlo?

El escribano volvió la cabeza, y llamó:

—¡Schmull!

Schmul apareció en la puerta de la estancia.

—¿Qué desea el señor escribano?

—Tú debes ser testigo de que todos los que firman, lo hacen por espontánea voluntad.

Volviéndose después á Rzepa, añadió:

—Quizás tú no lo querrás.

Pero el campesino había ya escarabajado su nombre sobre el papel. Zolzikiewickz le entregó los quince rublos. Rzepa se los escondió en el pecho, y después con cuanto aliento tenía en el cuerpo, gritó:

—¡Ahora traedme una botella de araki!

Schmul trajo la botella y vertió el licor en los vasos. Rzepa, después de haber apurado el suyo, cerró los puños

apoyándolos en las rodillas; se tambaleó dos ó tres veces sobre el banco, vaciló y cayó por fin bajo la mesa murmurando:

— ¡Dios mío! ¡Perdona mis pecados!

Y se durmió.

Su mujer no vino á buscarle porque sabía que cuando el marido estaba beodo, se volvía manoteador, y que al siguiente día la hubiera pedido perdón y la hubiera besado las manos. Cuando no estaba achispado, no sólo no la causaba ningún mal, sino que la respetaba; en caso contrario, debía aguantar y tener paciencia.

Rzepa pasó toda la noche bajo la mesa de la taberna, y no despertó hasta la mañana siguiente, al alborar. Con los ojos soñolientos é hinchados, levantóse maravillado de no hallarse en su cabaña y sí en la taberna.

— En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, — murmuró.

Miró á su alrededor y vió á Schmul que estaba apoyado en una ventana, cuyos cristales estaban purpurados por los primeros rayos del sol. El hebreo estaba rezando.

— ¡Schmul! ¡perro hebreo!... — exclamó Kzepa.

Schmul, no respondió, agitó la cabeza, y continuó orando.

Rzepa empezó á tantearse todo el cuerpo, y á pasear las manos por los bolsillos del vestido, operación ésta que hacen todos los campesinos que se duermen en la taberna. Al tocarse el pecho, halló los quince rublos.

— ¡Jesús, María! ¡qué quiere decir esto! — exclamó el campesino.

Entretanto, Schmul, había concluido sus oraciones, y después de haber pasado á otra habitación para dejar los objetos sacros, volvió lentamente y con aspecto grave y tranquilo hacia el aldeano.

— ¡Schmul!

— ¿Qué quieres?

— ¿De dónde proviene este dinero?

— ¡Qué estúpido eres! ¿no lo sabes? ¿no te acuerdas de que ayer estabas aquí con el señor Alcalde y que aceptaste por quince rublos el cambio, es decir; ser tú soldado en vez del hijo de aquel, y que firmaste el contrato?

Rzepa palideció tremendamente; echó al suelo el sombrero; después echóse él también por el suelo mugiendo como un buey, de manera, que hasta los cristales de la ventana temblaron:

— ¡Sal de la taberna, soldado! — le dijo Schmul flemáticamente.

Media hora más tarde, Rzepa entró en su cabaña. Su mujer que estaba preparando la comida, oyó como la puerta se abría; cogió el cucharó y corrió al encuentro de su marido, verdaderamente encolerizada.

— ¡Tú, barril de aguardiente! — empezó.

Detúvose asustada. El marido tenía la cara descompuesta, casi desconocido.

— ¿Qué tienes, por el amor del cielo? — preguntóle con el corazón oprimido.

Rzepa adelantóse sin pronunciar una palabra, se dejó caer sobre un banco, con la cabeza baja. La mujer insistió, y arrancándole las palabras de la boca, acabó por conocer la verdad toda.

— ¡Me han vendido!... ¡me han hecho traición!...

La mujer empezó también á quejarse y á llorar con toda su fuerza; el chiquillo en la cuna empezó á berrear, y el perro ante la puerta empezó á aullar y ladrar de una manera tan desconsolada, que todas las mujeres de las cabañas vecinas salieron á sus puertas, con el cucharón en la mano preguntándose unas á otras:

— ¿Qué diablo sucede en casa de Rzepa?

— Será que él le pegará para gritar de esta manera.

Pero la pobre Rzepowa gritaba y se lamentaba porque sus ojos no le verían más; porque la infeliz le amaba sobre todas las cosas de este mundo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

V

La sesión del Consejo comunal de Schafskopf y su digno director

El día siguiente celebró sesión el Consejo comunal. Todos los asesores estaban presentes, excepto los que pertenecían al grupo aristocrático, esto es: los señores, los poderosos y los llamados intelectuales, en virtud y por solidaridad al principio del *non intervento* de la política inglesa, puesto en auge por el gran hombre de estado John Bright.

Sin embargo, no hay que creer que los «intelectuales»

no se enterasen en absoluto de los asuntos comunales; porque cada vez que alguno de ellos se interesaba particularmente en algún asunto que le conviniera, no dejaba su representante, ó sea el señor Skorawiewski, el señor del país, de invitar el día antes de la sesión á nuestro escribano en el gabinete reservado, donde le ofrecían licores y cigarrros, y donde después se entablaba conversación sobre el asunto que interesaba al intelectual. Hasta algunas veces el señor afablemente le decía:

—Zolzikiewickz, no te vayas hoy; comerás un bocado con nosotros.

Así es como nuestro héroe comía con los señores, y al día siguiente, no se descuidaba nunca de decir al alcalde con el tono más natural del mundo:

—Ayer fui invitado á comer por los señores. ¡Hum!... ¡Hay en aquella casa una hija casadera!... ¡y yo comprendo perfectamente el significado!...

Es natural que el señor Zolzikiewickz procurase, una vez sentado á la mesa aristocrática, tener maneras elegantes; comía los numerosos y hasta diría misteriosos platos que eran servidos, de la misma manera que los comían los otros comensales; y no dejaba ni sospechar en manera alguna, cuanto se lisonjeara de aquella intimidad.

Era un hombre de tacto que sabía comportarse en cualquier lugar, y en aquellas importantes circunstancias, jamás se descorazonaba; sino que por el contrario, buscaba entrometerse en las conversaciones, entre las cuales tenía siempre mucho cuidado en nombrar el bravo comisario, ó el *excelente Prefecto*, con los cuales el día antes, ó la semana anterior á lo más, había tenido una importante conversación.

En una palabra: se esforzaba en hacer creer que gozaba de la intimidad de los primeros funcionarios del distrito.

Verdaderamente, no podía menos que notar que, du-

rante su conversación, las damas y los caballeros, con una constancia extraña, miraban el fondo de su plato sin levantar la cabeza pero él pensaba que quizás esto pertenecía al *bon ton*.

Tampoco se asombraba cuando en seguida de terminada la comida, el noble señor, sin esperar que él se despidiese, confidencialmente le daba en la espalda algunos amistosos golpecitos con la mano diciéndole:

—Ya puedes marcharte, Zolzikiewickz. ¡Y que te vaya bien!...

Porque creía que éstos quizás fuesen los modales de la buena sociedad.

No hay que olvidar sin embargo, que cuando el noble señor daba la mano á nuestro escribano en señal de despedida, éste sentía siempre en aquella mano benéfica algún objeto redondo y duro. Entonces encorvaba sus dedos, y recibía en la palma de la mano aquella cosa redonda, no olvidando jamás, y es natural, de decir:

—¡Pero que, señor! Vos me confundís... no era necesario... Podiais estar muy seguro de que todo hubiera también ido conforme á vuestros deseos...

Con una administración tan enérgica y con aquel nativo ingenio de Zolzikiewickz, las condiciones del municipio no hubieran podido hacer más que prosperar; pero desgraciadamente el escribano ponía todo su talento al servicio de la administración en algunos casos particulares, mientras que en las demás circunstancias, que no tenían ninguna relación con el objeto redondo y duro, dejaba desembrollarse los asuntos del consejo comunal, quedando pasivo espectador de las perplejidades, que no eran pocas, de los pobres asesores.

De la aristocracia, ó mejor dicho, de la clase superior, solo uno en un principio asistía á las sesiones. Era este el asesor Flors, un gran arrendador de bienes rústicos, con-

vencido de que hasta los intelectuales debían tomar parte en las discusiones; pero de esta manera se había hecho mal ver de los dos partidos. Los aristocráticos sostenían que él era un «rojo» y que su nombre alemán lo probaba. De la misma manera los campesinos, en un sentido democrático, eran también del parecer de que á un «señor» como es debido, no le estaba bien sentarse entre aldeanos en un banco, y que la verdad de este democrático razonamiento estaba precisamente demostrado por el hecho de que los demás señores se abstendían en absoluto. En fin, se le echaba en cara el no ser un señor en el verdadero sentido de la palabra, por lo cual le diferenciaban, tanto más cuando hasta el señor Zolzikiewikz le miraba con mal ojo. El señor Flors, jamás se había preocupado en merecer la benevolencia y amistad del poderoso escribano, con algún objeto redondo y duro; sino que, por el contrario, una vez hasta se había permitido en plena sesión, y en su calidad de asesor, el llamar al orden al señor Zolzikiewikz, tratándole como á un sencillo escribano. De esta manera el señor Flors, se había alienado las simpatías del consejo comunal, tanto, que otra vez, y también en plena sesión, tuvo que escuchar la siguiente observación que respeto á él hizo otro asesor.

—El muy ilustre señor Flors no es un verdadero señor parecido á los demás muy ilustres señores poderosos, y, como simple arrendador, se le debe considerar ni más ni menos que cualquier otro industrial!

El señor Flors, al contestar, en vez de responder á la alusión, se contentó con encogerse de hombros, y desde aquel día no puso más sus pies en el consejo; sin embargo, algunos días más tarde se supo que había comprado una pequeña posesión.

El consejo, libre así de la ingerencia de los llamados intelectuales, y abandonado á aquel sano y robusto buen

sentido que distingue á los aldeanos, y finalmente bajo la inteligente dirección del señor escribano, no podía obrar de otra manera que la conforme con el justo y recto proceder, y la discusión á que dió lugar la sesión de hoy, dará una prueba palpable de ello.

Se trataba de discutir una proposición de la Prefectura, la cual pedía al municipio si se conformaba en que á su cargo fuese reparada la carretera vecinal que conducía á la cabeza del distrito, que pasaba por Schafskopf.

Este proyecto disgustaba á la mayoría de los *patres conscripti* reunidos en consejo, y uno de los senadores del lugar hizo observar que, según su juicio, la carretera no debía absolutamente repararse, porque perfectamente se podía ir á la cabeza del partido pasando á través de los campos del señor Skorabiewski. Si este señor hubiese estado presente, quizás hubiera hecho alguna abjeción *pro publico bono*, pero como brillaba por su ausencia honrando el principio del *non intervenio*, de aquí que la idea del sabio senador hubiera sido aprobada por unanimidad si el señor Zolzikiewickz no hubiese estado el día antes á comer con el propietario de los campos en cuestión.

Había contado á la señorita Jadwiga la escena de la ahorcadura de cuatro generales españoles en Madrid, escena que había leído en la novela «Isabel de España», edición del Sr. Breslauer.

Después de comer, al estrechar la mano al señor para despedirse, también sintió en seguida el muy conocido objeto redondo y duro, así es que era más que natural que el señor escribano, en vez de poner á discusión la proposición del asesor, dejase la pluma sobre la mesa, significando con este acto que deseaba tomar la palabra.

—¡El señor escribano quiere decir algo!—exclamaron roncás voces de la asamblea.

—Solamente quería hacerlos observar que sois un puñado de imbéciles,—respondió el escribano sin descomponerse.

Fué tal la potencia de este discurso, verdaderamente parlamentario, y tan eficaz en su concisión, que tras aquel epíteto que significaba una protesta contra lo que hacía la asamblea administrativa, sus miembros se miraron á la cara unos á otros llenos de angustia, y empezaron á rasarse el noble órgano del pensamiento, lo que en aquel cuerpo legislativo era indudable señal de la profunda penetración con que se consideraba el objeto.

Tras un largo silencio, uno de los representantes, osó elevar la voz, y preguntó:

—¿Y por qué?

—¡Por qué todos sois imbéciles!...—repitió fanáticamente el escribano.

—Debera ser así cuando él lo dice,—dijo otra voz.

—Un campo, siempre es un campo,—observó otra.

—En primavera lo riegan y por esto el tránsito es difícil,—añadió una tercera voz.

Así fué como la idea de continuar haciendo servir de carretera los campos del señor Skorabiezwski fué abandonada; y adoptada por mayoría de votos la proposición de la Prefectura, se pasó en seguida al reparto de los impuestos para los gastos de reparación á su cargo.

El sentimiento de lo justo estaba tan profundamente

arraigado en la capacidad intelectual del cuerpo legislativo de Schafskopf, que á ninguno de sus miembros se le ocurrió sustraerse á la cuota que le pertenecía, á escepción del señor Alcalde y del asesor Gamula, los cuales, sin embargo, cargaron con el cuidado de vigilar los trabajos y la responsabilidad de la ejecución. Pero debe confesarse, á pesar de todo, que tan generoso sacrificio por punto del alcalde y del asesor, como todas las virtudes que se salen del círculo habitual, suscitó en cierto modo la envidia de los demás asesores, y una voz llegó á alzarse para protestar.

—¿Por qué vosotros dos no pagáis?

—Porque sería dinero perdido, toda vez que los gastos están ya cubiertos con el reparto de los impuestos que se ha hecho,—contestó en seguida Gamula.

Era este un argumento, al cual el sano criterio del municipio de Schafskopf no podía hallar respuesta. La protestadora voz calló por un instante; pero poco después, á consecuencia, como se comprenderá, de maduras reflexiones, resonó de nuevo; pero esta vez en tono de profunda persuasión.

—¡Vaya, que soy un estúpido! ¡Tenéis perfectamente razón!

El negocio quedaba así zanjado, y sin más se hubiera pasado á otras importantes discusiones, si la imprevista é inesperada entrada de dos tocinos en el salón concejil no hubiese producido una revolución en él.

Los intrusos cerdos se precipitaron en la estancia como endemoniados, por la puerta abierta, y sin respeto alguno á la magestad del lugar, empezaron á correr locamente entre las piernas de los consejeros, gruñendo indignamente. Las deliberaciones fueron naturalmente suspendidas y todo el cuerpo concejil se dió á la caza de los intrusos, y cada uno de los miembros desplegó en tal faena su reco-

nocida habilidad, emitiendo sus acostumbrados gritos con raro y fecundo acuerdo.

Los animales entretanto se habían escondido entre las piernas del señor Zolzikiewickz, ensuciándole otros pantalones de color de nuez, con cierta materia de un color verdoso, que el infeliz escribano no pudo quitar ya más, á pesar de que más tarde consumió para tal objeto una pastilla entera de jabón de glicerina, y echase á perder su cepillo para los dientes.

Finalmente gracias á la constancia y á la energía que también esta vez, como siempre no abandonaron á los representantes de los vecinos de Schafskopf, los dos cochinos fueron recogidos por las patas posteriores, y á pesar de su viva y rumbera protesta, fueron echados fuera del salón.

Llevada á cabo la empresa, volvieron los consejeros á sus puestos, porque desde aquel momento la asamblea debía cambiarse en tribunal, del cual el alcalde era elevado al grado de juez. En efecto, en la orden del día, se hallaba el caso jurídico de un aldeano, llamado Srod, que se querellaba contra el señor Flors, citado anteriormente. Acaeció que un par de bueyes, pertenecientes al querellante Sroda, durante la noche se hallaron paciendo en un campo de tréboles del señor Flors, y que á la mañana siguiente los dos animales, hinchados como tambores, reventaron, abandonando este valle de lágrimas y disgustos por un mundo de bueyes mucho mejor.

El desesperado Sroda, pedía al honorable consejo justicia y reparación, y entrando en el fondo de la cuestión, con convincentes argumentos sostuvo que si bien él, Sroda, llevó por su propia mano los bueyes al campo del señor Flors, para que pacieran, ello no era óbice para que, si en aquel campo, en lugar del trébol venenoso, se hubiera sembrado, por ejemplo, avena ó trigo, á la hora

presente los bueyes gozarían de una excelente y envidiable salud, y no hubiera ocurrido el triste caso de «timpanitis» que los había hecho reventar.

Ante esta sencilla, serena y lógica argumentación, el severo tribunal sentenció que la causa de la muerte de los bueyes, de ninguna manera debía acumularse á Sroda, sino al señor Flors, por lo cual éste debía resarcir á aquel del valor de los animales, y pagar, á título de multa, cinco rublos de plata á la caja comunal por los gastos de cancelería.

La suma que debía abonarse, al querellante, liquidada aparte, debía ser pagada, salvo compensación, si á ella no se prestaba el querellante, por su arrendador Izih Iwainac.

Tras ésta, fueron juzgadas otras causas civiles, las cuales, no interesando, naturalmente, ni de cerca ni de lejos al señor escribano, las dejaba sencillamente juzgar por el sano y justo criterio de los consejeros de Schafskopf. Así, gracias al principio inglés de la no intervención, y á la neutralidad rigurosamente observada por los llamados «intelectuales» el acuerdo entre los miembros del consejo no era turbado más que muy raramente, y hasta en estos casos raros, no se trataba más que de simples observaciones secundarias que las partes querellantes y los mismos

consejeros se hacían recíprocamente, augurándose la peste y los bubones; mandándose al diablo mutuamente, ú otras parecidas gentilezas.

Así pues, gracias al inapreciable principio del *non intervento*, todas las cuestiones de conflicto podían resolverse de manera que tanto las partes perjudicadas como las gananciosas, debían siempre pagar un proporcional, y á veces fuerte suma, para los gastos de cancillería. Debe añadirse que este sistema, que crea una independencia deseable en todas las instituciones comunales, y que pone á cubierto el señor alcalde y al escribano, podía hasta servir para curar la gente de su manía de querrellarse, y de ésta manera llevar la moralidad del vecindario de Schafskopf á un grado de perfección jamás soñado por los filósofos del siglo XIX.

Es también digno de notarse, y hasta en esto nos abstendremos de dar nuestro voto ni en pró ni en contra, que el Sr. Zolzikiewikz tenía mucho cuidado en poner en el registro, solamente la mitad de las multas destinadas á gastos de secretaría: la otra mitad era para *los casos imprevisos* en que podían hallarse el escribano, el alcalde y Gamula.

Finalmente: concluida la parte civil, el ilustre Consejo entró en la parte penal. En consecuencia, dió orden al sargento de la bailía de que condujera los detenidos, y los colocara ante el tribunal.

Creo inútil advertir que en el municipio de Schafskopf había sido introducido, para las cárceles, el nuevo sistema que reclama la civilización, ó sea el celular; pero como quiera que algún espíritu mal intencionado podría dudar de ello, añado que aún hoy enalquiera puede persuadirse de ello, visitando la porqueriza del señor alcalde, donde podrá contar no menos de cuatro tabiques, que precisamente vienen á constituir cuatro celdas.

Los detenidos estaban así en compañía de animales, de los cuales la zoología hecha para uso de la infancia, dice: «el puerco,» «un animal que por su suciedad es llamado así, etc,» ó sea en compañía de quién no pudiera impedirles reflexionar sobre sus delitos, y por consiguiente, hacer firmes propósitos de enmienda para el porvenir.

Sin pérdida de tiempo fué el sargento á la celular, no dos, sinó precisamente un par de malhechores, y los condujo á la presencia de los jueces. Vea el lector que caso tan profundamente filosófico é intrincado y de qué naturaleza tan delicado, debía desembrollar el tribunal del lugar.

Tratábase de un hecho pasional. Cierta Romeo, llamada vulgarmente Wach Rechino, y cierta Julieta, llamada verdaderamente Baska Zabia, servían juntos en una factoría, como á criado y á criada. No podemos negar que se amaban y que no podían vivir el uno sin la otra, y viceversa, precisamente igual que el héroe y la heroína de la tragedia de Shakespeare, pero con alguna variante. Los celos se habían entrometido entre Romeo y Julieta, porque esta última cierta vez notó que Romeo se hallaba en coloquio íntimo con Jaga, la muchacha. Desde aquel momento, la infeliz Julieta juró vengarse y aguardó la ocasión para hacerlo. Un día, Romeo volvió del campo demasiado temprano, á lo menos esta era la opinión de Julieta, y pidió de comer con malos modos. Naturalmente: esto causó la explosión y las consiguientes recíprocas explicaciones, ó sea el cambio mútuo de una docena de puñetazos y golpes de cucharón. Las naturales consecuencias de estas explicaciones, fueron una docena de manchas azuladas en el rostro ideal de Julieta, y otras tantas en la frente espaciosa y en el rostro viril y severo de Romeo.

Precisamente, el tribunal debía saber de qué parte estaba la razón y de qué parte la culpa, quién fué la causa

primordial de las explicaciones, etc., y después condenar una de las partes á resarcir á la otra del pago de cinco florines polacos.

El sano criterio del señor Alcalde, aún no había sufrido la hipertrofia que trae el corruptor soplo de occidente; se aterrorizaba ante la idea de la emancipación de la mujer, que contrasta con las idílicas afecciones de los esclavos. Dió, pues, la preferencia á Romeo, que, una vez tuvo el primero la palabra, después de haber llevado una mano á la maculada frente, comenzó:

—Ilustrísimo tribunal. Esta perra hace ya mucho tiempo que no me deja en paz. Al volver aquel día á casa, como es mi derecho, pedí la cena, y ella en vez de dármele se me echó encima diciéndome: ¡Animal! ¡El amo aún no ha vuelto del campo, y tú estás ya en casal ¿Es que vienes temprano para tener tiempo de arreglarme los cuernos? Yo verdaderamente no la he engañado jamás; pero desde el día en que me vió ayudar á Jaga á subir el cubo del pozo, no me dejaba un momento. En fin; después de haberme dicho aquellas palabras, cogió el cucharón que estaba dentro de la olla, y echando comida por todas partes, empezó á golpearme sin piedad diciéndome: Judío, perro y hasta *libertino* (1).

A la palabra «libertino», no pude más, y arrastrado por la cólera, le cerré la boca con el puño, á lo cual ella respondió con un golpe de cucharón en la frente, y así sucesivamente...

La ideal Julieta, que le escuchaba, no pudo contenerse más; cerró el puño, y después de haberlo puesto bajo la nariz de Romeo, exclamó con voz de gallo asustado:

—¡Embustero! ¡todo es mentira!... ¡Tú estás ladrando como un perro rabioso!

Después su oprimido corazón, aligeróse en un copioso

(1) Libertino.

efluvio de lágrimas, y volviéndose hácia los jueces, añadió:

—¡Ilustrísimo tribunal! ¡Ay de mí, huérfana infelicitísima!... ¡Dios mío!... No en el pozo le he visto con Jaga, nó: ¡en otro lugar más escondido cuyo nombre no me atrevo á pronunciar!... ¡Así cegaran ambos!...

—¡Tú, ingrato, cuántas veces me has dicho que me amabas, y que por amor hubieras querido devorarme viva!... ¡Así reventaras!... Tiene una lengua que encanta y vá como un remolino!... Yo no le pegué con el eucharón, nó: fué con el mango. El sol aún estaba alto, y él había ya venido y quería comer. Cortésmente y con bondad, le dije: «Animalito»: ¡gel amo está aón en el campo, y tú ya has vuelto? pero *libertino*, no lo dije; cierto como que Dios me oye. Que el diablo...

Aquí el señor alcalde llamó la acuada al orden, diciéndole:

—¿Quieres acabar de charlar, bruja?

Sucedió un breve silencio. Los consejeros reflexionaban sobre el caso jurídico que se les presentaba, y finalmente juzgaron que ninguna de las dos partes debía pagar los cinco florines polacos á la otra, sino que el tribunal, tanto para conservar la propia autoridad como para que sirviera de aviso á las demás parejas amorosas de Schafskopf, condenaba á los acusados á una segunda detención de 24 horas en el celular, y á una multa común de dos rublos de plata para la cancillería. Ya se comprenderá, sin que deba recordarlo yo, que el señor Zolzikiewikz consignó en el registro solo un rublo.

La sesión había sido levantada, y los consejeros habían ya tomado sus sombreros y bastones, ó sus palos para irse, cuando la puerta de la sala, que después de la invasión de los dos tocinos se había tenido buen cuidado de que estuvierra cerrada, abrióse para dejar paso á Rzepa, con

el rostro obscuro como la noche, seguido de su mujer y acompañado de Raberl. La pobre mujer estaba pálida como una muerta, y los delicados rayos de su fisonomía expresaban la angustia y el descorazonamiento, y en sus ojos negros temblaban aún las lágrimas.

Rzepa había entrado con la cabeza erguida; pero apenas hubo echado una mirada sobre los consejeros reunidos, perdió una buena parte de su valor, y con voz casi humilde, dijo:

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Para siempre!—respondieron los consejeros en coro.

—¿Qué queréis vosotros?—preguntó con severidad el señor alcalde, que á la entrada de los dos aldeanos se había estremecido; pero que había recobrado en seguida su sangre fría.—¿Tenéis que reclamar algo? Os ha pegado alguien, se os ha hecho algo parecido?

Contra todo lo que era de esperar, el escribano mezclóse en el asunto interrumpiendo:

—Dejadle hablar.

—Ilustrísimo tribunal,—empezó Rzepa. Reverendo...

—¡Calla! ¡silencio!—interrumpióle en seguida la mujer. ¡Déjame hablar á mí! tú no eres capaz de decir dos palabras como Dios manda.

Dicho esto, con el delantal enjugóse los ojos y la nariz, y con voz balbuciente empezó á explicar el asunto. ¡Ah! ¡la pobre!... Se quejaba del alcalde y del escribano ante el escribano y el alcalde...

—Estos te han calentado la cabeza,—decía la pobre mujer,—le han prometido un pedazo de bosque, con la condición de que firmase, y ha firmado. Le han dado quince rublos; pero mi hombre estaba borracho, y no podía suponer ni de lejos que así se había vendido á sí mismo, y había vendido á su mujer y á su hijo!.... ¡Estaba borracho!....

¡Ilustrísimo tribunal!... ¡Borracho como un cochino!... Después con voz entrecortada por los sollozos, continuó: un borracho no sabe lo que se hace, y conste, ilustrísimo tribunal, que cuando se juzga á un borracho, se le trata siempre con indulgencia, porque no sabía lo que se hacía. ¡Dios misericordioso!... Un hombre sereno no vende, ni puede vender su suerte ni la de los suyos por quince rublos! ¡Tened compasión; tened misericordia conmigo, con él, con el inocente niño!... ¿Qué haré yo sola en este mundo, sola, pobre infeliz, con un niño de un año y sin mi pobre hombre? ¡Oh!... Dios os hará felices, sabrá recompenaros lo que haréis para nosotros!...

Aquí los sollozos, que se habían hecho violentos, le impidieron continuar. Rzepa lloraba también, y á cada momento se secaba los ojos y la nariz con los dedos.

Los consejeros se volvían á un lado y á otro; se miraban unos á otros; miraban al alcalde y al escribano; no sabían verdaderamente qué hacer.

Entretanto, la Rzepowa, que se había calmado un poco, empezó otra vez:

—Mi pobre hombre no sabe ya donde tiene la cabeza, y dá vueltas como un embrujado. Yo, dice, te mato á tí; extermino al pequeño; pego fuego á la cabaña; pero soldado, no lo soy; no quiero serlo. El hombre habla así porque está desesperado, y yo, pobre; ¿qué culpa tengo; qué culpa tiene el niño? Y entretanto, ya no se ocupa ni de los campos, ni de ir al trabajo al bosque. Se está todo el día sentado ante la cabaña con la cabeza baja, suspirando y quejándose; pero yo aguardaba este día: vosotros que tenéis el santo nombre de Dios en los labios y en el corazón, seguramente no permitiréis tan triste injusticia. ¡Jesús Nazareno! ¡Madre de Dios! ¡Nuestra Señora de Czenstochan!... ¡Socorrednos!...

Durante un corto tiempo, no se oyeron más que los

zollozos de la mujer; después finalmente un anciano asesor murmuró:

—Es una cosa abominable emborrachar á un hombre para venderlo de este modo.

—Sí; es abominable,—dijo otra voz.

—¡Dios y la Madre de los siete Dolores os bendigan,—exclamó la Rzepowa, arrodillándose en el umbral de la puerta, y juntando las manos como para orar.

El alcalde parecía un poco avergonzado y el asesor Gamula parecía no menos envilecido; ambos tenían la mirada fija en el escribano. Este callaba; pero cuando la mujer se hubo levantado, dirigiéndose á los asesores que se habían atrevido á murmurar, dijo con su acostumbrada concisión:

—¡Sois unos estúpidos!

Siguió un tan profundo silencio, que se hubiera podido oír el paso de una mosca: finalmente el señor Zolzikiewickz lo rompió continuando:

—Está escrito clara y distintamente en los códigos, que aquellos los cuales se mezclan y se entrometen en un contrato que haya sido hecho por los contrayentes por su propia y libre voluntad, deberán ser juzgados por un tribunal marítimo; ¿sabéis vosotros, estúpidos! Un tribunal marítimo, es...

Aquí sacóse el pañuelo del bolsillo, y después de ha-

berse sonado, con voz tranquila y en tono burocrático, continuó:

—Si un bobo cualquiera quisiese saber lo que significa tribunal marítimo, sería como si pusiera la nariz en un montón de espinas. Cuando un individuo se hace soldado, por su propia y espontánea voluntad, Dios os libre de poner una sola palabra en medio. El acto ha sido firmada en toda regla y en perfectoo acuerdo; ¡topos! Esto está escrito en la Jurisprudencia, y si no lo creéis, anulad el procedimiento! ¿Y si estaba borracho; qué importa? ¡Borricos! ¿no os emborracháis quizás vosotros siempre y en todas partes?

Si la Justicia misma hubiese aparecido de improviso en aquel momento, teniendo en una mano la balanza y en la otra la espada desenvainada, ante los jueces, no les hubiera asustado tanto como el oír á nuestro escribano con su tribunal marítimo, la jurisprudencia y el procedimiento. A esto siguió un angustioso silencio, y sólo hasta después de un momento bastante largo, Gamula levantóse para hablar, atrayendo hacia sí las miradas de todos los demás, maravillados de su valentía.

—¡Esto es verdad!—empezó en voz baja.—Uno vende un caballo, y se emborracha; otro vende un buey ó un tocino, ó un asno, y se lo bebe todo. Esto es sencillamente un uso y una costumbre.

—Todos nosotros bebemos y nos emborrachamos por costumbre ya antigua,—observó el alcalde.

Los consejeros empezaron á cobrar un poco de ánimo, y uno de los más audaces, volvióse hacia Rzepa diciendo:

—¡Tú que hiciste la torta, cómetela!

—Y además,—añadió otro,—tú ya no tienes siete años, y debías saber lo que te hacías.

—En fin, que no por eso te cortarán la cabeza.

—Y te llamarán, y deberás marcharte. Toma para tu casa un criado; él podrá suplirte tanto en los trabajos del campo como para con tu mujer.

Una explosión de carcajadas se esparció por la sala. Pero de improviso el escribano abrió de nuevo la boca, y reinó un silencio religioso.

—Vosotros ignoráis en qué debéis mezclaros, y en qué debéis absteneros de hacerlo,—dijo nuestro héroe con voz persuasiva.—Refiriéndonos á esto, como quiera que Rzepa ha amenazado á su mujer y á su hijo y ha dicho que quería pegar fuego á la cabaña, tenéis el derecho de ocuparos de ello, y de demostrar que en Schafskopf no se amenaza impunemente, y como quiera que la Rzepowa evidentemente se ha constituido en parte querrelanta, no debe abandonar este local sin que antes se le haya hecho justicia.

—¡No es cierto!... ¡no es cierto!...—exclamó la pobre mujer desesperada.—Yo no me he querellado; yo no he recibido ningún mal de parte de mi pobre hombre!... ¡Oh, Jesús, por tus santas llagas!... ¡Pero esto es el fin del mundo!...

Pero el tribunal se reunió de nuevo en consejo, y el resultado inmediato fué que la pareja Rzepa no solo no obtuvo nada, sino que, por el contrario, la alta Cámara, preocupándose por la seguridad personal de la Rzepowa, decidió encarcelar al marido por dos días, en el establo de los tocinos. Además; para que en el porvenir tan deplorables propósitos no le volvieran á pasar por la cabeza, le fué infligida la multa de dos rublos y quince kopecks por los gastos de cancelería.

Kzepa, en vez de mostrarse reconocido por tan pequeña condena, se puso á gritar que no le encerrarían en la porqueriza. Respecto á la multa, echó por el suelo, á los pies del alcalde, no dos rublos, sino los quince rublos que había recibido en la taberna, gritando:

—¡Que los coja quien quiera!...

En la sala se desarrolló un escándalo indescriptible para pescar los rublos que rodaban bajo los bancos. El sargento quería arrastrar á Rzepa á la cárcel, pero éste le dió un puñetazo en la nariz y aquel le cogió por los cabellos. La Rzepowa chillaba á más no poder, de manera que uno de los asesores tuvo que cogerla por las trenzas y arrastrarla hasta fuera de la puerta, no sin gratificarla antes con algunos puñetazos en la espalda. Los demás ilustres asesores, que ya habían terminado la caza de los rublos, prestaron ayuda al sargento, y el pobre Rzepa, cogido por los cabellos, fué arrastrado penosamente hasta el establo, donde fué echado y encerrado.

El escribano, entre tanto, con toda calma, había anotado en el registro: «De Rzepa, por gastos de cancelería, un rublo y 25 kopecks.»

La Rzepowa, como una loca, sin ver nada á su alrededor, y tropezando con cuantos guijarros hallaba á su paso, dirigióse hacia su desierta cabaña. Al estar cerca su casa, levantó las manos al cielo y se puso á llorar desesperadamente.

Entre tanto el señor alcalde, acompañado de su asistente Gamula, se dirigía lentamente hacia la taberna. El primer magistrado del municipio de Schafskopf tenía buen corazón, así es que no pudo por menos que hacer observar:

—Aquella pobre mujer, me inspira verdaderamente compasión... ¿no es cierto que es un buen bocadito? ¿Que me dices, Gamula?..





VI

Odisea

Me atrevo á esperar que el lector habrá comprendido perfectamente, y por consiguiente admirado, el plan genial de nuestro simpático héroe. El señor Zolzikiewickz había dado á la pareja Rzepa, lo que se llama jaque mate. Poner á Rzepa en la lista de los reclutas, á nada hubiera conducido; pero emborracharlo y engañarlo de manera que por su propio voluntad él firmase y aceptase el dinero, esto era ya otra cosa, y la intriga conducida con tanta astucia era una prueba indiscutible de que su autor hubiera sido capaz, con el concurso de circunstancias favorables, de sostener un papel mucho más importante,

El alcalde, que se hallaba pronto á desembolsar por entero el precio de ochocientos rublos para obtener el cambio de su hijo, aceptó de buenas á primeras el plan, tanto más cuando Zolzikiewikz, tan discreto como genial, no pretendió, para todo el negocio, más que 25 rublos para sí.

Debe tenerse sin embargo en cuenta que el señor Zolzikiewickz no aceptó ésta suma por avidez de dinero, de la misma manera que tampoco por avaricia compartía los productos de la cancillería con Burak, porque es bueno que se sepa que el escribano era deudor de una pequeña suma al sastre Grul que tenía en la capital del distrito una bien provista sastrería, donde podía hallarse lo más puramente parisién.

¿Pero por qué, me preguntarán los lectores, el señor Zolzikiewickz, quería vestir con tanto cuidado y elegancia? Responderé que por un lado, procedía ello naturalmente de su exquisito sentido estético; pero por otra parte, había un motivo de mucha mayor importancia.

El señor Zolzikiewickz amaba; pero no como podría creerse, á la mujer de Rzepa. Para ésta, sentía, según se confesó á sí mismo cierta vez, «sólo un pequeño apetito», y nada más, y era capaz, nuestro héroe, de experimentar muchos más altos y delicados sentimientos. Adivinarán fácilmente, si no los lectores, seguramente las lectoras, que el objeto de tan exquisito sentimiento no podía ser otra mujer más que la señorita Jadwiga Skorabiewski. Más de una vez, cuando la argentada luna, subía en el firmamento, el romántico escribano tomaba el acordeón, que lo tocaba á la perfección; se sentaba sobre la hierba delante de su casita, con los ojos fijos en el vecino palacio de los Skorabiewski, y cantaba en voz baja, acompañado por la voz melancólica y un poco desalentada del instrumento, agujereado por todos partes:

Todo el día en tí pienso, y te amo tanto,
que, lejos de tu lado, me ahoga el llanto;
por la noche suspiro, dulce amor,
y el corazón se muere de dolor.

La voz se esparcía en el poético silencio de la noche estival, y el señor Zolzikiewickz, tras una breve pausa, añadía á guisa de respuesta:

¿Por qué, cruel el corazón me hieres
y la flor juvenil arrancar quieres?

A aquel que, por otra parte, quisiera acusar al señor escribano de exceso de sentimentalismo, le responderé que está perfectamente equivocado. Demasiado sobria la mente de este grande hombre para ser sentimental; sólo que, fantaseando, se imaginaba que la señorita Jadwiga fuese Isabel, y él Serrano ó Marfori.

Pero como quiera que la realidad no puede en manera alguna sustituir á las visiones del sueño, este hombre de hierro algunas veces se vendía por sus propios sentimientos.

Una tarde observó que en el campo, frente al palacio, estaba puesta á secar, colgada de una cuerda, una basquiña señalada con las iniciales J. S. con una corona noble puesta sobre ellas. En seguida se figuró que podía pertenecer á la señorita Jadwiga.

¿Quién hubiera podido resistir tan fuerte tentación?

Zolzikiewickz no resistió; acercóse poco á poco á la basquiña, y la cubrió de besos. Esto fué visto por la camarera Malgossia, la cual directamente se fué á su señor para advertirle de que el escribano se había sonado en la basquiña de la señorita. Por fortuna, nadie la creyó, y así los sentimientos de nuestro héroe no fueron descubiertos.

¿Tenía alguna esperanza? No lo echéis todo á rodar: ¡síl esperabal... Cada vez que le invitaban los señores, una voz interna, aunque débil, le murmuraba dulcemente: «¿Y si hoy la señorita Jadwiga, durante la comida, apretase, bajo la mesa, tu pie?»

—¡Huml... Sacrificaré mis zapatos de charol,—añadía después con la magnanimidad propia de los enamorados.

La lectura del volumen editado por la casa Breslauer, de Varsovia, le habían infundido la creencia de la probabilidad de que su pie podía ser pisado varias veces.

Pero la señorita Jadwiga, por el contrario, no sólo no le pisó el pie en una sola vez, sino que, muy al revés,—¿quién puede comprender á una mujer?—ésta le miraba como se mira á un gato, una cuchara, un ovillo de hilo, ú otra cosa parecida.

El infeliz se martirizaba, puede decirse, para llamar la atención de la joven hacia sí; se ponía corbatas de colores deslumbradores, ó vestía unos pantalones con fabulosas rayas blancas y grises, y entonces pensaba siempre: «Ahora, finalmente, su mirada se posará en mí!» El mismo Grul, su sastre, cada vez que le traía un vestido nuevo, jamás se marchaba sin decirle:

—Con unos calzones como estos, se puede muy bien, y dispense, aspirar al amor de una condesita.

Todo inútil. El llegaba para la comida; la señorita Jadwiga entraba en la sala, orgullosa, inmaculada, como una reina virgen; recogía los pliegues de su vestido, se sentaba á lo mesa; cogía el cubierto con sus deditos afilados, y no

se dignaba gratificar al mísero escribano ni con la mirada menos prometedora.

—¡Pero ésta no comprende cuán cara me cuesta!...—exclamaba entre sí el señor Zolzikiewickz, lleno de desesperación.

Pero no perdía la esperanza.

—¡Si á lo menos pudiera llegar á subinspector!—pensaba.—Estos siempre tienen algo que hacer con los señores. Una vez subinspector, no falta más que un paso para ser inspector, y entonces se tienen caballos y coches, y con toda facilidad puede estrecharse la mano, por debajo de la mesa, de una señorita cualquiera.

El señor Zolzikiewickz pensaba además en otras y más atrevidas consecuencias fuera de los apretones del pie y presiones de manos; pero nosotros, teniendo en cuenta que tales pensamientos constituyen los íntimos secretos del corazón, no queremos revelarlos.

La prueba de que nuestro héroe había sido favorecido con graves dotes naturales, estaba en la facilidad con la cual, al lado del sentimiento del todo ideal para con la señorita Jadwiga, hallaba sitio en él su llamado «apetito» para con la mujer de Rzepa.

Incontestablemente la campesina era una mujer bellísima; pero el don Juan de Schafskopf, seguramente no la hubiera sacrificado tanto tiempo y trabajo, si no le hubiera irritado la extraña repulsión, digna de castigo, que para él demostraba aquella mujer. La obstinada resistencia de una mujer vulgar, de una aldeana... ¿y contra quién? contra él; el escribano, al cual esto le parecía tan extraño, que á sus ojos la Rzepowa adquirió el atractivo de la fruta prohibida, poniéndole en la necesidad de infligirle una merecida lección!

La aventura con Raberl, en fin, no hizo más que refor-

zar su determinación. Sabía que su víctima se defendería, y por ello había ideado el astuto lazo que debía á lo menos aparentemente, poner á su disposición Rzepa, á su mujer y á su hijo.

La Kzepowa, á pesar del jaque recibido, no había perdido todas las esperanzas. El día siguiente al en que fué echada del salón municipal (era un domingo), decidió ir en seguida, después de haber oído misa, según su costumbre, á pedir un consejo al cura de Fürkette. En la capital de la parroquia, había dos sacerdotes: el párroco, el canónigo Ulanowski, que tenía la edad de Matusalen, y al cual por su vejez tan avanzada, los ojos se le saltaban de las órbitas, y su cabeza se tambaleaba con un movimiento rítmico; la Rzepowa decidió, pues, presentarse, no á él, sino al vicario Czjzjk. Era éste un santo varón, lleno de juicio, y podía por ello darla un buen consejo y consolarla.

Verdaderamente, en un principio, quería ir temprano á Fürkette para hablar con el sacerdote antes de la misa; pero debía trabajar por dos porque el marido estaba preso en el establo de los tocinos. Por esto, cuando hubo puesto en orden la cabaña, cambiado la paja á los caballos y dado la comida á los cerdos, dado el heno á la vaca y llevado la comida á su marido en la cárcel, el sol estaba ya muy alto, y calculó que no podría hablar al vicario antes

de la misa. En efecto, las funciones habían ya comenzado á su llegada. Las mujeres vestidas de gris, se sentaban en el suelo, y á toda prisa se ponían los zapatos que hasta allí habían llevado en la mano. Así lo hizo también la Rzepowa, y entró en la iglesia, donde el vicario en aquel momento estaba predicando, mientras que el canónigo, con el bonete en la cabeza, se estaba sentado en un sillón, con los ojos abiertos desmesuradamente y vidriosos, y meneando la cabeza.

El vicario hablaba (no sé á consecuencia de qué) de la herejía medioeval, y explicaba á sus ovejas desde qué punto de vista debían considerarla en frente de la relativa bula papal *Ex stercore*, que por aquel tiempo había dado. Después, lleno de convicción y de grandes preocupaciones, amonestó á los fieles para que, sencillos y pobres de espíritu, no diesen oídos á las falsas teorías y sobre todo á las satánicas insinuaciones de ciertos endemoniados, que siembran la zizaña en lugar del trigo, para recoger lágrimas y pecados. Aquí recordó á Condillac, Voltaire, Rousseau y Ochorowicz, (1) sin hacer distinción alguna entre tales personajes. Por fin pasó á una descripción particularizada de todas las penas á las cuales los condenados están sujetos en el otro mundo.

A la Rzepowa, le parecía que otro espíritu la animase, y á pesar de que no comprendiera nada de lo que decía el vicario, pensaba: «Todo esto debe ser muy bello, porque grita tanto, que está lleno de sudor, y además la gente gime como si fuera á echar el último suspiro.»

Concluido el sermón, empezó la misa. ¡Cómo oró la pobre mujer! En toda su vida había orado tanto, y poco á poco sintió como su corazón se aligeraba siempre más.

(1) Julián Ochorowicz, nacido en 1850: uno de los ~~buenos~~ polacos que trataron profundamente las tesis psicológicas y filosóficas.

Después vino el solemne momento. Deslumbrador, blanco como una paloma, el canónigo había alzado hacia el cielo el Santísimo Sacramento, y volvió hacia los feligreses el cáliz, radiante como el sol, teniéndolo cerca del rostro con sus temblorosas manos. Estuvo en esta posición un instante con los ojos cerrados, la cabeza inclinada, y en profundo recogimiento, hasta que entonó el hosana, al cual hicieron coro todas las voces de los fieles. El canto sagrado repercutió contra la bóveda de la iglesia de manera que hasta los cristales temblaron; el órgano acompañó el canto, y las campanas tocaron majestuosamente. del incensario se alzó un vapor denso y blanco, que, iluminado por los rayos del sol que penetraban á través de los cristales de colores, asumía todos los colores del arco iris. En medio de todo aquel canto, aquel vapor oloroso, aquellos rayos de colores, resplandecía en lo alto el Santísimo Sacramento que el canónigo en aquel momento bajaba y volvía á alzar lenta y majestuosamente. Aquel anciano vestido completamente de blanco, con el cáliz en la mano, parecía una aparición celeste; respirando beatitud, fe en Dios, ánimo, valor...

Aquella faz mística influyó también en el alma de la Rzepowa.

—¡Oh, Jesús que te escondes en el Santísimo Sacramento! ¡Oh, Jesús!—exclamó la infeliz.—¡no abandones á esta pobre mujer que te está rogando!...

Las lágrimas se le saltaron de los ojos; pero esta vez eran lágrimas dulces, no de dolor y rabia que caen á duras penas; sino gruesas como perlas.

Cayó de rodillas ante la Divina Majestad, con la faz inclinada hacia el suelo, insensible á todo cuanto ocurría á su alrededor. Parecía que unos ángeles la levantaban del suelo como una ligera hoja, y la transportaban al cielo de la eterna felicidad, donde no hay ni escribanos ni alcoho-

les, ni reclutas, sino una aurora eterna en medio de la cual está colocado el trono del buen Dios, y una multitud de ángeles de blancas alas.

Así estuvo la pobre mujer por mucho rato, y cuando finalmente se levantó, la misa ya había concluido, la iglesia estaba vacía, las últimas ligeras nubes de incienso volaban alrededor de la nave, mientras el viejo sacristán apagaba las luces.

La Rzepowa dirigióse á la casa parroquial é hizo rogar al vicario que le concediera una entrevista.

Acabada de sentarse á la mesa; pero levantóse en seguida y salió, apenas supo que una llorosa mujer deseaba hablarle.

Era un cura joven aún, de rostro pálido, pero sereno, de frente blanca y ancha, y con una sencilla sonrisa en los labios.

—¿Qué deseáis, buena mujer?—la preguntó afablemente.

La pobre mujer hizo una profunda reverencia, y empezó en seguida á contar sus disgustos, con voz entrecortada por el llanto, y besando varias veces la mano del sacerdote.

Cuando concluyó, alzó humildemente sus ojos negros, y mirando á su interlocutor, exclamó:

—¡Hs venido para pedirnos un consejo, reverendo! ¡aconsejadme, señor vicario!...

—Habéis hecho muy bien en venir á mí,—respondió con dulzura el sacerdote.—Yo no puedo daros más que un consejo. Ofreced vuestras preces al Altísimo. Dios pone á prueba á sus fieles, y muchas veces les envía duras aflicciones como á Job, cuyas dolorosas llagas lamían los perros, ó como á Tobías, que se volvió ciego. Pero Dios sabe lo que se hace, y sabe también recompensar á sus fieles. Considerad la desgracia que ha caído sobre vuestro

marido, como un castigo del cielo por el grave delito de emborracharse, y dad gracias á Dios de que con aquel castigo terrenal, quizás le ha perdonado todas sus culpas para la vida futura.

La infeliz mujer miró por un momento, con sus ojos negros, al sacerdote, después, tras hacerle una profunda inclinación, marchóse ligeramente sin pronunciar una palabra.

Sólo cuando se halló en el camino de retorno, sintió apimírsele el pecho por el dolor, quiso llorar, pero sus ojos no tuvieron lágrimas...

Eran cerca de las cinco de la tarde, cuando, por la carretera real, á lo lejos, entre las eras y las cabañas, se veía una sombrilla azul, un ancho sombrero de paja con lazos azules, y un rico vestido color avellana, también adornado de azul. Era la señorita Jadwiga que daba su paseo de la tarde acompañada de su primo Victorio. La noble señorita era una bella muchacha, de aquellas que se dice que tienen los cabellos negros, ojos azules como el cielo, blancura de leche, y además de esto, una *toilette* excepcionalmente graciosa, hasta elegante, la cual, además de hacer resaltar la esbelta estatura, acrecentaba el encanto que irradiaba de toda su persona. Con una mano sostenía la sombrilla, y con la otra recogía el vuelo de su vestido, cuya puntillada orilla dejaba ver unas blancas enaguas y un

par de graciosos piecitos calzados con zapatitos á la húngara.

El señor Victorio, que la acompañaba, era un joven lleno de vida, robusto, con los rizados cabellos de color claro, y un bigote apenas visible. Salud, juventud, alegría y felicidad, irradiaban de aquella pareja de jóvenes apenas entrados en la edad feliz en que la vida corre por un mundo de dorados sueños.

Entre aquellas cabañas grises, en medio de aquellos chiquillos de la aldea, aquellos campesinos, y aquel contorno rústico, se hubiera creído que aquellas dos criaturas habían entonces bajado de otro planeta. Porque, verdaderamente, entre aquella soberbia pareja, altamente poética, y la prosáica vida campesina, saturada de gris realidad, medio animal, no habían parangón posible, ni por el lado físico ni por el lado espiritual.

Paseando, hablaban de poesía, de literatura, y aquellos pobres mortales de la tosca chaqueta de lana, aquellos campesinos y sus mujeres, no podían comprender su lenguaje.

En la conversación de aquella pareja admirable, se pasaba de una poesía á la otra, de un libro á otro, como la mariposa que revolotea de flor en flor. Pero una conversación parecida, no es ni sosa ni corriente, cuando la sostienen dos almas vecinas, dos almas gemelas: entonces tal conversación no es más que la envoltura que cubre la áurea flor de los íntimos pensamientos y los sentimientos íntimos; es un verde botón de rosa que en su interior esconde los encendidos pétalos. Por el contrario, en la taberna, la plebe bebe, se emborracha, charla prosáicamente de asuntos prosáicos, mientras que nuestra pareja navega por otro mundo, en un buque que, como la canción de Gounod, tiene:

De blanco marfil los palos,
de seda rosa las velas,
de oro brillante el timón.

Además, es necesario decir que la señorita Jadwiga, quizás para ejercitarse, trataba de trastocar la cabeza de su primo, y se comprende que en tales condiciones, se habla gustosamente sobre poesía:

—Señorita: ¿habéis leído la última obra de Ely (1)—preguntó el caballero.

—Debo decirlo, señor Victorio,—respondió la señorita,—que Ely es mi punto débil. Cuando le leo, me parece oír la música de las esferas celestes, y sin querer pienso en los versos de Ujejski: (2)

Vagando por las nubes
hundido en el silencio,
miedo y tristezas huyen,
ni se oye el respirar.
El aire es perfumado;
el mar lejano brilla,
estrecha á otra mi mano,
creo al cielo volar.

(1) Adam Aszyk, uno de los mejores líricos modernos, nacido en 1838. Escribe bajo el pseudónimo de El...y. Conquistó fama con la novela humorística «La Señorita Leocadia». Son admiradas sus líricas que unen á una forma espléndida una ironía finísima.

(2) Kornelio Ujejski, nació el 1823. Bajo ciertos aspectos pertenece á la escuela poética antigua. Sus últimas producciones líricas en especial, sienten la influencia de Julio Slowaki, que conoció en París el 1847: Sus mejores obras son «Maraton», aún cuando recuerda demasiado á Lord Byron, y «Cantos de Salomón».

—¡Ah!—exclamó la doncella interrumpiéndose repentinamente.—Si le conociera, seguramente me enamoraría de él. ¡Nuestras almas se comprenderían, estoy segura de ello!...

—¡Afortunadamente es casado!—respondió secamente Victorio.

—¿Por qué decís afortunadamente?

—Afortunadamente para aquellos que de otra manera no podrían hallar bello este mundo.

Estas palabras las pronunció el joven con tono trágico, y con un movimiento expresivo.

—¡Me aduláis!

—¡Sois un ángel!—repuso Victorio pasando á lo lírico.

—¡Oh, por mi parte!... Pero hablemos de otra cosa. ¿Con qué os gusta Ely?

—Hace un momento que me parece odiarlo.

—¡Pero qué caprichoso sois! Hacedme el favor de no fruncir las cejas, y decidme cual es vuestro poeta favorito.

—Sowinski, (3)—murmuró entristecido nuevamente Victorio.

—A mí me dá miedo. Ironía, sangre, fuego... conceptos salvajes...

—¡Todo esto á mí no me dá miedo alguno!...

El señor Victorio pronunció estas palabras de una manera tan terrible y con una mirada tan belicosa, que un pobre perro que en aquel momento salía de una cabaña, retrocedió con el rabo entre las piernas.

Entre tanto habían llegado á una casita de ladrillo, des-

(3) Leonardo Sowinski, nació en 1831. Perteneció á la escogida multitud de los poetas líricos de la joven generación. En sus sonetos, en sus sátiras, y en la obra «Fuera de la vida», supo unir á lo exquisito de la forma, el fuego de la fantasía. Escribió también obras históricas.

de cuya ventana les espiaba una barba de macho cabrío, una nariz achatada, y una flamante corbata encarnada.

Esta aparición no les hizo acortar el paso, y solo se detuvieron ante otra casita cubierta por las hojas de una vid salvaje, cuyas ventanas miraban por la parte opuesta á un estanque.

—Mirad que casita más graciosa. Es el único sitio poético de Schafskopf.

—¡Verdaderamente!

—En otro tiempo fué una escuela *fröbeliana*, donde los chiquillos venían á jugar y á aprender á leer, mientras sus padres estaban trabajando en el campo. Así papá la hizo construir precisamente á este objeto.

—¿Y ahora?

—Ahora es un depósito de aguardiente.

No continuaron su conversación porque en aquel preciso momento habían llegado frente á una charca en la cual algunos cochinos—«llamados así por su suciedad»—se revolcaban agradablemente.

Para dar vuelta á la charca, la joven pareja tuvo que pasar ante la cabaña de la Rzepowa. En aquel momento, ésta se hallaba sentada sobre un montón de lino delante la puerta, con los codos apoyados sobre las rodillas, y la barba apoyada en ambas manos. El rostro de la pobre mujer se había vuelto pálido, casi mármoleo, sus ojos enrojecidos y velados por las lágrimas, estaban fijos, pendientes en el espacio. Ni menos se dió cuenta de las dos personas que pasaban; pero la señorita, reconociéndola en seguida, la dijo:

—Buenas tardes, Rzepowa.

La campesina levantóse, é hizo una profunda reverencia, mientras las lágrimas, que no pudo contener, caían por sus mejillas.

—¿Qué tenéis?—la preguntó la señorita.

—¡Señores míos! ¡mi buena señorita!... Quizás ha sido el buen Dios quién os ha enviado. Con vuestra intercesión, me salvaré.

La Rzepowa relató de nuevo todas sus penas, besando las manos á la señorita, ó, por mejor decir, los guantes que le manchaba con sus lágrimas. La noble jovencita, estaba confusa; en su lucida faz se pintaba la perplejidad; ni sabía qué hacer, hasta que después de estar indecisa unos momentos, respondió:

—¡Qué consejo puedo daros, buena mujer! Estoy profundamente conmovida ante vuestras penas. Verdaderamente... no sabría qué deciros... Id á ver á papá... Quizás él lo sepa... Conserváos buena, querida...

—¡Dios os bendiga!...—exclamó la aldeana, mientras los dos jóvenes se alejaban.

La señorita Jadwiga se había puesto triste, y hasta el señor Victorio creyó prudente dejar brillar una lágrima en las pestañas. Para ahuyentar la tristeza, empezó entonces á hablar de los pececitos pequeños de la literatura polaca: así es que aquella, poco á poco, animándose con la discusión, acabó por olvidar por completo el «ingrato incidente».

—¿Al palacio?—se decía entretanto la mujer de Rzepowa.—Hubiera ya debido ir. ¡Qué tonta soy!

La terraza del palacio de los señores estaba sombreada por las hojas de una vid trepadora. Caía sobre el gran patio y sobre el amplio camino flanqueado por umbrosas

hayas. En ella, los señores tenían la costumbre de tomar café después de comer, y en aquel momento allí se hallaban en compañía del canónigo Ulanowski, del vicario Czjzjk, y del inspector Stolbicki. El señor Skorabienski, corpulento, encendido de rostro y provisto de un enorme bigote, estaba sentado en un sillón y fumaba su pipa.

La camarera estaba sirviendo el café, mientras el revisor, que era un escéptico, hallaba gusto en bromear con el viejo canónigo.

—Contadnos, pues, señor canónigo, la gran batalla,—decía el inspector.

—¿Eh?—preguntó el canónigo, poniendo la mano como un ala detrás de la oreja.

—De la batalla,—repitió el inspector alzando la voz.

—¡Ah! ¿de la batalla?—replicó el viejo, y comenzó á murmurar como si reflexionase sobre alguna cosa, ó, mejor dicho, á mover los labios y á mirar en lo alto, como buscando aunar sus ideas.

El inspector, empezó en seguida á reir, mientras los demás aguardaban la relación, que habían ya oído un centenar de veces.

—¡Allá vá!—empezó el canónigo.—Entonces yo era aún vicario. Gladz era párroco... sí! Había hecho fortificar la sacristía. De repente, después de haber dicho misa, digo: ¿señor párroco? El contesta: ¿qué? Creo, respondo, que presiento algo. Entonces él dijo: Yo también lo creo que algo vá á suceder. Miramos, y detrás del molino de viento vemos pasar infantería, una bandera y cañones. Yo digo en seguida entre mí mismo: ¿qué será esto que pasa por la otra parte? ¿Son carneros? No eran carneros, era la caballería. Apenas ésta divisó á los otros, gritaron «¡alto!» y los otros también contestaron «¡alto!» Otros caballeros salen en aquel momento del bosque; otros de la derecha; otros de la izquierda, y otros de detrás de ellos. Ahora vá mal

para los primeros, pensé. Empezaron á disparar, y en seguida detrás de las colinas se vió un relámpago. ¿Veis, señor párroco? pregunté, y el párroco respondió: ¡Vaya si veol disparan con los fusiles y los cañones. Algunos van deán el río; los otros quieren impedirlo, y llegan á las manos. Ahora son rechazados los de allá; ahora lo son los de aquí, y por todas partes truenos, fuego y llamas. Después meten mano á las bayonetas; á mí me parece que una de las partes vá á sucumbir. ¡Señor párroco, digo, los otros están á barlovento! El respondió: ¡Sí, están á barlovento!... Apenas había concluido de hablar, cuando los primeros empezaron á correr y los demás, detrás de ellos. Algunos se ahogaron; otros fueron matados; otros prisioneros, y yo pensaba: ¡Estamos al final.. pero nó!... decía, pues...

Aquí el viejo dejó caer los brazos y acurrucándose en el sillón, cayó en una especie de amodorramiento: solo la cabeza se movía aquí y allá como siempre, mientras los ojos parecían saltársele de las órbitas.

El inspector lloraba con tanto reir.

—¡Reverendo!—preguntó.—¿Quiénes eran aquellos que se batían, dónde, cuándo?

—¿Eh?

—¡Yo revientol...—aseveró el inspector.

—¿Me quiere hacer el favor de un cigarro?

—¿Otra taza, señor inspector?

—Gracias. No puedo contener la risa.

Los señores reían también, más por complacer al inspector que por otra cosa, obligados como se veían, á tragarse todos los domingos la relación de la batalla. De todos modos, la alegría era general en la terraza, cuando fué interrumpida de improviso por una voz dolorida que desde fuera decía:

—¡Alabado sea el Señor!

El señor Skorabiewski se levantó en seguida, salió de la terraza, y preguntó:

—¿Quién hay?

—Soy yo, la Rzepowa.

—¿Qué queréis?

La Rzepowa hizo una reverencia, la más profunda que le permitió el peso de su hijo que llevaba en brazos.

—Pediros ayuda, ilustrísimo señor. Recibir un buen consejo...

—¡Pero, mujer! ¿queréis dejarme en paz al menos los domingos?—la interrumpió el señor de una manera como si los demás días de la semana hubiera estado á la disposición de aquella mujer.—Reparad en que tengo huéspedes, y no puedo dejarlos solos por vos.

—Aguardaré...

—Aguardad, pues. Yo no puedo hacerme pedazos.

Y balanceando su gordura, el señor volvió á la terraza, mientras la pobre mujer retrocedió hasta el dintel de la puerta del jardín, donde se detuvo humillada.

Debía aguardar mucho. Los señores charlaban animadamente, y las risotadas llegaban hasta la campesina, la cual, pobrecilla, no tenía ciertamente ganas de reir. Más tarde volvieron el señor Victorio y la señorita Jadwiga, y casi en seguida todos los convidados se retiraron á las habitaciones. A la terraza fué el criado, Jasink y empezó á preparar la mesa para el té. Cambió los manteles, colocó las tazas, y en estas las cucharitas que cayeron dentro tintinando.

La Rzepowa aguardaba aún. Por un momento acudióle la idea de volver á su cabaña y volver al palacio más tarde; pero temió no tener tiempo para ello. Sentóse en la base del dintel, y dió el pecho al niño, que, después de mamar, se durmió; pero su sueño era inquieto; porque desde la mañana el pequeñuelo no estaba bien. La madre

misma, alternativamente sentía frío intenso, y un gran calor, que la hacían estremecer de los pies á la cabeza; pero no hacía caso de ello, y aguardaba pacientemente. Lentamente había oscurecido, y la luna apareció en el horizonte. Una lámpara encendida había sido puesta sobre la mesa preparada para el té; pero los señores no aparecían, porque la señorita tocaba el piano.

La Rzepowa rezó un padre nuestro y un Ave María, y después pensó de qué modo el señor Skorabiewski podría salvarla. La manera y los medios no los conocía claramente, pero sabía que el señor conocía al comisario y al prefecto, y que una palabra de cualquiera de ellos hubiera, con la ayuda de Dios, puesto todas las cosas en su lugar. Además de esto, pensaba que si Zolzikiewickz ó el alcalde se oponían, hubiera sabido encontrar el modo de hacerle justicia.

—El señor Skorabiewski,—pensaba,—siempre ha sido bueno con las pobres gentes, y no querrá abandonarme.

En efecto: era tenido por una persona muy humanitaria.

Recordaba también que el señor siempre había sido bueno para con Rzepa, y que su propia madre había sido la nodriza de la señorita Jadwiga: todo esto reconfortaba su espíritu, y le llenaba el corazón de esperanza.

Entre tanto los señores habían vuelto á la terraza y la Rzepowa, á través de las hojas de la parra, pudo ver á la señorita Jadwiga con la tetera de plata en la mano, sirviendo el té, ó, como solía decir la difunta madre de la aldeana: «un agua que es tan buena, que hace venir el agua á la boca». Después todos bebieron y empezaron á charlar y á reir alegremente. Por la primera vez la campesina pensó que los señores, en este mundo, son más felices que la gente pobre, y, sin saber por qué, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Pero casi al instante este pensamiento dejó paso á otra impresión; porque habiendo un criado en aquel momento llevado un plato humeante, se acordó de que tenía hambre, y de que no había comido nada desde la mañana, en que había bebido únicamente un vaso de leche.

—¡Oh, si me dieran á lo menos un hueso que roer!—dijo entre sí la Rzepowa.

Sabía que le hubieran dado aún algo más; pero no se atrevía á ir á buscarlo por temor de que no importunara á los señores precisamente en un momento en que tenían invitados.

Finalmente la cena concluyó! El inspector salió casi en seguida, y media hora más tarde los dos sacerdotes estaban sentados en el coche del noble.

La Rzepowa vió como el señor ayudó al canónigo á subir al coche; por lo cual juzgó que había llegado el momento oportuno, y se acercó á la terraza. El coche salió, mientras el dueño gritaba al cochero:

—¡Ten cuidado en ir á parar á algún foso, que de otra manera, habrás de entenderte conmigo!

Después miró al cielo, para pronosticar el tiempo que haría el día siguiente, y en la obscuridad distinguió una figura blanca.

—¿Quién vá?—preguntó.

—Yo, la Rzepowa,

—¡Ah! ¡aún sois vos! decidme pronto lo que queréis, que es tarde.

La Rzepowa debió repetir una vez más el relato de sus penas. El señor escuchóla fumando incesantemente, y cuando la mujer hubo concluido, dijo:

—Con mucho gusto os ayudaría si pudiera hacerlo; pero he dado palabra de no mezclarme en los asuntos del municipio.

—Ya lo sé, señor,—dijo la Rzepowa con voz balbucien-

te;—perr he creído que el señor hubiera tomado interés...

Aquí la voz se le ahogó en la garganta por completo.

—Os comprendo perfectamente, y no está mal,—adujo el señor Skorabiewski,—pero qué puedo hacer? Por vos no puedo romper la palabra dada; y mucho menos hablar al prefecto. Dijo ya otra vez que yo le importunaba continuamente por las más pequeñas cuestiones... Tenéis vosotros vuestro alcalde al cual debéis dirigiros, y si vuestro alcalde no os hace justicia, ya sabéis el camino de la prefectura tanto como yo. ¿Qué más puedo deciros? Así es que, id con Dios.

—El Señor os lo pague,—respondió ella con voz sorda, y haciendo una ligera inclinación.

Apenas Rzepa fué sacado del establo de los cerdos, en lugar de dirigirse á su cabaña fuese directamente á la taberna, como todos los aldeanos cuando sufren algún disgusto. Al salir de la taberna, guiado por el mismo pensamiento que guió á su mujer, fuese á ver á los señores, y se portó como un campesino que acaba de beber; es decir; sin saber lo que se hacía. Rzepa insistió, y cuando el señor le expuso el principio inglés del *non interveno*, él, ignorante, de inteligencia obtusa como todas las pobres gentes, no comprendió una sílaba de ello, y hasta se permitió, con la

rusticidad que distingue á la gente mal educada, responder alguna cosa, á consecuencia de lo cual le echaron á la calle. Cuando entró en la cabaña, en seguida dijo á su mujer:

—He ido á ver á los señores.

—Y no habrás obtenido nada.

—¡Merecerían que los tostaran, aquellos perros!—gritó Rzepa dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Calla! Cuando estás encolerizado, no deberías hablar. Dí: qué te han dicho los señores.

—Me dijeron que me dirija al Prefecto. Que él...

—Será necesario ir á la ciudad.

—Iré yo,—dijo el marido.—Quiero demostrar que también puede hacerse sin él.

—Tú no irás, pobre marido mío. Iré yo. Tú serías capaz de emborracharte, y echar á perder las cosas de manera que la desgracia se hiciera quizás mayor.

Rzepa, al principio, quería oponerse; pero después de medio día, volvió á la taberna para emborrachar al gusano que le roía, y lo mismo sucedió al día siguiente.

La pobre mujer no se atrevió á reconvenirle; lo abandonó todo en las manos de Dios, y cuando llegó el jueves, dirigióse con el niño á la ciudad. Como quiera que el caballo se necesitaba para las labores del campo, la Rzepowa salió al romper el alba á pie, esperando hallar por el camino alguna alma caritativa que quisiera cederle un poco de sitio en cualquiera de los carros que conducen mercancías á la ciudad, pero desgraciadamente no halló ninguno. Hacia las nueve, sintiéndose cansada, se sentó en una piedra; comió un pedazo de pan y dos huevos duros que consigo había llevado en el cesto, y siguió el camino. El sol empezaba á quemar cuando se encontró con el lechero de Fhürkette, montado en un carro cargado de

pollos, ánades y otros volátiles, y le rogó que la dejara subir un momento.

—¡Dios mío! querida Rzepowa,—respondió el lechero,—el carro ya vá sobrecargado, y el caballo á duras penas puede arrastrarlo. Pero si me dáis un florín, os dejaré subir.

La campesina recordó que en un ángulo del pañuelo había anudado una sola pieza de seis ochavos, y la ofreció al hebreo; pero éste respondió:

—¿Seis ochavos? si se ven por el suelo no se recojen; guardáoslos, é id á pie.

Fustigó el caballo, y pasó adelante. El sol quemaba cada vez más, y el sudor caía en pequeños arroyos por el rostro de la campesina; pero apretó aún más el paso, y una hora después se hallaba junto á las puertas de la ciudad.

Antes de llegar á la ciudad, debía pasarse por delante de una capilla en la que había una imagen de Nuestra Señora que se creía milagrosa, y en la que los días festivos una verdadera multitud de pordioseros estaban orando y pidiendo limosna. En aquel momento, como quiera que era día laborable, había un solo mendigo sentado en el suelo, cubierto de harapos, y enseñaba á los transeuntes un pie estropeado falto del dedo pulgar.

Cantaba continuamente las letanías; pero apenas veía pasar una persona, cesaba en seguida su canto, y procuraba poner más á la vista el pie estropeado, y con voz lastimera, como si le descuartizaran, gritaba:

—¡Buenos señores! ¡Haced limosna al pobre lisiado!... ¡Dios misericordioso os recompensará!...

La campesina, á la vista del lisiado, sacó por segunda vez la moneda del pañuelo, acercóse y dijo:

—¿Tenéis cinco ochavos que devolverme?

Ella quería darle solo un ochavo; pero el mendigo, que

había visto la moneda en las manos de la mujer, exclamó:

—Veo que os sabe mal sacrificar á Dios seis ochavos, pero ¿no sabéis que en cambio Dios os negará su apoyo? Dadme la moneda, ó de otra manera será mucho peor para vos.

La pobre mujer, resignada, abandonó la moneda entre las manos del mendigo, diciendo:

—¡Así sea: y que el Señor sea siempre alabado!...

Y continuó su camino; pero al llegar á la ciudad, sufrió una especie de desaliento.

Le había sido fácil llegar allí; pero presentía que allí le era más fácil extraviarse. En una aldea, pronto cualquiera puede orientarse, é informarse de dónde habita uno; pero ¡en una ciudad!...

—¡Yo acabaré por perderme como en un bosque!...— pensó la mujer de Rzepa.

No podía hacer más que pedir informes á cuantos pasaban. Halló finalmente la casa del comisario; pero éste había salido: no tan fácilmente halló la prefectura. Finalmente después de haber andado por mucho tiempo vagando por las calles, hallóse de improviso ante un palacio de una grandeza y altura jamás vistos, y junto al edificio una infinidad de coches, carrozas, carretas y hebreos.

—¿Dónde está la Prefectura, por favor?—preguntó la Rzepowa, haciendo una profunda reverencia á un señor completamente vestido de negro.

—Está allí,—respondió el caballero.

Tomó ánimos, y aquella vez entró en el palacio y miró á su alrededor.

Se hallaba en medio de un cruce de largos corredores con innumerables puertas á derecha é izquierda, sobre cada una de las cuales había un cartel impreso.

La mujer hizo la señal de la cruz, y, temblando, abrió poco á poco la primera puerta. Se halló en un amplia sa-

la, dividida por un enrejado, como en la nave de una iglesia. En la parte de allá del enrejado, se hallaba sentado un caballero vestido con un largo frak negro con botones dorados, y con una pluma colocada detrás de la oreja, mientras en la parte de aquí del enrejado; había una apiñada muchedumbre de caballeros de todas cualidades los cuales á medida que pasaban ante el enrejado, dejaban algún dinero, recibiendo en cambio un pedazo de papel en el cual el señor del frak había antes escrito algo.

En aquel momento, la mujer pensó que allí primeramente debía pagarse algo, y se arrepintió de haber dado de mendigo su pieza de seis ochavos. Prudentemente acercóse al enrejado, á pesar de que nadie se cuidaba de ella. La Rzepowa esperó y esperó; pasó más de una hora; la gente entraba y salía, mientras que el reloj, colgado á la pared, melancólicamente proseguía su último tic-tac. Finalmente la sala quedó vacía; el empleado sentóse en una silla y empezó á escribir en un gran libro. Sólo entonces la pobre aldeana se atrevió á abrir la boca.

—¡Alabado sea el Señor!—dijo.

—¿Qué hay?

—¡Ilustrísimo señor Prefecto!...

—Pero aquí es la caja.

—¡Ilustrísimo señor Prefecto!...

—¡Aquí es la caja, repito!...

—¿Y el señor Prefecto?

—¡Allí!—dijo el empleado señalando con la pluma la puerta de salida.

La Rzepowa salió y se halló de nuevo en el corredor. ¿Allí? ¡Bien! Pero, ¿dónde? Allí también había puertas sin número; pero, ¿en cuál de ellas debía entrar?

Finalmente entre la multitud que entraba y salía, distinguió á un aldeano que iba con su palo, y se acercó inmediatamente á él.

—¿Compadre?

—¿Qué queréis?

—¿De qué país sois?

—De Schweinsherd, ¿y qué?

—¿Dónde puedo hallar al señor Prefecto?

—¿Lo sé yo acaso?

Entonces interrogó á un caballero que también tenía botones dorados; pero sin frak, y con los codos del vestido estropeados. Este ni menos le prestó atención, sino que respondió:

—No tengo tiempo que perder.

La Rzepowa entró nuevamente en otra puerta cualquiera, sin saber, la pobre, que en el cartel se hallaba impreso: «Prohibida la entrada á los no pertenecientes á la Administración.» Seguramente ella no pertenecía á la Administración; pero no se había cuidado del cartel. Abrió, pues, la puerta y miró á su alrededor; una sala vacía; bajo la ventana un banco, sobre el cual dormía un individuo. Una segunda puerta abierta, conducía á otra sala donde muchos señores de frak y uniforme iban y venían.

La Rzepowa se acercó al hombre que dormía; no le temía para nada, porque en seguida distinguió que iba vestido pobremente, y que hasta los zapatos que llevaba estaban rotos. Tocóle ligeramente en el hombro, el individuo se levantó, y después de haberse restregado los ojos y ha-

ber mirado á la importuna, con toda la voz de que era capaz, gritó:

—¡Fueal... ¡aquí está prohibido entrar!...

La mujer, atemorizada, enfiló la puerta que se cerró en seguida, tras de sí, y así por la tercera vez se halló en el corredor. Se colocó cerca otra puerta, decidida, esta vez, con una verdadera paciencia de campesino, á no moverse de allí hasta la tarde.

—Bien hallaré por fin alguien que quiera responderme, —pensó.

No lloraba, solamente se fregó los ojos, que le quemaban; sentía una impresión extraña, le parecía que los corredores con todas aquellas puertas volteaban alrededor de su cabeza. La gente continuaba yendo y viniendo, las puertas se abrían y cerraban con estrépito; era, en fin, un vaivén como en una feria. Por fin, Dios tuvo misericordia de ella.

Por la puerta cerca la cual se había colocado, salió un tal Szlachcic que había visto varias veces en misa en la iglesia parroquial; al pasar, éste vió á la mujer y le preguntó:

—¿Por qué estáis aquí? ¿Qué buscáis?

—Quisiera hablar al señor Prefecto.

—Pero esta es la puerta de la Tesorería y no la del Prefecto.

Después, con el dedo le indicó una al fondo del corredor, añadiendo:

—Es aquella, con el cartel verde, ¿veis? Pero no enfréis en este momento porque está muy ocupado, ¿comprendeis? Aguardad aquí, que dentro poco pasará y podréis hablarle.

Szlachcic se alejó y ella le miró con mirada reconocida, como si hubiese sido su ángel tutslar.

Aun tuvo que aguardar por bastante tiempo; finalmen-

te la puerta se abrió; y un militar de aspecto ya no joven, salió enfilando apresuradamente el corredor. Equivocarse no era posible; aquel era el Prefecto en persona, porque á á su paso toda la multitud de solicitantes se abrió en dos alas, y hasta la pobre mujer llegaban las exclamaciones: «¡Ilustrísimo señor Prefecto!» «¡Sólo una palabra, señor Prefecto!...» «¡Honrabilísimo señor Prefecto!» Pero él no paraba atención y marchaba adelante con apresurado paso.

A la Rzepowa se le oscureció la vista.

—¡Dios mío!... ¡protejedme!—dijo en voz baja y echándose de rodillas, con el chiquillo en brazos, en medio del corredor, impidiendo el paso al Prefecto.

Este miró estupefacto á la mujer, y se detuvo, mientras toda la comitiva de solicitantes formaba círculo en torno de ambos.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Serenísimo señor Prefecto...

No pudo continuar. Estaba tan asustada, tan conmovida, que la voz se apagó en su garganta, y su lengua se detuvo como paralizada.

—¡Hablad!

—...¡Oh! ¡oh! ¡en los reclutas!...

—¿Qué? ¿quiere alistarse?—preguntó sonriendo el Prefecto.

Toda la procesión de solicitantes riyó en coro, creyendo con esto hacerse agradables, pero volvióse rápido hacia ellos, diciendo en tono seco:

—¡Silencio!

E impaciente volvió á la mujer, añadiendo:

—Presto, decid. Tengo mucha prisa.

Pero la pobrecilla, á causa de la hilaridad de todos aquellos señores, había perdido la cabeza por completo, y sin saber lo que decir, balbuceó:

—¡Burak! ¡Rzepa! ¡Rzepa! ¡Burak! ¡oh!

—Debe estar ebria,—observó uno de los presentes.

—O quizás se ha dejado la lengua en casa,—añadió un segundo.

—En fin, ¿qué queréis?—repitió el Prefecto, siempre impaciente.—¿Estáis borracha?

—¡Oh, Jesús, María!—exclamó la mujer, la cual sentía escapársele la última tabla de salvación.—¡Ilustrísimo señor Prefecto!...

Este estaba verdaderamente ocupado, que la llegada de los reclamados había empezado ya, y por esto no podía perder mucho tiempo con la mujer. Se encogió de hombros, y exclamó:

—¡Ah, el aguardiente!... ¡el aguardiente!... Y sin embargo es una mujer joven y bella!...

Después, dirigiéndose á la mujer, añadió:

—Cuando se os haya pasado la *turca*, haced una solicitud al alcalde, que ya me la transmitirá.

La mujer hubiese querido esconderse bajo tierra por la vergüenza. El Prefecto, entre tanto, se había alejado rápidamente, seguido del séquito de chacales, que como antes, exclamaban:

—¡Ilustrísimo señor Prefecto!... ¡Una sola palabra, señor Prefecto!... ¡Excelentísimo señor Prefecto!...

El corredor había quedado vacío, y el silencio había sucedido al rumor de los pasos y de las voces, cuando el chiquillo de la Rzepowa empezó á llorar. La madre despertó

como de un sueño, levantóse del suelo, levantó al chiquillo, y automáticamente se puso á mecerlo entre sus brazos, procurando con voz que le parecía extraña, dormirlo:

—Aaaa... Aaaa... Aaaa...

Después abandonó el palacio. El cielo se había nublado por completo; á lo lejos se veía relampaguear con frecuencia; el aire se había hecho pesado.

No quiero tratar de describir lo que pasaba en el corazón de la pobre mujer, cuando por la carretera de Schafskopf pasó nuevamente ante la capilla y el mendigo al cual había dado la moneda. ¡Ah! Si la Srta. Jadwiga se hubiese hallado en su lugar, seguramente hubiera escrito una novela sensacional, con la cual hubiese tratado de demostrar á los más endurecidos positivistas que sobre la tierra aún hay criaturas ideales. Pero para obtener esto, la Srta. Jadwiga hubiera sabido poner en evidencia la más recóndita sensación y hubiera sabido también euponer la desesperada situación de su alma, con eficaces y dramáticas palabras.

Aquel círculo vicioso, aquel profundo sentimiento de su propia impotencia frente la prepotencia; aquella hoja en medio de una tempestad; aquella negra convicción de no poder hallar salvación ni en la tierra ni en el cielo, todo esto sin duda hubiera inspirado á la Srta. Jadwiga un monólogo extravasando estro poético; de aquellos que basta trasladarlos al papel, para conquistar la fama.—¿Pero la Rzepowa?... cuando la gente ordinaria sufre, sufre y basta...

La infeliz campesina sentíase en efecto aniquilada, y absolutamente en poder de la cruda mano de la infelicidad, como un mísero pajarillo entre las garras de un triste gatito. Caminaba mirando fijamente hacia adelante, sin cuidarse del viento que la empujaba ni del sudor que corría por sus mejillas. Solamente cuando el enfermo chi-

quillo abría los labios y respiraba con dificultad, como si fuese á ahogarse de un momento á otro, exclamaba:

—¡Jarko!... ¡hijo mío!...

Y apretaba sus labios maternos en la encendida frente del hijuelo. Entre tanto se había ya alejado mucho de la ciudad, y se hallaba ya en medio del campo, cuando de repente se detuvo porque por el mismo camino venía hacia ella un aldeano beodo. Las nubes en el cielo se volvían cada vez más oscuras y amenazadoras, surcadas á intervalos por los rayos; todo, en fin, hacía presagiar un próximo temporal; pero al campesino, que en aquel momento caminaba hacia la Rzepowa, poco le importaba. Con la chaqueta hinchada por el viento y con el sombrero puesto de lado sobre una oreja, cantaba, pasando alternativamente, siempre tambaleándose, ya hacia la izquierda, ya hacia la derecha de la carretera:

Va la Liseta
siempre en el prado
planta los nabos,
monda los nabos...
¡hu, hu!...

Apenas se dió cuenta de la presencia de la aldeana, se detuvo; abrió los brazos, y exclamó:

Ven, mi Liseta,
ven á mis brazos...

Quiso abrazarla; pero la Rzepowa, asustada, dió un salto, el campesino quiso detenerla; pero, beodo como estaba, perdió el equilibrio y abrazó el santo suelo. Levantóse

de un salto y cogió una piedra que tiró con fuerza contra la mujer, que se había ya alejado de algunos pasos. La Rzepowa sintió un agudo dolor en la cabeza, se le nublaron los ojos, y cayó de rodillas, pero no pensando más que en su hijo, con un supremo esfuerzo se levantó y emprendió la fuga hacia adelante. No se detuvo hasta que hubo llegado á una gran cruz de madera que fianqueaba la carretera, miró hacia atrás y vió al campesino ya muy lejos que caminaba en zig zag hacia la ciudad. En aquel momento sintió un calor particular en el cuello, se tocó con la mano, y vió al retirar los dedos que estaban rojos de sangre. Los ojos volvieron á cubrirse y cayó desvanecida. Sin embargo, casi en seguida volvió en sí, y se acurrucó en el suelo con la espalda apoyada en la cruz.

Después de poco vió una calesa que venía hacia ella, en la cual iba un joven con el ama de llaves de palacio. El joven no conocía á la Rzepowa; pero ésta sabía quién era él por haberle visto todos los domingos en misa; así es que pensó acercarse á la calesa, y rogar al joven en nombre de Dios que tomara á lo menos al niño para salvarlo de la tempestad que estaba para desencadenarse; pero no pudo dar un solo paso. El coche entre tanto se había ido acercando, y el joven, distinguiendo á la mujer apoyada en la cruz, exclamó:

—¡Eh, mujer! ¡aquí tienes siti!...

—¡Dios os...!

El joven era conocido en todos los alrededores como un burlón de marca, se reía de todo y de todos; por consiguiente, después de haber hecho la broma cruel, se había alejado riendo y á trote largo.

Al oído de la desgraciada resonaba aún la risa de los jóvenes, el burlón y el ama de llaves, y hasta vió que la simpática pareja se besaba mientras el coche desaparecía entre la niebla.

La Rzepowa quedó sola otra vez. No sin razón se dice que: «mujer y tortuga no se pueden matar ni á golpes de hacha», y en efecto, tuvo la fuerza de andar aún, á pesar de que las piernas se le doblegaran.

—¿Pero qué mal te ha hecho este pobre pequeñuelo, Dios mío?—repetía la mujer apretando contra su pecho al pequeño enfermito.

Después fué presa de la fiebre, y empezó á murmurar, castañeándole los dientes, y como si soñase:

—La cuna en la cabaña está vacía, y mi tesoro ha ido á la guerra con la carabina.

El viento le arrancó la cofia de la cabeza y su espléndida cabellera voló por todos lados. De improviso, relampagueó vivamente y el rayo cayó tan cerca de sí, que sintió su olor á azufre y tuvo que detenerse un momento. Miró al cielo tempestuoso, encolerizado, sin misericordia, y murmuró:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡protéjemel...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Por respuesta, un relámpago vivísimo, azulado, cayó del cielo sobre la tierra con un trueno espantoso. A intervalos, el viento soplaba con sordo rumor, de manera que los pinos del espeso bosque que la carretera atraviesa, parecían murmurar en aquel momento: «¡Qué será de nosotros, qué será de nosotros!» Después proseguía el silencio, y á la pobre mujer, con la fiebre le parecía oír una voz sarcásti-

ca que salía del fondo del bosque, y ver los espíritus maléficos danzar en corro un baile infernal.

—¡Si á lo menos pudiera salir del bosque!—pensó.—A la otra parte está el molino y la cabaña del molinero.

Reunió el resto de sus fuerzas y apresuró el paso aún más, con la seca boca abierta. Entre tanto el cielo había abierto sus cataratas y el agua empezó á caer á cántaros mezclada con granizo; el viento volvió á soplar con tanta violencia que los árboles se doblegaban; en la terrible obscuridad se oía el ruido de los remos que se desgajaban. El bosque se llenó de vapores flotantes, espesos y húmedos, por lo cual no era ya posible distinguir el camino. La Rzepowa sintió que iba á caer desvanecida.

—¡Socorro!... ¡socorro!...—gritó con voz débil.

Pero nadie podía oírla. Vió que era imposible continuar; quitóse el chal de las espaldas, se quitó el saco de paño y el delantal; se desnudó casi por completo, y con sus vestidos envolvió al niño; lo puso en el suelo bajo un sauce y á su lado se echó ella.

—¡Dio míol!... Toma mi pobre espíritu...—murmuró cerrando los ojos.

La tempestad siguió aún por algún tiempo y, finalmente todo, volvió á la calma. Entretanto había llegado la noche, y las estrellas empezaron á mostrarse á través de las quebradas nubes. Bajo el sauce yacía inmóvil el cuerpo de la Rzepowa.

—¡Arrel ¡hop!—se oyó en las tinieblas de la noche. Y á pocos instantes se oyó el rumor de una carreta que

se acercaba y el chapotear de los pies de un caballo en el agua de las charcas.

Era el hebreo Terschko, quien después de haber vendido los pollos en la ciudad, volvía á su casa. Vió á la Rzepowa cuya camisa blanca resaltaba en la obscuridad, y bajó en seguida de la carreta.





VII

Victoria del génio

Terschko había cojido á la mujer y al chiquillo debajo el árbol y los había acostado en la carreta. A lo largo del camino hallóse con Rzepa, quién, viendo amenazador el tiempo, y preocupado al no ver el retorno de su mujer, se había puesto en camino con su carruaje.

La pobre mujer estuvo toda la noche y el día siguiente en cama con una fiebre violenta; pero al tercer día quiso levantarse porque el niño estaba muy enfermo. Las comadres del lugar se reunieron en la cabaña y rodearon al pobre niño de guirnaldas benditas. La anciana mujer del

herrero, conjuró después el mal colocando una gallina negra bajo el cedazo.

El niño recobró pronto la salud, y lo que entonces más atormentaba á la mujer, era el marido; el cruel, pasaba todo el día y muchas veces la noche, en la taberna. Y, ¡cosa extraña! Cuando la Rzepowa, después del segundo día que había pasado en cama con la fiebre, volvió en sí y pidió el niño, el marido, en lugar de demostrarse cariñoso para con ella, la injurió.

—Has ido todo el día por las calles de la ciudad vagando con el niño enfermo!... ¡Afortunadamente para tí nada grave le ha sucedido, que de otra manera, te aseguro que te hubieras acordado!...

Amargada por esta prueba cruel de ingratitud, la pobre mujer sintió el llanto destrozarle la garganta, y con lágrimas en los ojos sólo pudo pronunciar:

—¡Wawrzon! (1) - en tono de débil reconvención.

El marido levantóse de un salto de la caja en que estaba sentado y estuvo un momento silencioso. Después, con voz alterada y en tono de arrepentimiento dijo:

—¡Maryscka!... ¡perdónamel... Ya veo que te causo pena... ¡perdónamel...

Después empezó á llorar, á gemir y á besar á la infeliz que también lloraba á lágrima viva. En aquel momento sentía no ser digno de aquella mujer. Pero, desgraciadamente, este arrepentimiento y esta creencia duraron poco. Los disgustos, en vez de unir, había separado á aquellos dos seres.

Cuando Rzepa estaba en la cabaña, beodo ó no, ya no dirigía la mirada ni la palabra á la mujer, y se sentaba sobre la caja, mirando obstinadamente al suelo como un lobo enfurecido, pasando en esta posición horas enteras.

(1) Nombre de pila de Rzepa.

Trabajaba como antes pero sin hablar; vivían en fin como si el uno sintiera cólera hacia el otro; de manera que en la cabaña reinaba ahora un silencio sepulcral. Además, ¿por qué debían hablar? Ambos sabían que nada se podía hacer, y que su destino estaba decidido irremisiblemente.

Más tarde, en la mente de Rzepa empezaron á cruzar malos pensamientos. Fué al vicario para confesarse, y éste no quiso absolverle y le ordenó volver al día siguiente; y él, aquel día, en lugar de ir á la iglesia, fué á la taberna. La gente que sabía que continuamente se emborrachaba; que Dios no le había querido ayudar; que el vicario le había negado la absolución, empezó á murmurar que se había vendido al diablo, y por consiguiente á evitar su encuentro; de manera que sobre la pobre cabaña, pendía una especie de maldición.

Todas las malas lenguas se pusieron en movimiento; decía que el alcalde y el escribano habían hecho una buena obra tratando de deshacerse de un hombre parecido que hubiera acabado por atraer sobre el vecindario entero la cólera divina. Hasta de la Rzepowa empezaron las comadres á murmurar. Quiso la casualidad que el pozo de la pobre mujer se secase, por lo cual se vió obligada á hacer uso del pozo comunal, para ir al cual debía pasar delante la taberna. En aquella ocasión pudo oír á algunos truhanes del pueblo que hablaban de ella.

—Mira la mujer del soldado,—dijo uno.

—No es la mujer del soldado,—añadió otro,—sino la mujer del diablo!...

La Rzepowa fingió no oír; pero después de haber recogido el agua, mientras se disponía á volver á su casa, vió que los truhanes hacían la señal de la cruz.

En la puerta de la taberna precisamente se hallaba en aquel momento el hebreo Schmul. Apenas hubo visto á la Pzepowa, quitóse de los labios la pipa de porcelana que le llegaba á la barba y exclamó:

—Rzepowa!

—¿Qué queréis?—preguntó ésta, deteniéndose y dejando el cántaro al suelo.

—¿Habéis ido al consejo municipal?

—Sí.

—Habéis ido á ver al cura?

—Sí.

—¿Habéis visto á los señores?

—Sí.

—¿Habéis visto al Prefecto?

—Sí.

—¿Y no habéis obtenido nada?

La Pzepowa respondió con un suspiro y el hebreo prosiguió:

—¡Ya véis si sois tonta!... ¡No hay mujer más tonta que vos en Schafskopfl! ¿Por qué habéis ido á ver á toda aquella gente?

—Entonces, ¿á quién debía ir á ver?—preguntó la aldeana.

—¿A quién?—respondió Schmul. ¿Dónde está el contrato? En el papel; sin el papel no puede haber acta: se rompe el papel, y entonces... comprenderéis...

—¡Qué listo!—respondió la mujer de Rzepa.—Si hubiese tenido el papel en la mano, ya lo hubiera rasgado quién sabe de cuanto tiempo!

—¡Bahl... ¡como si no supiérais que el papel lo tiene el escribano! Y bien: yo sé que tenéis mucho poder sobre él; él me dijo: «si solamente la Rzepowa viniera á pedírmelo, yo rasgaría en seguida el papel... y ¡basta!»

La Rzepowa no respondió una palabra; cogió su cántaro y encaminóse hacia la vivienda del escribano. Empezaba á obscurecer.





XIII

Fin de todas las desdichas

Brillaban ya las estrellas en el firmamento, cuando la puerta abriose crujendo, y la Pzepowa entró en la cabaña. Quedó como petrificada, porque creía que Rzepa dormiría como de costumbre en la taberna, y, por el contrario, le halló sentado sobre la caja apoyado en la pared, con los puños crispados apoyados sobre las rodillas, y la torva mirada dirigida al suelo. En el hogar ardían unos carbones.

—¿De dónde vienes?—exclamó Rzepa con voz sorda.

En lugar de responder, la mujer se puso á sollozar fuertemente, y cayendo á los pies del marido exclamó:

— ¡Wawrzón! ¡Wawrzón! ¡Por tí, por tí fui á verle!... Se ha ensañado; ha abusado de mí, y después me ha echado. ¡Wawrzón! ¡ten piedad de mí, corazón mío!...

Rzepa sacó un hacha escondida detrás de la caja, y con calma terrible repuso:

— No; tu fin es próximo. Despidete de este mundo, que no le verás más. Tú, pobre mujer, no te sentarás ya más en tu cabaña; ¡reposarás allá!...

La mujer le miró espantada, mientras un estremecimiento de angustia le recorrió todo el cuerpo, de la cabeza á los pies.

— ¿Quieres matarme?

— ¡No perdamos tiempo Maryscka! ¡haz la señal de la cruz porque pronto todo habrá concluido!... ¡Ya no sufrirás más!...

— ¡Wawrzón! ¿dices verdad?

— ¡Pon la cabeza sobre la caja!...

— ¡Wawrzón!

— ¡Pon la cabeza sobre la caja te digo! — gritó con voz ronca, mientras una espesa baba espumosa empezaba á cubrirle los labios.

— ¡Oh, por amor de Dios! ¡Socorro!... ¡Soco...!

Se oyó un golpe sordo, seguido de un grito desgarrador y del ruido que hace al caer un cuerpo humano; después un segundo golpe, y un segundo grito más débil; después,

en fin, los golpes se sucedieron por un momento unos á otros rápidos, fulmineos... Un torrente de sangre corrió por la estancia y apagó los carbones del hogar. Un estremecimiento recorrió aún el cuerpo de la Rzepowa: estiróse y quedó inmóvil.

Casi en seguida después, un mar de llamas iluminaba siniestramente las tinieblas de la noche: el palacio y todos los edificios de los señores, eran pasto de las llamas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ANTONIO REYES"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO



EPÍLOGO

Confidencialmente, ahora debo deciros, lectores míos, que Rzepa no hubiera sido soldado.

Un acta como la que se firmó en la taberna, no podía tener, y no tenía ningún valor.

Sí; pero los campesinos no entienden de estas cosas, de de la misma manera que, gracias á la neutralidad, y al principio del «*non interventio*», tampoco las entienden los llamados intelectuales. El señor Zolzikiewickz sabía todo esto: había calculado que á las cosas se le hubieran dado largas, y que, finalmente, el espanto le hubiera echado en sus brazos á la mujer. Y el gran hombre no se había equivocado en sus cálculos.

Me preguntaréis que ha sido de él. Rzepa, después de haber pegado fuego al palacio, buscó al escribano para vengarse también de él; pero los gritos de fuego habían alarmado todo el vecindario y fué la salvación de nuestro simpático héroe.

Está revestido aún del cargo de escribano municipal; pero alimenta siempre la esperanza de ser nombrado inspector.

Ahora ha empezado la lectura de otra novela «Bárbara Ubryk» y espera poder estrechar cualquier día, bajo la mesa, la mano de la señorita Jadwiga.

Si estas esperanzas son ó no fundadas, sólo el porvenir podrá hacérmelo saber.

* FIN *

ÍNDICE

	Págs.
EN BUSCA DE FELICIDAD	
En el mar.—La tempestad.	5
New York.	33
Entre los colonos.	61
VIDA RÚSTICA	
Presentación del héroe.	93
Otras personas y otras figuras.	113
Reflexiones.—Eureka.	123
El animal en la trampa.	127
La sesión del Consejo comunal de Schafskopf y su digno director.	137
Odisea.	157
Victoria del genio.	193
Fin de todas las desdichas.	199
Epilogo.	201



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Casa Editorial "MAUCCI,"

Mallorca, 226 y 228.—Apartado Correos 189.—Barcelona

Extracto del Catálogo General

OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

L' Assommoir , por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados.	2 Ptas.
Naná , por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados.	2 >
Los Misterios de Marsella , por Emilio Zola.	1 >
Teresa Raquin , por Emilio Zola.	1 >
Lourdes , por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.—Edición única en España.	4 >
Roma , por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, (segunda edición).	4 >
París , por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica	4 >
Fecundidad , por Emilio Zola (tercera edición).. . . .	4 >
Escenas de la vida de Bohemia , por E. Murger	1 >
España , por Edmundo de Amicis.	1 >

Horas de Recreo, por E. De Amicis. Un tomo ilustrado..	1 Ptas.
La Carrozza di Tutti. (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados	3 »
Rafaél-Graziella (2 novelas juntas), por Lamartine.	1 »
El Manuscrito de mi Madre, por id.	1 »
¡Misterio!... por Hugo Conway.. . . .	1 »
Un Secreto de Familia, por id. (ilustrada).. . . .	1 »
Sin Madre, por id.	1 »
El Secreto de la Nieve, por id.. . . .	1 »
Confusión, por id.	1 »
Atala.—René.—El Último Abencerraje.—Viaje al Mont-Blanc (4 novelas juntas), por Chateaubriand.	1 »
La Sonata de Kreutzer. — El Matrimonio (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoy	1 »
Amo y Criado, por id.	1 »
Resurrección, por id. 2 tomos.	3 »
Imitaciones.—Los Cosacos, por id.	1 »
La Esclavitud Moderna, por id.	1 »
Noventa y tres, por V. Hugo. 2 tomos ilustrados	2 »
Los Trabajadores del Mar, por id., id.	2 »
El Hombre que Ríe, por id., id.. . . .	2 »
Nuestra Señora de París, por id. (ilustrada) .	2 »
Han de Islandia ó El Hombre Fiera, por id. Dos tomos ilustrados.	2 »
Sor Filomena, por E. J. de Goncourt.	1 »
Fromont y Risler, obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet.	1 »
Tartarin de Tarascon, por id.	1 »
Poquita Cosa, por id.	1 »
El Nabab, por id. 2 tomos.	2 »

Las Cartas de mi Molino, por A. Daudet.	1 Ptas.
María (novela americana) por Jorge Isaacs.	1 »
Vida de Jesús, por Ernesto Renan (ilustrada).	1 »
Dora, por Carlota M. Braemé, id.	1 »
Azucena, por id.	1 »
Una Lucha de Amor, por id.	1 »
Corazón de Oro, por id.	1 »
Su Único Pecado, por id.	1 »
En su Mañana de Bodas, por id.	1 »
Un matrimonio del gran mundo, por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa).	1 »
La Señorita Giraud, mi mujer, por A. Belot.	1 »
Los Compañeros del Silencio, por Paul Féval Dos tomos ilustrados.	2 »
La Sala Misteriosa, por Paul Féval.	1 »
El Posadero de Aldea, por E. de Conscience.	1 »
La Ciudad Negra, por Jorge Sand.	1 »
La Venus de Gordes, por A. Belot y E. Daudet	1 »
El Beso de una Muerta, por Carolina Invernizio.	1 »
La Venganza de una loca, por id.	1 »
La Huérfana de la Judería, por id.	1 »
Pasiones y Delitos, por id.	1 »
El Espectro del Pasado, por id.	1 »
Los Amores de Marcelo, por id.	1 »
El Crimen de la Condesa, por id.	1 »
El Resucitado, por id.	1 »
El Triunfo de la Muerte, por G. D' Annunzio. 2 tomos ilustrados.	3 »
El Placer, por id. 2 tomos ilustrados.	3 »
El Fuego, por id. 2 tomos.	3 »
Las Virgenes de las Rocas, por id. 1 tomo.. . . .	1'50 »
El Inocente, por id. 1 tomo.	1'50 »
Historia de un Muerto, por Francisco Cagnano, ilustrada con ocho láminas	1 »

¿Quo Vadis? por Enrique Sienkiewicz. Edición completa é ilustrada. 2 tomos.	2 Plas.
Más allá del Misterio , por id.	1 »
Luchar en vano , por id.	1 »
A Sangre y Fuego , por id. 2 tomos.	2 »
¡Sigámosle! por id.	1 »
Hania , por id. 1 tomo.	1 »
Don Quijote de la Mancha , por Miguel de Cervantes, 2 tomos ilustrados con láminas.	2 »
El Jardín de los Suplicios , por Octavio Mirbeau.	1 »
La Señora de Bovary , por Gustavo Flaubert.	2 »
Salammbó , por id.	1 »
Mariquita León , por José Nogales y Nogales. (Edición ilustrada).	1'50 »
El Ultimo Patriota , por id.	1 »
La Muerte de los Dioses , por Dmitri Merejkowski. 2 tomos.	2 »

Estas obras se hallan, igualmente, encuadernadas en tela y planchas doradas, con aumento de 50 centimos el tomo.

OBRAS DE PONSON DU TERRAIL

A UNA PESETA CADA TOMO

Los Dramas de París (5 tomos)

- 1.º La Herencia Misteriosa.
- 2.º Sor Luisa la Hermana de la Caridad.
- 3.º Club de los Explotadores.
- 4.º Turquesa la Pecadora.
- 5.º El conde de Artoff.

Hazañas de Rocambole (4 tomos)

- 1.º Carmen la Gitana.
- 2.º La Condesa de Artoff.

- 3.º La Muerte del Salvaje.
- 4.º La Venganza de Bacará.

El Manuscrito del Dominó (4 tomos)

- 1.º Los Caballeros del Claro de Luna.
- 2.º La Vuelta del Presidiario.
- 3.º Testamento de Grano de Sal.
- 4.º Daniela.

La Resurrección de Rocambole (5 tomos)

- 1.º El Presidio de Tolón.
- 2.º La Cárcel de Mujeres.
- 3.º La Posada Maldita.
- 4.º La Casa de Locos.
- 5.º ¡Redención!

La Ultima Palabra de Rocambole (7 tomos)

- 1.º La Taberna de la Sangre.
- 2.º Los Estranguladores.
- 3.º Historia de un Crimen.
- 4.º Los Millones de la Gitana.
- 5.º La Hermosa Jardinera.
- 6.º Un Drama en la India.
- 7.º Los Tesoros del Rajah.

Las Miserias de Londres (5 tomos)

- 1.º La Maestra de Párvulos.
- 2.º El Niño Perdido.
- 3.º La Jaula de los Pájaros.
- 4.º El Cementerio de los Ajusticiados.
- 5.º La Señorita Elena.

Las Demoliciones de París (2 tomos)

- 1.º Los Amores del Limosino.
- 2.º La Prisión de Rocambole.

La Cuerda del Ahorcado (2 tomos)

- 1.º El Loco de Bedlan.
- 2.º El Hombre Gris.

La Vuelta de Rocambole (4 tomos)

- 1.º El Compadre Vulcano.
- 2.º Una Sociedad Anónima.
- 3.º Los Amores de una Española.
- 4.º La Venganza de Rocambole.

Las Tragedias del Matrimonio (2 tomos)**Los Dramas Sangrientos (2 tomos)****La Juventud de Enrique IV (8 tomos)**

- 1.º La Hermosa Platera.
- 2.º La Favorita del Rey de Navarra.
- 3.º Los Amores de la Bella Nancy.
- 4.º Los Juramentados.
- 5.º Enrique y Margarita.
- 6.º La Noche de San Bartolomé.
- 7.º La Reina de las Barricadas.
- 8.º El Regicida.

Aventuras de Enrique IV (2 tomos)

- 1.º Galaor el Hermoso.
- 2.º La Traición del Mariscal Birón.

El Herrero del Convento.	2 tom. 2 ptas.
Los Amores de Aurora.	2 » 2 »
La Justicia de los Gitanos.	2 » 2 »
Las Máscaras Rojas.	1 » 1 »
Clara de Azay (2.ª parte de <i>Las Máscaras Rojas</i>)	1 »
El Paje Flor de Mayo	1 » 1 »

Estas obras se hallan, igualmente, encuadernadas en tela y planchas doradas, con aumento de 50 céntimos el tomo.

NOVELAS POPULARES

A 50 céntimos cada tomo

- 1 **La Dama de las Camelias**, por A. Dumas.
- 2 **Manon Lescaut**, por el abate Prébost.
- 3 **Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno**.
- 4 **Gustavo el Calavera**, por Paul de Kock.
- 5 **La Bella Normanda**, por id.
- 6 **El Libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes**.
- 7 **Juegos de Manos y de Sociedad**.
- 8 **Las Trece Noches de Juanita**, por Henry Kock.
- 9 **Los Besos Malditos**, por id.
- 10 **Bocaccio**.
- 11 **Doña Juanita**.
- 12 **Los Amantes de Teruel**.
- 13 **Pablo y Virginia**, por Bernardin de Saint Pierre.
- 14 **Don Juan Tenorio**.
- 15 **Canciones Españolas**.
- 16 **Carmen**.

- 17 Julieta y Romeo.
 18 Otello el moro de Venecia.
 19 Mesalina.
 20 Genoveva de Brabante, por Cristobal Schmid.
 21 El Trovador.
 22 El barbero de Sevilla.
 23 Hernani, por Victor Hugo.
 24 El Rigoletto.
 25 Lucrecia Borgia, por Victor Hugo.
 26 Aida.
 27 El Rey de los Campos. (Historia del bandido cubano Manuel Garcia)
 28 Amor de Madre.
 29 Abelardo y Eloísa.
 30 Dolores ó la Moza de Calatayud.
 31 Un Casamiento Misterioso.
 32 La Flor de un día.
 33 Las Espinas de una Flor.
 34 Don Juan de Serrallonga.
 35 Los Siete Niños de Écija.
 36 Diego Corrientes.
 37 José Maria ó El Rayo de Andalucía.
 38 Treinta Años ó La Vida de un Jugador.
 39 Hernán Cortés y Marina.
 40 Reina y Esposa ó Aragoneses y Catalanes en Oriente.
 41 Luis Candelas.
 42 Margarita de Borgoña.
 43 Catalina Howard.
 44 La Africana.
 45 Garín.
 46 La Huérfana de Bruselas.
 47 María Stuard.
 48 La Verbena de la Paloma.
 49 Los dos pilletes.

- 50 Juan José.
 51 La Viejecita.
 52 Oscar y Amanda.
 53 Los Verdugos de Amanda.



LIBROS CABALÍSTICOS

Ilustrados con multitud de grabados y elegantes cubiertas al cromo

- Los Admirables Secretos de Alberto el Grande. 1 ptas.
 Los Secretos Maravillosos de la Magia Natural
 del Pequeño Alberto. 1 »
 La Magia Negra. 1 »
 Verdadera y Transcendental Magia Blanca. . 1 »
 Magnetismo, Hipnotismo, Sugestión y Espiritismo. 1 »



CONOCIMIENTOS PARA LA VIDA PRIVADA

*Consideraciones morales, históricas, de medicina é higiene
Consejos á la juventud, á los casados y á los padres de familia*

Colección de obras escritas por

V. SUAREZ SAN

Tomos encuadernados en rústica á 50 céntimos uno

PRIMERA SERIE

- Tomo 1.º — **La Prostitución.**
 » 2.º — **Secretos del Lecho Conyugal.**
 » 3.º — **La Virginidad.**
 » 4.º — **Onanismo.**
 » 5.º — **Los Vicios Solitarios.**
 » 6.º — **La Pederastía.**
 » 7.º — **Fenómenos Sexuales.**
 » 8.º — **El Matrimonio y el Adulterio.**
 » 9.º — **El Amor Lesbio.**
 » 10 — **Costumbres y Vicios Sexuales de todos los países.**

La colección de los diez tomos encuadernada en un volumen, en tela y planchas doradas.—5 Ptas.

SEGUNDA SERIE

- Tomo 1.º — **El Embarazo.**
 » 2.º — **El Parto.**
 » 3.º — **El Aborto.**
 » 4.º — **La Esterilidad.**
 » 5.º — **La Impotencia.**
 » 6.º — **Higiene del Matrimonio.**

- Tomo 7.º — **La Calipedia Moderna ó la procreación á voluntad.**
 » 8.º — **Las Monstruosidades Humanas.**
 » 9.º — **Enfermedades Secretas.**
 » 10 — **Enfermedades de las Mujeres.**

La colección de los diez tomos lujosamente encuadernada en dos volúmenes, en tela y planchas doradas. 6 Ptas.

OBRAS VARIAS

- Historia Negra, por el Capitán Verdades.**
 Relato de los escándalos ocurridos en las ex Colonias españolas, durante las últimas guerras. Un tomo. 2 Ptas.
- El Capitán Dreyfus. (Historia de un proceso célebre), por Eduardo de Bray y Ramón Sempau.** Dos tomos con 67 fotografías. 2 »
- Medicina de las Familias y Plantas Medicinales, por Pío Arias Carvajal, un tomo ilustrado con grabados representando las plantas medicinales más en uso. 2 »**
- Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar, 1 tomo rústica. 1 »**
- Poesías Escogidas, de Juan de Dios Peza.**
 Única edición ilustrada, autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo de 350 páginas: en rústica 2 »
 En tela. 3 »
- Crónica de la Guerra de Cuba y de Filipinas, Historia de nuestras guerras coloniales**

- desde su principio en 1895 hasta 1898. Forma toda la obra 5 tomos ilustrados con más de 2000 grabados. Precio de cada tomo en rústica y cubierta al cromo. 4 ptas.
 En tela y planchas alegóricas en oro y colores. 6 »
- Las Mil y Una Noches**, por Gallan, (Cuentos Arabes) 1 tomo ilustrado, en rústica. 2:50
 En tela y plancha dorada. 3:75
- Predestinación**, (Novela de costumbres americanas) 2 tomos encuadernados de gran lujo. 10 »
- Leyes de Indias**, (Recopilación de las) 4 tomos en dos volúmenes, pasta española. 70 »
- Cirujía, Medicina y Partos**, por A. Corlieu, 1 tomo de 870 páginas ilustrado, rústica. 10 »
- Algebra Briot**, traducido por F. Presas, 1 tomo, rústica. 2 »
- Vida de los Papas**, desde San Pedro hasta León XIII, 1 tomo, rústica. 1 »
- Ultimo y Completo Alivio del Párroco**, 5 tomos en tela. 15 »
- Las Heregías**, (con aprobación Eclesiástica) 4 tomos, rústica. 15 »
 Tela. 15 »
- El Hebreo de Verona**, novela histórica, 2 tomos, láminas al cromo, encuadernados en tela. 10 »
- Hija, Esposa y Madre**, por Alvaro Carrillo. Dos tomos con láminas al cromo. 10 »
- El Capitán Estruendo**, por T. Gautier. Novela interesante é ilustrada con 40 láminas debidas al eminente artista Gustavo Doré, encuadernada en tela y planchas doradas; edición de lujo. 10 »

- Los Trovadores de México**. Poesías líricas de autores contemporáneos. Un tomo de más de 400 páginas, impreso con tipos nuevos y elegantes. En rústica. 2 Ptas.
 En tela. 3 »
- Los Miserables**, por Victor Hugo, 2 tomos ilustrados con láminas al cromo, en rústica. 8 »
 Encuadernados en tela y planchas doradas. 12 »
- El Conde de Montecristo**, por Alejandro Dumas, 2 tom. ilustrados con láminas al cromo en rústica. 8 »
 En tela y plancha dorada. 12 »
- Historia de doce Mujeres**. Doce novelas ilustradas que forman un tomo encuadernado en tela y plancha dorada. 6 »
- Obras de Manuel Acuña**, con un prólogo de Juan de Dios Peza. Edición ilustrada. Un tomo de 300 páginas, en rústica. 2 »
 En tela. 3 »
- Crónica de la Guerra del Riff**, 1 tomo con más de 500 grabados, rústica. 2 »
- La Esposa Infiel**. Novela de costumbres, ilustrada al cromo; 2 tomos en tela. 10 ptas.
- La Primera Ilusión**, 2 tomos en tela. 10 »
- Amar sin Esperanza**, 2 id. id. id. 10 »
- Los Novios**, (por Manzoni) 2 id. id. id. 10 »
- El Paraíso del Amor**, 2 id. id. id. 10 »
- La Tierra Santa**, 2 tomos en tela. 10 »
- Los Desgraciados**, por Pérez Escrich. 2 tomos
- Los Bandidos del Amor**, 2 tomos de 972 páginas cada uno, en tela. 10 »
- La Mascota**, 2 tomos de 844 páginas cada uno: encuadernado en tela. 10 »
- Juan de Dios**, 2 id. id. id. 10 ptas.
- La Semilla del Bien**, 2 id. id. id. 10 »
- En Rústica: 6 Pesetas

El Cocinero Universal , 1 tomo cartoné.	1 ptas.
Libro de Cuentas Ajustadas , hechas sin necesidad de hacer números, 1 tomo rústica.	1 »
Tratado Completo de Vinificación y Repositería , por L. Sala Casto. 1 tomo de 224 págs.	2 »
Mapa ilustrado de la isla de Cuba . Mide 1'10 metros por 0,80.	2 »
Mapa Ilustrado del Archipiélago Filipino , tirado en fondo azul, adornado con los retratos de los descubridores y fundador de las órdenes religiosas.	0'50



Primer DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

con la representación gráfica por medio de millares de grabados, de voces de Arquitectura, Arqueología civil y religiosa, Heráldica, Numismática, Indumentaria, Pintura, Escultura, Grabado, Música, Agricultura, Agronomía, Botánica, Agrimensura, Zoología, Mineralogía, Artes y Oficios, Física, Química, Mecánica, Hidráulica, Metalurgia, Medicina, Cirugía, Farmacia, Astronomía, Geología, Geodesia, Comercio, Navegación, Marina, Arte militar, Etnografía, Antropología, Caza, Pesca, Equitación, etc., etc.

POR

D. Luis de Bustamante y Ríos y D. José del Vilar

AUTORES DE VARIAS OBRAS

*con la colaboración de distinguidos escritores españoles
y americanos*

Dos tomos de gran tamaño, ilustrados con más de doce mil grabados, ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano, con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 50 Ptas.

NOVÍSIMO
DICCIONARIO UNIVERSAL DE AGRICULTURA
(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootecnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

OBRA ESCRITA POR

J. T. MÜLLER

Autor de célebres obras de Agricultura, traducido y copiosamente adicionado en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero por la Redacción Agrícola Ilustrada

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 60 Ptas.

